

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 50 - Octubre de 2013 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



5^{UC}50

4

Huesos ilustres

10

Crónica de amor y odio

12

Los montañeros

14

Recorridos

24

Guerras lejanas

30

Desembarcos

38

Un paseo en el río con Raúl

UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

ASISTENTE EDITORIAL

— Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

— Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

— Sandra, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— Equipo UC

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 50 - Octubre 2013

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

La fotografía de la portada de este número hace parte del capítulo sobre el Parque de San Antonio del Libro de los Parques.

50

Algunos hablan de los 5 años como la edad de la primera conciencia. Los caprichos se convierten en hábitos y se construye un catálogo imprevisible de reglas, un ritmo y un gusto propios comienzan a marcar las dudas y las decisiones. *Universo Centro* ha crecido a tientas y ha ido encontrando sus criterios y sus lectores sin pensar mucho más allá de los afanes de cada mes. Basta con mirar el catálogo que dejan nuestros 50 números, repasar esa pequeña biografía, para descubrir nuestras manías e inclinaciones, nuestro temperamento y afinidades, esa marca que entre los escritores se conoce como el estilo. El Parque del Periodista y el Centro de la ciudad fueron el impulso inicial del periódico, y han formado parte del carácter que nos acompaña, junto a una frase que se convirtió en enseñanza: “Cualquier cosa, menos quietos”. *Universo Centro* surgió como defensa de una muela entre Maracaibo y Girardot, un pequeño arrecife sin dueño bajo las mareas de los buses que bajan de los barrios del norte. El busto diminuto de un escribiente cubano, encargado de las tintas y las cajas de letras en la Colonia, le da solemnidad al parque y respaldo simbólico a nuestro empeño de creadores y vendedores de prensa.

Muchos han señalado al acuario turbio del Periodista, escenario de las primeras turras y las últimas iluminaciones. Los mapas cruentos de la ciudad lo tachan con una equis roja. Pero la marca del puritano es el anzuelo del curioso, el desprevenido, el desobediente, de modo que el parque ha servido para agruparnos y para instalar nuestra colmena de ocio y trabajo. Y la barra de El Guanábano ha sido parte de nuestro soporte, el eje horizontal de la buhardilla donde se cocina *Universo Centro*.

Un espacio modesto, una esquina sin muchas reglas, puede convertirse en un inesperado centro de peregrinación. Solo se necesitan tres bancas sombreadas para que el pequeño rotor de las conjuras y las ideas se ponga en movimiento. El microclima que resulta malsano para muchos organismos, puede ser ideal para el surgimiento de otras especies.

La sutil rivalidad entre escritores y periodistas, la convivencia entre cínicos y trascendentales, la página compartida por poetas y antropólogos, la conversación entre dibujantes y vagos en recuperación, han hecho posible la formación de un núcleo que nutre el tablero de ideas cada edición. Más de 120 creadores han escrito y dibujado en nuestras páginas, casi siempre por gusto y complicidad. También nuestros lectores han crecido desde orillas diversas. Los 18.000 ejemplares que imprimimos cada treinta días desaparecen en una semana, y nuestra página ha recibido hasta 100.000 visitas en un mes. *Universo Centro* se lee en las calles, en las bibliotecas, en los parques, en las oficinas, en las fiestas, en los insomnios, en la jubilación, en el desayuno a las once de la mañana, en el consultorio y hasta en la silla del lustrabotas. Hemos visto a celadores de esquina y a señoras de peluquería leer UC con sonrisas burlonas.

Desde el altílo donde despacha nuestra redacción queremos agradecer a colaboradores y lectores. Se ha demostrado que es posible sostener un papel periódico ilustrado desde una periferia en el Centro de Medellín, así sea con ademanes de equilibrista. Hay creadores y público para este cuaderno de crónicas y hojilla de sátiras, hay lugar para esta especie cercana a los añorados magacines culturales de los periódicos centenarios, hay tiempo y curiosidad para hojear y leer este catálogo variado de creadores que antes permanecían inéditos. Por eso existe *Universo Centro*. Esperamos que gane esta edición con dos numeritos redondos. Gracias por todo. ☺



Ilustración: Hernán Franco Higueta

Dicen que en Aranzazu, Caldas, hay una incidencia inusualmente alta de enfermedades mentales —también dicen que hay mucho marica—. Pero no lo creo. Lo que pasa es que allá se la pasan estudiantes e investigadores de psiquiatría auscultando a la gente, llevados por el rumor de que la locura abunda. Pero si hicieran esas investigaciones en Manizales, Pensilvania o Manzanares, se toparían con resultados idénticos, con la conclusión acumulativa de que en todo Caldas o en todo Colombia o en todo el mundo hay una epidemia de demencia (de Medellín y de Antioquia no hablo porque allá solo he estado de paso, mientras que en Caldas, Colombia y el mundo sí he vivido). Con respecto a lo de los maricas, solo quiero recordar algo que dijo un compañero de la facultad de filosofía cuando un profesor nos contó con solemnidad que Kant había muerto virgen:

—Profe, ¿sí lo habrán revisado bien?

Según los entendidos, el más famoso libro de Erasmo de Rotterdam puede traducirse indistintamente como *Elogio de la locura* o *Elogio de la estupidez*. En esa obra, Erasmo dice que ha visto gente en muchos templos pidiendo plata, salud o alguna otra forma de prosperidad o bienestar material, pero que nunca ha visto a nadie pidiendo más inteligencia o buen juicio del que tiene. A mí me ha pasado algo similar en las iglesias de Caldas, sobre todo en la Catedral de Manizales, aunque a diferencia de Erasmo he visto a mucha gente pidiendo un mejor juicio en Alcohólicos Anónimos y en las clínicas de rehabilitación para drogadictos.

Yo era hobbessiano, pero Manizales me cambió. Me pasó dos veces: la primera fue una noche de tragos con unos amigos en el Parque Caldas. Estábamos ya muy borrachos y dos amigos se empezaron a dar golpes. Intervine para separarlos y, en medio de la trifulca, un

ladrón se metió, me pegó y me robó. Quedé con la camisa hecha jirones y, furioso con mis amigos, me fui caminando por la avenida Santander en dirección a la zona de El Cable. A la altura del Teatro Los Fundadores un reciclador que cargaba un costal sucio se me acercó y siguió caminando conmigo. Me preguntó qué me había pasado, le conté y, antes de terminar mi relato, el tipo descargó el costal, sacó una especie de saco, me lo alargó y me dijo:

—Chino, quítete esa porquería.

Un desechable me había habilitado. No fue solo un milagro, me volvió a pasar. Fue con el poeta Carlos Arturo Grisales —el escritor caldense vivo (ey Carlos, ¿seguís ahí?) más importante—. Decir que Carlos tiene problemas económicos es una imprecisión. Él es, más bien, una suerte de pobreza caminante, una iliquidez que versifica, una bancarrota itinerante. Yo iba caminando por la Plaza Alfonso López en dirección a la Catedral cuando lo vi aparecer en dirección contraria, viniendo hacia mí. Como siempre, supuse que luego de un efusivo saludo me iba a sablear. Entonces nos saludamos y él me preguntó:

—Quiubo Pablito, ¿pa dónde va?

Le dije que iba a buscar una persona en el Centro porque me debía plata y yo andaba sin blanca. Antes de terminar, vi a Carlos con la billetera en la mano, sacando dos billetes de dos mil pesos y sacándolos hacia mí mientras decía:

—Tranquilo, papito, que pa todos hay.

Antes que cuestionarme sobre el estado general de mi apariencia física y psicológica, estos sucesos me enseñaron. Sí, yo era hobbessiano, y pensaba que “la vida del hombre es corta, solitaria, brutal y miserable” y que “el hombre es un lobo para el hombre”. Pero esas dos aventuras me enseñaron que puede haber compasión y generosidad incluso más abajo del fondo. Eso ha sido lo más importante que me ha enseñado Manizales, junto con la ratificación de que la estupidez es probablemente la única cosa que no tiene límites (un amigo dice que eso lo habría podido corroborar en cualquier parte: mirándome al espejo, por ejemplo).

Lo otro que aprendí es una de las verdades fundamentales de la vida: la única manera en que puedes lograr una cosa es logrando otra. Como se sabe, Caldas fue colonizado por un grupo de antioqueños que viajaron buscando tierras y oportunidades. Como todo paria, quisieron dejar de serlo y se dieron a la tarea de convertirse en otra cosa. Hay un libro maravilloso, el del padre Fabo, que relata esta transformación. Compraban pianos, libros y cuadros en Europa para traerlos hasta la montaña. Mandaban a los hijos a estudiar allá. Se fue conformando una élite, y el Gran Caldas era gobernado por ella. En Pereira quedaban “los negros, las putas y los liberales”, como solían decir pedagógicamente los curas.

Y vea usted por dónde, que fue Pereira y no Manizales la ciudad que hizo la contribución más sonora al acervo de la cultura humana.

Me explico. Usted puede abrir un prostíbulo en la ciudad más próspera del mundo. Puede abrir un prostíbulo en la ciudad más próspera del mundo y poner a Nicole Kidman en la entrada. Puede abrir un prostíbulo en la ciudad más próspera del mundo y poner a Nicole Kidman en la entrada dispuesta a hacer todo lo que le gustaba al Marqués de Sade. Pero su negocio quebrará con toda certeza si comete el error de ponerle como nombre “Las Manizaleñas”. Sencillamente, el buen Dios hizo el mundo de tal modo que resulta imposible imaginar un grupo de muchachos excitados, caminando con resolución mientras celebran diciendo: “vamos pa Las Manizaleñas”. En cambio, si usted instala el prostíbulo en la ciudad más pobre del mundo y exhibe a unas trabajadoras no muy atractivas pero lo denomina “Las Pereiranas”, muy pronto tendrá la plata suficiente para abrir franquicias en otras partes del mundo. Por una feliz combinación de talento y suerte, Pereira ha hecho una de esas proezas muy raras en la historia, un aporte al acervo conceptual de la humanidad: la expresión “pereiranas”, así como el *Logos* griego o el *Dasein* de Heidegger, hace ya parte del léxico supradidiomático de la humanidad.

¿Y Manizales? Terminó convirtiéndose en un reversadero de buses con obispo —lo que quizá es bueno para la poesía pero malo para el progreso—. Y lo demás de esta ciudad queda expresado en una historia que me contó mi buen amigo José Fernando Calle. Un día, luego de hacer compras en un almacén en Pereira, dos de sus tías sostuvieron la siguiente conversación en el carro, de regreso a Manizales:

—¿Y cómo te pareció ese almacén?

—¡Ay, querida!, desafortunadamente Pereira sí tiene cosas muy buenas. ☺



Hasta bien entrado el siglo XX, en Medellín como en todo el mundo católico, las bendiciones y las indulgencias se negociaban en bloque o al menudeo, como si se tratara de metros de percal, y las familias prestantes podían evitar el purgatorio reservando un buen lugar en las catacumbas de La Candelaria, la Catedral Metropolitana o la iglesia de San José. Ya nadie recuerda el panteón de los ilustres de la villa. Tres visitas lapidarias.

Fotografías: Juan Fernando Ospina

HUESOS ILUSTRES

A LA DIESTRA DEL PADRE por JUAN CARLOS ORREGO



Si importar que nunca hubiera sido uno de mis deseos formales de romero literario, hace poco visité el osario de Tomás Carrasquilla en la Catedral Metropolitana. Circunstancias menudas, que incluyen la vanidad de ver mi nombre en letras de molde, me empujaron a la misteriosa excursión. Las únicas noticias que tenía sobre el caso se reducían, por un lado, al recuerdo borroso de la nota con que *El Colombiano* conmemoró los cincuenta años de la muerte del escritor -el 19 de diciembre de 1990-, en la que se recordaba la ruta que había tenido el cortejo fúnebre, allá en el brumoso 1940. Lo otro era un par de líneas de *En la diestra de Dios Padre* que describen el entierro de Peralta, especie de otro yo del escritor: “como era tan humilde, quiso que lo enterraran sin ataúl, en la propia puerta del cementerio onde todos lo pisaran harto”. Me tentó saber, frente a tan ascética imagen, qué tanto podría diferir la última morada de Carrasquilla.

El sacristán me franqueó una de las puertas principales de la Catedral aprovechando la siesta del cura, un viernes en que Medellín parecía derretirse bajo un sol vacacional. Otras dos almas pías, deseosas de expiar sabe Dios qué pecados literarios (de ahí que me reserve sus nombres y rasgos), se sumaron a la visita. Fuimos hasta el lejano fondo del templo, doblamos a la izquierda del presbiterio y pasamos al otro lado de un grueso portón, hasta entonces celosamente cerrado; seguimos por un pasillo que se abría a la derecha, para luego girar a la izquierda y bajar por unas gradas que llevaban hasta la boca de la cripta, acomodada tras una reja. Casi sobre el último umbral, en una losa de piedra estaba tallada una frase del muerto más ilustre de la parroquia: “Sin alma no hay arte posible, sea alma de sabio o de visionario, de santo o de niño... ¡de lo que se quiera! La cuestión es alma. Tomás Carrasquilla”. Una casa de funerales, sin duda *sponsor* de

aquella bodega siniestra, ponía sus créditos a un lado del nombre del autor.

La cripta se me antojó decepcionante. El moderno diseño del espacio, su excelente iluminación y la sobriedad y pulcritud de su disposición nada tenían que ver con lo que, a mi juicio, debía ser un cementerio catedralicio. Después de haber conocido las lóbregas catacumbas de los franciscanos limeños, mi visita a los sótanos de la Catedral Metropolitana me producía el mismo efecto de estar transitando entre la selva amazónica y un jardín zen. Para colmo, el sacristán mascaba chicle sin ningún miramiento, a lo que sumaba la valiente desfachatez de no saber dónde estaban los despojos de los famosos, o si había algunos además de los de Carrasquilla, cuya lápida le había sido señalada en pasadas jornadas por visitantes mucho más ilustrados. El único consuelo era el nombre latino de nuestro guía, Ovidio, necesariamente ligado al de Virgilio, conductor de Dante en los profundos círculos del *Inferno*.



El osario del escritor de Santo Domingo está en una de las galerías más cercanas a la puerta, casi en la mitad del muro oriental, sobre la cuarta fila. En una losa de unos treinta por treinta centímetros, bajo la talla de una esfera incrustada en los cuatro cuartos de un cuadrado fragmentado—tal como ocurre en todos los nichos—, se lee una inscripción que no puede ser más sencilla ni menos rotunda: “TOMÁS / CARRASQUILLA N / ENERO 17 1858 DBRE. 17 1940”. El único exceso que se permite aquel monumento funerario es el error en la fecha del fallecimiento; si hay otro privilegio, ese solo puede ser la incestuosa vecindad entre la lápida del escritor y la de su hermana Isabel, sembrada a un lado, en el osario que le sigue en sentido norte. Uno podía, en cumplimiento de los gestos pueblerinos que con tanta socarronería retrató Carrasquilla, dar dos golpes sobre la losa para saludar al muerto, pero diez segundos más tarde había que repetirlos a modo de despedida: no había nada por hacer o ver en aquel sótano, a todas luces tocado por la limpia medida de la cultura Metro.

Tuve que desechar forzosamente cualquier tentación de comparar mi aventura con la de Dante, y no solo por la armonía reinante en la cripta, sino sobre todo, por el destino del muerto. Los huesos de Carrasquilla no parecían estar soportando el castigo reglamentario de ningún pecado mortal, como ocurre con los lujuriosos que son juguete de vientos tempestuosos en la *Divina comedia*, o como los maledicentes que, allí mismo, naufragan en piscinas de mierda. El escritor parecía descansar en un lugar modesto y tranquilo, del todo afín con su modorra de viejo ciego y paralítico, salido de casillas apenas para denunciar y zaherir los excesos de la vanidad, y amigo de florituras solo cuando empuñaba la pluma y jugaba a ser José María de Pereda o cualquier otro de los románticos españoles. A diferencia de Peralta, nadie lo pisa “harto” allí donde duerme, pues solo por cuestión de metros no está bajo el coro capitular de la Catedral. Apenas importunado por el zumbido apagado de los vehículos que suben por La Paz y que se cuele por la claraboya que cierra su galería, Carrasquilla parece confinado en un benigno purgatorio. De hecho, quizá está—y nada más que mi desorientación me impedía constatarlo— a la diestra del Padre... cuando este da la misa.

Más pronto de lo que había calculado estaba de vuelta en la puerta del templo. Vi que, en este mundo tormentoso de la superficie, el sol seguía golpeando con la misma saña del principio de la visita. El Bolívar ecuestre del parque apenas soportaba el calor, del todo ajeno a la sombra de la que gozan los bienaventurados. UC



UN CONDE FRANCÉS por IGNACIO PIEDRAHÍTA

EN LA CIUDAD

Corría la segunda mitad del siglo XIX, y para entrar o salir de Medellín no había más alternativa que hacerlo a pie o a caballo. En las trochas que comunicaban con los ríos Nare o Nechí, que era por donde llegaban los viajeros extranjeros, había también personas que tenían el oficio de cargar a la gente a sus espaldas. Pero yo me atrevería a decir que el Conde de Bourmont no era de los que se hacían cargar. Tenía títulos que lo justificaban para darse ese lujo, y era monárquico y católico a más no poder, pero estaba lejos de ser un filipichín. Ya había estado en África con el ejército de Carlos X, que comandaba su padre, y en 1855 vino a Medellín a visitar socios y amigos, entre ellos a Mariano Ospina Rodríguez y otras personalidades locales con quienes tenía, aparte de afinidad moral, algunos negocios.

En compañía de los hermanos de Bedout y otros compatriotas que querían invertir en minas creó una sociedad que rápidamente quebró. Sin embargo, dice la leyenda, no fue la mala suerte en el negocio lo que más llamó la atención sobre el conde en los salones de la élite local, sino su buena presencia y su fama de donjuán: “pocas veces se habrá visto un continente de mayor marcialidad, una fisonomía de más clásicos lineamientos”, relata un cronista. Junto a esta apostura, creció el rumor de que el conde había sido amante de Marie du Plessis—inspiración de Alejandro Dumas para *La dama de las camelias*, donde es Margarita de Gautier—. Según esto, de Bourmont sería en la obra el caballero Armando Duval, amante de Margarita. Si bien la señora du Plessis murió ocho años antes de que el conde viniera por primera vez a Colombia, hay quien dice que este se vino de París porque solo hundiendo sus botas en el lodo de los socavones antioqueños podría superar la muerte de su amante a manos de la tuberculosis.





Es difícil darle crédito a toda esta película narrada por Luis Latorre Mendoza en 1934 y repetida por tantos otros. Considerando que el mismo Dumas fue amante de la señora du Plessis, es raro que necesitara de otra fuente para contar su historia. Y si bien de Bourmont tuvo el dinero suficiente para obtener la dignidad de ser amante oficial de la dilapidadora Marie, este no es mencionado en las listas de los amores de la bella mujer, que eran secreto a voces. Parece más probable –aunque obviamente menos romántico– que el Conde de Bourmont, quien había sido partidario de la monarquía más rancia de su país y se ufanaba de que sus antecesores hubieran peleado contra los revolucionarios, sintiera que la patria ya no era un lugar digno para vivir luego de que se instaurara la Segunda República.

De cualquier manera, si en alguna medida fue cierto que de Bourmont vino a Medellín a curarse de sus amores novelescos y soterrados, no pudo haber llegado a mejor puerto. Las mujeres locales, que tenían fama de ser altas y bonitas, dejaban la soltería antes de los veinte y, una vez casadas, se entregaban a las labores del hogar con un orgullo tal que pensar en un romance al estilo francés no era más que una fantasía. El resultado no pudo haber sido mejor para el conde, pues en Medellín no se sabe que hubiera dejado descendencia, ni mucho menos que hubiera tenido amantes. Al contrario, ostentaba la fama de ser correcto y prudente, y de tener siempre en su mesa de lectura la *Revista del mundo católico*, según cuenta otro cronista.

Lo que sí sabemos es que el conde no se limitaba a la vida citadina. Muchas fueron sus correrías denunciando minas y comprando terrenos en la vía a Nare. Sin embargo, su destino estaba en Titiribí, adonde en 1863 llegó a suceder a Tyrrel Moore en la dirección de Hacienda y Fundición, una empresa minera cuyo único pecado fue lindar con la mina El Zancudo, y por lo tanto con Carlos Coriolano Amador, su mayor accionista. La Sociedad Minera El Zancudo no necesitaba presentación. Era la empresa más grande de la región, y el señor Amador no solo era el hombre más rico sino también el más dado a los pleitos judiciales. Por su parte, de Bourmont se hizo conocer en el pueblo como un hombre atento y puntual, y como benefactor de la parroquia de Sitio Viejo. De ahí salió la historia de una campanita manual donada por el conde, que a mediados del siglo pasado fue a dar a la Universidad de Medellín. Dicha campanilla fue recibida con honores en la institución en un acto público, y la crónica de Efe Gómez publicada en el periódico *El Correo* perpetuó al escritor como el “cronista lírico y filosófico de la campana del conde”.

Todo marchó bien para Hacienda y Fundición hasta que comenzaron los pleitos legales. Una versión pintoresca dice que el conde, en una astuta jugada, se dio cuenta de que los filones que se explotaban en El Zancudo salían por el otro lado de la montaña y los dueños de la mina no se habían tomado la molestia de denunciarlos. El Conde de Bourmont, pues, se habría adelantado en la maniobra, motivo suficiente para desatar la ira de Amador, quien no toleraba que alguien fuera más rápido y visionario que él. Para 1871 ya salían cartas oficiales de la mina El Zancudo en las que se recomendaba cobrarle al conde por haber “sobrepasado el límite del terreno a trabajar”. Lo que siguió fue una demanda del grupo de abogados de Coriolano por la suma de setenta mil pesos de la época. La derrota en los estrados dejó en la ruina a de Bourmont.

Es muy probable que el camino desde Titiribí hasta la ciudad, que entraba por La Asomadera y era un verdadero jabón de arcilla en invierno, haya sido la última trocha que recorrió el Conde de Bourmont. Con más de sesenta años a cuestas, se olvidó de aventuras mineras y pasó a rumiar la soltería en su casa de Bolívar con Maracaibo, cerca del famoso Puente de Arco. Sin embargo, hasta en la tranquila vejez lo persiguieron las leyendas. Cuentan que en esos últimos años salía a caballo, de sombrero negro y alón, a pasear sus perros amarrados con cadenas, y que la gente había terminado por pensar que era un espanto que desaparecía cerca de la calle Palace.

Hoy los restos del conde reposan en el segundo piso de la torre de la iglesia de San José, en una tumba alta y manchada en la que apenas cabe su nombre completo: Felipe Augusto Adolfo, conde de Ghaisne y de Bourmont. La caligrafía de la lápida no se parece a ninguna de las vecinas, pues está tallada en una letra elegante y sobria, sin cruces ni adornos, en un incipiente estilo Art Nouveau seguramente desconocido y difícil de digerir en la Medellín de la época. Sin familia que se encargara de los arreglos funerarios, su compatriota Pablo de Bedout debió haberla mandado a hacer a París, e ignorando en qué año había nacido su amigo hizo que le pusieran únicamente la fecha de su partida, 1883. Un invento más para este conde legendario. ☪



UNA CRIPTA PARA DOS PRIMERAS DAMAS por GUILLERMO CARDONA



el más literal y crudo sentido del término. Dos primeras damas de pompa y boato, confinadas en este modesto rincón donde se arruman sus huesos, aferrándose al bajo relieve de unos nombres que tarde o temprano se desvanecerán del todo y que ahora, y aun antes, nada dicen de quienes fueron.

Poco se sabe de las esposas de los presidentes de Colombia, además de las mismas pilatunas de los mandatarios que no las involucran. De don Tomás Cipriano de Mosquera no solo abundan las historias de oídas, pues él mismo dejaba en claro en sus testamentos y proclamamos los hijos que había tenido por fuera del matrimonio, aduciendo, a manera de disculpa, la enfermedad de su señora doña Mariana y la recomendación de los doctores de no mortificarla con deberes conyugales.

Si hoy ser mujer sigue siendo un brete, hay que ver cómo era la movida en Colombia en el siglo XIX. Porque así se trataba de hijas de caudillos liberales muy a tono con la época, políglotas, viajeros, masones y librepensadores, igual eran ellos, como ocurría en las familias más conservadoras, quienes escogían los maridos de las hijas y negociaban los enlaces de los hijos para establecer o afianzar alianzas políticas y económicas. Eso del amor romántico era un privilegio (¿o un embleco?) de las clases populares.

Don Tomás Cipriano tenía fama de iracundo. Y de vanidoso y pagado de sí mismo. Dicen que en su lecho de muerte el arzobispo de Popayán le preguntó si estaba dispuesto a perdonar a sus enemigos, y el viejo general le respondió: “eminencia, yo no tengo enemigos; a todos los mandé fusilar”. Al célebre Mascachochoas se le atribuye también la frase “gracias a Dios soy ateo”, y se sabe de buena fuente que años después

de enviudar, y unos seis antes de morir de ochenta, contrajo segundas nupcias con su prima segunda María Ignacia Arboleda Arboleda, sobrina de su primera esposa y hermana del político Simón Benjamín Arboleda Arboleda, otro de sus compadres, a quien dicen le propuso sin el menor preámbulo: “¿Quiere ser usted la viuda del general Mosquera?”. Y tuvo alientos para engendrar un último crío con María Ignacia: José Bolívar Carlo Dorico Mosquera Arboleda, el octavo de su prole, nacido cuatro meses después de la muerte del general.

¿Qué diría hoy el general Mosquera, en el callejón de los ex presidentes en el Cementerio Central de Bogotá, sobre sus decretos de desamortización de bienes de manos muertas? Creo que seguiría advirtiéndonos que hasta en los bienes de manos muertas hay que cuidarse de los vivos.

Se conocen cartas tanto de Mariana como de Amalia, quienes muchas veces debieron asumir las riendas de los negocios familiares en Popayán y en Coconuco, mientras sus maridos estaban en las bochincheras de las guerras civiles sin más tarea que la de asesinar entre federalistas y centralistas, entre liberales y conservadores, entre draconianos y gólgotas.

¿Cuánto tardaba entonces el proceso entre la sepultura, el campo santo, la sacada de los restos y la llevada al osario? ¿Cuatro, cinco, diez años? No está claro si ellas murieron en Medellín, ni por qué sus huesos vinieron a dar aquí, pues ambas pertenecían a ilustres familias caucanas. Las vueltas que da la vida. Las más de cien vueltas que ha dado la Tierra alrededor del Sol con los huesos de estas dos primeras damas en una pequeña cripta en la iglesia de San José... ☪

Dos primeras damas, madre e hija, yacen juntas en una sola cripta en la iglesia de San José, antes llamada de San Lorenzo, en plena Avenida Oriental con Ayacucho, antes conocida como la Calle de la Amargura, donde está emplazado el templo desde mediados del siglo XIX. En esa época la iglesia todavía tenía atrio y era importante, los buses no usaban como paradero la mismísima Puerta del Perdón, y por el otro costado era un edificio venerable y no un centro comercial de accesorios de informática.

Y bueno, al menos ellas aún están visibles, así la lápida esté a punto de borrarse y los nombres aparezcan incompletos, en un osario que debe haber permanecido intacto desde hace por lo menos cien años. La fecha más reciente, la del fallecimiento de la hija, es de 1904. Otros ancestros insignes sufrieron peor suerte, y nadie puede asegurar a ciencia cierta dónde están sus restos. La razón es muy simple. Resulta que en las primeras iglesias de Medellín los señores tenían su banca y compraban su sepultura. Y así como bajo el duro piso de La Candelaria y de La Veracruz están sepultados los primeros españoles que llegaron a esta villa, bajo las bancas de la iglesia de San José están los cuerpos de las familias prestantes en tiempos de la Independencia y de los primeros amagos de nuestra azarosa historia republicana. De cómo se llamaban y cuándo nacieron y murieron queda registro en los respectivos archivos parroquiales, y son los párrocos los únicos responsables de dar o negar la información a quien la solicite, sin derecho a apelación. Antes de embaldosar los pisos de estas viejas iglesias al menos sabía uno encima de quién estaba parado. Hoy no. ¿O lo sabrán sus descendientes?

Pero volviendo a nuestras damas, que no fueron realmente las primeras porque la primera que tuvo Colombia (Manuelita) no era propiamente dama según los cánones de la época, en San José están los huesos ilustres de doña Mariana Benvenuta Arboleda Arroyo de Mosquera, prima hermana y primera esposa de don Tomás Cipriano Ignacio María de Mosquera-Figueroa y Arboleda-Salazar, más conocido como el general Tomás Cipriano de Mosquera, o ‘Mascachochoas’, cuatro veces presidente de la república; y los de su hija, doña Amalia Concepción Gertrudis Mosquera de Herrán, esposa del también presidente general Pedro Alcántara Herrán Zaldúa. De doña Amalia poco se sabe; de doña Mariana se comentó siempre su viacrucis como esposa del general Mosquera, viacrucis en



L-O-R-I-C-A

por JAVIER MORENO

Fotografías de Google Street View



Desperté temprano y decidí visitar el pueblo. Desde que un carro de Google recorrió las calles minuciosamente basta teclear su nombre para que el pueblo se materialice congelado frente a mí. Escribo L-O-R-I-C-A. Primero la veo desde arriba, cubierta de nubes, "la antigua y señorial". Pese a la mala definición, distinguo el río, los caños y la estructura de barrios y avenidas principales. Es casi una isla rodeada de agua verde. La conozco bien. Tuve años para recorrerla a pie y en bicicleta. Aunque no nací en Loricica y siempre me sentí forastero, con los años he entendido que de ahí vengo porque ahí crecí.

Una vez sobre el pueblo elijo al azar un rincón. Si me acerco la definición se pierde y las nubes se ven angulosas, cuando no cuadradas, pero a partir de cierta distancia la red de calles surge de la nada, superpuesta sobre la foto. El proceso de empalme con mi mapa mental es casi instantáneo. Elijo un sitio de aterrizaje discreto: una calle menor en el barrio Remolino, cerca de la cancha de baloncesto donde inicié mi breve y no particularmente exitosa carrera como luchador callejero. Con un clic estoy ahí. Es un viaje en el espacio y en el tiempo. Las fotos que permiten la ilusión de presencia fueron tomadas hace unos meses. Mis contactos en el pueblo no recuerdan haber visto el carro con las cámaras, pero el carro estuvo ahí porque ahora estoy de pie en la calle. Avanzo lento, revisando cada escena, y reconozco la casa de un amigo de infancia que ahora es oficial del ejército. Me pregunto si sus papás todavía viven ahí. Me detengo frente a su casa. Creo que era de otro color y tal vez más pequeña. Hay alguien en la terraza arreglando una ventana. La casa vecina todavía es de madera con techo de palma. Por alguna razón se ve nueva. La calle tiene aceras diminutas y hay varias motos estacionadas. Algunas personas caminan en dirección al río. Sus caras han sido retocadas para proteger su identidad. O tal vez para que no me vean mientras las miro. Así se debe sentir un fantasma. Un hombre de camiseta blanca y gafas negras me mira pero no me ve. Parece molesto. Decido alejarme.

La cancha del barrio es exactamente como la recuerdo: un claro de concreto en medio de casas y algunas construcciones. Los arbustos escuálidos que la rodean no hacen sombra. La pelea fue en la mitad de la cancha. No puedo caminar hasta ahí. La veo desde la calle y me imagino de pie sobre el concreto caliente. Tenía unos once años. Nunca había visto a mi oponente. Cuando el juez dio la orden rugí para atemorizarlo, pero fue insuficiente: el bárbaro se abalanzó sobre mí en una lluvia de patadas que no pude

contener y que cerró con un hachazo accidental directo a las gúevas. La coca reglamentaria me salvó de daños irreparables pero no del dolor puntual. Incapaz de guardar la compostura, caí de rodillas. No estaba preparado para eso. Mi maestro se acercó para preguntarme si estaba bien. Contuve las lágrimas. Dije que quería continuar. Me levanté y miré a mi adversario. Sentí que sonreía. Tal vez fue un gesto involuntario. El juez lo penalizó y reinició la pelea. Rugí de nuevo, esta vez con más sinceridad, y decidí que ahora sería yo quien tomaría la iniciativa. Cargué contra él con la fuerza que me daba el dolor y no detuve mi ataque hasta que salió de los límites del área de combate delimitada en tiza. Miré a mi maestro buscando su aprobación y él asintió satisfecho. No recuerdo el nombre de mi maestro.

No sé qué busco en mis visitas al pueblo. Inicialmente buscaba lo que había cambiado. Quería ver el progreso. La última vez que estuve allí fue hace ocho años. Mis contactos me mantienen enterado de las novedades generales. Sé que construyeron un gran supermercado. Sé que algunas casas cayeron y algunos edificios fueron construidos. Aprovecho mi fantasmagoría digitalizada para constatar (¿y aprobar?) los cambios. Esa era, al menos, mi motivación inicial hace un mes largo, cuando el servicio de teletransportación fue inaugurado. Cada vez más, sin embargo, prefiero buscar persistencias, como la cancha, la iglesia o la calle frente a la segunda casa donde vivimos (era verde, ahora es blanca), con un gran muro y un pretil alto desde donde saltábamos en bicicleta. En el muro está pintado el anuncio de un candidato al concejo por el Partido de la U apodado 'El Pollo'. Reconozco su nombre: fue uno de mis primeros amigos cuando llegué al pueblo a los ocho años. Creo que se casó con una compañera de colegio de mi hermana. No sé si habrá sido elegido. Le preguntaré a mis contactos.

Junto a la segunda casa hay dos espacios que dejaron construcciones derribadas. Si le doy la espalda al muro y el pretil me cuesta reconocer dónde estoy. La casa donde quedaba la tienda de la esquina ya no existe. Lo mismo pasó con el colegio de niñas donde inicialmente, en las noches, funcionaba la academia de Taekwondo. Ahora hay potreros ahí. Me duele verlos. Preferiría ver construcciones nuevas. Así sentiría menos el vacío.

Me elevo. Es otra de las ventajas de ser un fantasma. Recorro el pueblo como en mis sueños infantiles: a saltos largos. Aterrizo en la calle (las mismas casas, los mismos árboles de laurel) donde un matón me retó a un combate y rompí mis gafas. Fue la única vez que lo encaré. Lo encaré y perdí. Nunca volví a verlo.

Me elevo de nuevo y sobrevuelo la carretera, tomo la desviación hacia San Bernardo del Viento y aterrizo en la esquina junto al bosque de tecas que cubre el colegio donde empecé mi bachillerato. Busco persistencias, ya lo dije, así que escalo la callejuela de tierra amarilla hasta el portal. Todo sigue igual. Busco las persistencias por lo mismo que busco gestos míos en mi hija. Las busco porque en ellas me reconozco. Son anclas a lo que fui que definen lo que soy. En la puerta hay estudiantes comprando dulces o tal vez planeando una huida. Podría ser uno de ellos. Al fondo veo (o imagino) la rectoría y la sombra del bloque de salones junto al espacio cubierto que servía de escenario para izadas de bandera y eventos similares. Aunque no alcanzo a ver la gran bonga, si me elevo la distinguo desde el cielo.

Es y no es el pueblo. Hacen faltan los ruidos, los olores, los acentos, el calor. Algún día también sabremos cómo capturar eso. Algún día podremos comprimir el universo en una máquina y entenderlo del mundo hasta vivir sin vivir. Por lo pronto no. Por lo pronto las máquinas tienen límites. No pueden engañarnos. No lo tienen todo. No nos tienen. Salto y caigo en la carretera. Cruzo el puente sobre el caño que sirve de entrada al pueblo, giro a la izquierda y avanzo en contravía. Paso junto al monumento al ejército libertador, en la esquina donde había una panadería y ahora está la compraventa Kennedy. Veo el callejón que conduce al mercado. Como siempre, está atestado de compradores y comerciantes, en un bazar infranqueable para las redes que

atrapan el mundo. Desde arriba es todavía más claro: el laberinto de calles que conforman el mercado no se ilumina cuando tomo al avatar para seleccionar puntos de aterrizaje. Su caos lo protege temporalmente de la campaña de digitalización mundial comandada desde el valle del silicio. Resguardados tras la barrera de gente se encuentran los puestos de comida, las fruterías, los brujos con sus colgandijos y amuletos multipropósito y las chazas de música, relojes y ropa cada vez más china. Si quiero verlos debo volver. Mi maestro, ahora recuerdo, vendía camisetas estampadas en el mercado.

Antes de despegar y volver a la vida en la tundra salto a mi lugar favorito, la muralla. Es un malecón fresco a la orilla del río. De noche había puestos de comida y fritos. Me gustaba ir a la muralla a hacer carreras en bicicleta. También me gustaba ir a sentarme en las bancas y mirar el otro lado del río, donde el pueblo no existía. Siempre quise irme de ahí. Hay un árbol del otro lado del río cuyo cúmulo de hojas es particularmente oblongo. Cada tarde una bandada de pájaros blancos lo usa como dormitorio. Llegan antes de que caiga el sol. Durante el eclipse de los noventa también llegaron, confundidos por la oscuridad repentina. Ahora estoy en la muralla, frente al árbol vacío. Es un paisaje tranquilo, reconfortante. Si me concentro puedo ver el río correr. Dos muchachos pasan frente a mí, uno de los dos me mira desde su máscara borrosa. Un pájaro blanco flota atrapado en el aire. Creo que se dirige al árbol. En esta Loricica espectral nunca llegará al otro lado. ☺






COLISIONES CÓSMICAS

¡Verás nacer planetas y estrellas!

Nuevo show Domo Planetario del Museo de Historia Natural de Nueva York y NASA

Consulte los horarios en:
516 83 00 | planetariomedellin@parqueexplora.org








UNIVERSIDAD CES
Un Compromiso con la Excelencia

EXCELENCIA EN FORMACIÓN SUPERIOR Y AVANZADA

FACULTAD DE CIENCIAS Y BIOTECNOLOGÍA
Pregrado en **BIOLÓGIA** SNIES: 20448
Convenio CES - EIA

MAESTRÍA EN:

- Ciencias Biológicas - SNIES 101944 (Investigación y Profundización)

Pregrado en **QUÍMICA FARMACÉUTICA** SNIES: 102162

Pregrado en **INGENIERÍA BIOMÉDICA** SNIES: 4689

MAESTRÍA EN:

- Ingeniería Biomédica - SNIES 01078 (Investigación y Profundización)

FACULTAD DE CIENCIAS ADMINISTRATIVAS Y ECONÓMICAS
Pregrado en **ADMINISTRACIÓN DE EMPRESAS** SNIES: 101696

ESPECIALIZACIONES EN:

- Salud Mental del Niño y el Adolescente - SNIES: 8174
- Rehabilitación Neuropsicológica - SNIES 54519
- Valoración del Daño en la Salud Mental - SNIES 13674
- Neurodesarrollo y Aprendizaje - SNIES 102226

MAESTRÍA EN:

- Salud Mental de la Niñez y la Adolescencia - SNIES 90987 (Investigación)

FACULTAD DE PSICOLOGÍA
Pregrado en **PSICOLOGÍA** - SNIES: 12071

ESPECIALIZACIONES EN:

- Salud Mental del Niño y el Adolescente - SNIES: 8174
- Rehabilitación Neuropsicológica - SNIES 54519
- Valoración del Daño en la Salud Mental - SNIES 13674
- Neurodesarrollo y Aprendizaje - SNIES 102226

MAESTRÍA EN:

- Salud Mental de la Niñez y la Adolescencia - SNIES 90987 (Investigación)

FACULTAD DE DERECHO
Pregrado en **DERECHO** SNIES 12340

ESPECIALIZACIÓN EN:

- Gerencia de la Seguridad Social - SNIES 2450 (En alianza con la Facultad de Medicina de la Universidad CES)

Convenio CES - U Rosario

- Derecho Administrativo - SNIES 1323
- Derecho Comercial - SNIES 15760

FACULTAD DE MEDICINA VETERINARIA Y ZOOTECNIA
Pregrado en **MEDICINA VETERINARIA Y ZOOTECNIA** SNIES: 10923

MAESTRÍAS EN:

- Medicina Veterinaria de Pequeñas Especies Animales - SNIES 54128 (Profundización)
- Medicina Veterinaria Equina - SNIES 101690 (Profundización)

FACULTAD DE FISIOTERAPIA
Pregrado en **FISIOTERAPIA** SNIES: 54468

ESPECIALIZACIÓN EN:

- Fisioterapia en Cuidado Crítico del Adulto - SNIES: 102714

FACULTAD DE ODONTOLOGÍA
Pregrado en **ODONTOLOGÍA** - SNIES: 1814

ESPECIALIZACIONES EN:

- Cirugía Maxilofacial - SNIES: 2548
- Endodoncia - SNIES: 2778
- Odontopediatría Clínica y Ortodoncia Preventiva - SNIES: 1823
- Ortodoncia - SNIES: 2547
- Periodoncia - SNIES: 8155
- Rehabilitación Oral - SNIES: 52395

MAESTRÍA EN:

- Ciencias Odontológicas - SNIES 91294 (Investigación)

FACULTAD DE MEDICINA
Pregrado en **MEDICINA** - SNIES: 1813

DOCTORADOS EN:

- Ciencias de la Salud - SNIES 54324
- Epidemiología y Bioestadística - SNIES 101768

División Posgrados Clínicos

- Posgrados médico-quirúrgicos en diferentes áreas

División Posgrados Salud Pública

MAESTRÍAS EN:

- Administración en Salud - SNIES 53312 (Profundización)
- Calidad en Salud - SNIES 91510 (Investigación)
- Epidemiología - SNIES 12037 (Investigación)
- Salud Pública - SNIES 90697 (Investigación)
- Medicina Tropical - SNIES 102532 (Investigación)

ESPECIALIZACIONES EN:

- Auditoría en Salud - SNIES 3460
- Epidemiología - SNIES 3476
- Gerencia de la Salud Ocupacional - SNIES 1826
- Gerencia de la Salud Pública - SNIES 1827
- Gerencia de la Seguridad Social - SNIES 2450 (En alianza con la Facultad de Derecho de la Universidad CES)
- Gerencia de IPS - SNIES 6666
- Salud Ocupacional - SNIES 7317
- Valoración del Daño Corporal - SNIES 13673

TECNOLOGÍA EN ATENCIÓN PREHOSPITALARIA SNIES: 15927

ESPECIALIZACIONES EN:

- Tecnológica en Sistemas de Preparativos para Emergencias y Desastres - SNIES 5344

www.ces.edu.co Calle 10A No. 22-04 A.A. 054 591 Conmutador 444 05 55 fax 266 60 46 Medellín / Colombia



Caído
del zarzo

Elkin Obregón S.

por ERREMORA
Ilustración: Tobías
Crónica de
amor y odio

1 Una noche de los años noventa, mi novia, unos amigos y yo llegamos a las puertas de Toque de queda, en la calle San Juan. Era la discoteca gay que causaba furor en la ciudad. En una ciudad que no ofrecía —ni ofrecía— mucha diversión en las noches, aquella pequeña disco había llegado como un ángel redentor. Esa era la moda, colarse en aquel local alegre y “progre”. Guardadas las proporciones, Toque de queda era una especie de Studio 54.

Como cada noche de viernes cuando llegábamos hasta la *bouncer* enorme y mal encarada que hacía el filtro, respondimos con un sí a la pregunta: “¿Ustedes son gays?”. La mujer nos miró como siempre lo hacía y a regañadientes nos dejó entrar. A veces entrábamos porque nuestros amigos gays la convencían con sonrisitas y palabras dulces. En fin, logramos entrar. Música a todo dar. Madonna era la reina en todas las pantallas. Ya estábamos borrachos y los golpes de bajo nos revolvían las entrañas. Hombres corpulentos se besaban recostados en los muros. En la pista central no cabía un sí, y luces vertiginosas de color rojo atravesaban el humo que envolvía a la multitud. Allí dentro todo era felicidad.

Tomados de la mano, mi novia y yo nos abrimos paso y nos sentamos en un muro bajo desde donde se dominaba la pista. Nos abrazamos mientras hacíamos equilibrio sobre el muro y nos dimos un beso largo y delicioso, hasta que una sacudida violenta nos hizo regresar a este mundo. Sin comprender qué pasaba, levanté la cabeza y me encontré con los ojos enfurecidos de la enorme *bouncer*, que gritaba a un palmo de mi nariz. La música reventaba en los cuerpos sudorosos, las luces rojas volaban, yo estaba en *shock* y escuchaba muy lejanas las palabras de odio que aquella mujer gigantesca descargaba sobre mi cadáver: “Aquííí nooo se pueden besarr. ¡Se largan ya!”.

2 Uber caminaba igual que su madre, a pasitos cortos y apresurados que le imprimían una velocidad algo divertida. Parecía una *geisha*. Uber era uno más de nuestra gallada y le queríamos bastante. Su nombre no parecía extraño y sus inflexiones femeninas lo hacían diferente. Nunca llegamos a hablar de eso

entre el resto de nosotros. Uber no sabía jugar fútbol, por lo tanto siempre lo poníamos como defensa. No me gustaba enfrentarlo porque era demasiado fuerte y hacerle una gambeta era casi imposible. Arremetía como un camión, la pelota pasaba, pero uno siempre terminaba mordiendo aquel polvo negro de la cancha donde jugábamos. Reía y de sus carcajadas brotaba mucha felicidad. Quizá fue el único que no se agarró a puñetazos con otro amigo. Era un niño noble y alegre, hijo de un policía retirado. Su padre era un tipo amable y llevaba un bigote negro y poblado.

Crecimos un poco y el rock duro llegó a nuestras vidas. Desde muy niños habíamos formado en la cuadra una especie de clan demasiado revoltoso para el gusto de los padres. Aquel vínculo silencioso y fuerte llevó a que la música y su modo de vida, que algunos pocos acogimos como una religión, fuera inconscientemente aceptada por otros que, a decir verdad, no sentían conmoción al escuchar el punteo de una guitarra eléctrica. Uber estaba entre estos últimos. Andaba con nosotros y voleaba la melena en la oscuridad de aquellas casas a las que íbamos a emborracharnos con vino Tres patadas y a escuchar los discos de Black Sabbath. También corría junto a nosotros, riendo a carcajadas, cada vez que llegaba la policía a desalojarnos de los “sollis” y a repartir bolillo por todos lados.

Una tarde corrió la voz: Uber tiene novia. Una rockera del barrio Pedregal. Era una mujer sonriente, pequeña y morena. Caminaban de la mano por la calle, entraban a la casa y luego subían la escalera que llevaba a la terraza en la que los padres de Uber le habían construido su propio cuarto. Todos envidiábamos aquel cuarto. Por aquellos días hablábamos a sus espaldas y nos preguntábamos cómo, cuándo y dónde había conquistado a esa nena. En fin, estábamos felices por él.

Crecimos todos. Algunos murieron masacrados en alguna taberna. Eran los días de Pablo y no volvimos a las espinas a escuchar casetes de Led Zepelin en la enorme grabadora plateada de Luis. Los sobrevivientes nos largamos del norte. La vida continuó. Casi nunca nos veíamos. Uber desapareció por completo de nuestras vidas.

Una tarde volví a la cuadra de mi infancia. Quería visitar al padre de uno de mis amigos en su lecho de enfermo. Hablamos de los viejos tiempos y nos reímos de cuando él nos regañaba por nuestras andadas. Vi por la ventana a la madre de Uber, fumando en su balcón, y de inmediato pregunté por él. Desde su cama, el padre de mi amigo me miró: “Uber se fue a vivir con un viejo. Se enamoró. Es un berraqueito el Uber”, dijo con esa voz dulce y sabía de quien está a punto de morir.

3 Una mañana en el barrio. Vacaciones escolares de julio de 1973. Campeonato de fútbol callejero bajo un sol despiadado. La avenida estaba atiborrada a lado y lado de muchachitos que esperábamos la hora del cotejo. Calmábamos los nervios viendo los partidos de otros equipos y gritando para animar el juego. Los buses bajaban velozes, y cuando aparecía uno en la curva del antiguo parque infantil había que tomar el balón y saltar a los costados. El bus pasaba, el balón caía nuevamente sobre el pavimento y continuaba el juego. A veces las llantas reventaban una pelota. Nadie murió aplastado porque le habíamos cogido el ritmo a aquella vida y escuchábamos el rugido del motor unos segundos antes de que los armatostes tomaran la curva. Los padres se morían de terror cuando decidíamos trasladar los juegos de la cancha polvorienta, detrás del barrio, a la avenida principal.

Esa mañana los ánimos estaban muy arriba, y entre todos peleábamos un lugar con vista privilegiada a la cancha en la calle. Con mis amigos de la cuadra esperábamos a que terminara uno de los partidos. “Faltan cinco minutos”, dijo alguien. Repentinamente, un niño se abrió paso entre nosotros. Llevaba pantalones y no pertenecía a ninguno de los equipos del campeonato. Tenía el pelo negro pero ya olvidé su nombre. Desde que llegó al barrio me llamó la atención el hecho de que sus labios fueran muy rosados y siempre los tuviera húmedos. Sus ademanes eran extremadamente delicados, y a pesar de que yo no era un bebé se chupaba el pulgar por largas horas, así estuviera en plena calle. Después del empujón que nos dio le dije marica. Se me quedó mirando y salió corriendo. Lo vi desaparecer en la esquina. El muchacho vivía justo al

lado de mi casa y su abuela se la llevaba bien con mi madre. Hablaban largas horas sentadas en los quicios de sus puertas. No habíamos comenzado a jugar cuando el niño apareció de la mano de su madre, que vociferaba y preguntaba a grito herido: “¿Quién fue el hijueputa?! ¿Quién fue el hijueputa?!”. Sus gritos hicieron que el silencio cayera sobre todos nosotros junto con el sol que arrojaba. La mano delicada de su hijo me señaló mientras yo estiraba los músculos al lado de una de las porterías de piedra. La mujer era voluptuosa y sus enormes tetas siempre estaban a punto de saltar de la blusa escotada. Era una mujer ruda, todos le teníamos pavor. Sus labios gruesos y el pelo corto oxigenado le daban un aire de sensualidad grotesca. Las delgadas líneas trazadas hacia arriba con lápiz negro en lugar de cejas hacían que la viéramos como una bestia enfurecida. La mujer soltó a su hijo y se abalanzó sobre mí. Sus brazos fuertes podían aplastar mi cuerpo flacuchento. Hice un *dribbling*, me escabullí por un costado y corrí aterrorizado. Bajé la cabeza a toda velocidad. La señora vociferaba a mis espaldas, seguida por un tropel de niños que se habían olvidado del balón. El escándalo sacó a los vecinos del sopor de la mañana. Se asomaban por los balcones y el espectáculo les parecía divertido. Entré a mi casa, cerré de un portazo y corrí directo al patio. Agazapado bajo el sol, escuchaba como bombas los golpes que hacían retumbar la puerta de madera. La mujer enloquecida llamaba a mi madre y le describía a gritos cómo iba a ser mi muerte.

4 Por aquellos días el aburrimiento se había convertido en nuestro peor enemigo. Nos angustiaba, era una de esas cosas que no nos podíamos permitir. No concebíamos una tarde o una noche de aburrimiento después de una jornada extenuante y estéril en el colegio. Recién comenzaban los ochenta y apenas debutábamos en el bachillerato. A pesar de los esfuerzos, a veces el tedio se apoderaba de las noches y no había más remedio que compartirlo en silencio parados en una esquina. Ni la música aliviaba nuestras almas cuando esa niebla densa entraba en nuestras cabezas. A veces la vida nos aplastaba sin remedio mientras las sombras entraban en los barrios del norte.

Una de esas noches, decididos a no dejarnos doblegar por el hastío, nos sentamos en las bancas de cemento del jardín que había afuera de la casa de unas amigas. Vivían en una de las casas de adobe gris ubicadas en la avenida principal del barrio. Todos estábamos enamorados silenciosamente de Maritza, la mayor de las cuatro hermanas, una trigueña de ojos negros y labios suaves. El sol se acababa de ocultar detrás de las montañas y el aire estaba fresco. Un viento suave apenas si movía las hojas de las palmeras que crecían detrás de las bancas. Las hermanas salieron y se sentaron con nosotros, como hacían cada vez que llegábamos a su puerta. Allí sentados hablábamos sin parar, las horas corrían y a veces el ruido de los buses destaralados apagaba nuestras voces. Fumábamos un cigarrillo que pasaba de boca en boca.

De un momento a otro escuchamos una algarabía a nuestras espaldas. Al otro lado de la calle, una horda de niños revoltosos perseguía a un adolescente rubio de pelo largo que caminaba bamboleando de manera exagerada las caderas y los brazos. El muchacho tenía las nalgas prominentes y levantadas. Vestía una especie de camiseta de lycra de manga sisa. Las rayas verticales, rojas y blancas, acentuaban su flacura. Los perseguidores también eran desgarbados. Carregaban piedras en las manos. Uno de ellos blandía un chamizo negro. Crucé la calle con mis amigos. Caminábamos de prisa soltando carcajadas. Nos ubicamos unos metros detrás de los niños. El adolescente tenía nuestra edad y no lo habíamos visto nunca por allí. De repente, detuvo la marcha, recogió de la acera una piedra enorme, dio una media vuelta vertiginosa y vimos la sonrisa que se dibujó en su cara de niña dulce. La angustia de sus ojos me hizo avergonzarse. Los niños también se detuvieron, igual nosotros. El muchacho hizo ademán de lanzarnos la piedra, pero en lugar de ello detuvo su brazo en el aire, soltó la roca y salió corriendo en sus sueños de madera. Los niños emprendieron de nuevo la persecución, y vimos cómo desaparecían todos al entrar a la calle oscura que rodeaba el cuartel de policía. ☹

MIRA LO QUE TRAJO EL MAR

A sí se llama un libro de Marcela Velásquez Guiral, beca de creación 2012 de la Alcaldía de Medellín. Área: Literatura infantil. Género: Cuento. El primer ítem es al menos discutible, pues no hay un término más elusivo que ese. En cuanto al segundo, no ve este lector el libro como una colección de cuentos, sino más bien como una novela corta, partida en pequeños relatos, o estampas, que, dentro de un solo ámbito, saltan a su gusto (aunque con una solvencia narrativa que evita cualquier alarde), en el tiempo y en el espacio. Pues todo ocurre en un lugar concreto, un caserío costero —Miratt se llama—, sin ninguna ubicación exacta, enclavado entre el mar y la montaña; un pequeño mundo, por supuesto, donde habitan niños (entre ellos Miguel, cuyo hogar es una canoa, y Marhita, su única amiga), pescadores, ancianos y animales (entre ellos el loro de la abuela de Tribi, Capitán Lor, presunto pirata), y ocurren cosas, a veces pintorescas y amables, a veces oscuras e inquietantes; y hay además secretos insinuados, misterios nunca resueltos. En palabras de la autora: “Aquí les dejo estas historias. Algunas dulces como el mango maduro. Otras saladas como el agua de mar”. Lo que ella no dice, y conviene decir, es que por todas esas páginas pasan la piedad, el sano humor, y una poesía servida a cuentagotas, para que no se note demasiado.

Un librito precioso, sabiamente escrito, sabiamente contado; y, además, bellamente ilustrado (por un tal Gusti, un chico catalán que, con seguridad, ha caminado más de una vez por pueblos caribeños. La edición, de Frailejón editores, es impecable).

Es uno de esos libros que, una vez leídos, siguen creciendo dentro de uno; no pasa muchas veces; y no pudo la autora haber elegido un mejor título.

P.D.

Al final, en una semblanza de Marcela, se dice que tiene ojos muy grandes, y largas pestañas; que ama el mar, y que no sabe nadar. Salvo los ojos y las pestañas, es también mi caso.

CODA

Después de una excelente gestión, deja Selene Botero la gerencia de Teleantioquia, y llega a ese cargo Clara Marcela Mejía. Hacer un currículum de Clara Marcela no es difícil; su talento y capacidad profesional están más que probados, su cara es casi tan bella como su alma. Valor agregado: le gusta la música vieja, y ama los bambucos. Más no se puede pedir. ☹

Los montañeros

por SILVIO BOLAÑO ROBLEDO

Ilustración: Camila López

Cuando la habitas, la montaña forma parte de todo, como un dinosaurio dormido que se ve de lejos y te soporta. El montañero siente melancolía al mirar la montaña, y vuelve a sentir melancolía cuando llega a la cima, pues esa altura mide lo que le hace falta.

Quien vive en la montaña forma parte de ella como conciencia de sus ríos, de los seres que la habitan, de sus bosques y sus leyendas. Los paisas, por ejemplo, llamamos "Capital de la Montaña" a la ciudad de Medellín, pero empleamos la palabra montañero para referirnos a alguien de modales rústicos. Tal rusticidad no tiene relación lógica con el hecho de vivir en el sistema montañoso de los Andes, sino con la leyenda del progreso que hemos heredado de Occidente, la cual forma parte del "complejo de hijueputa" del que hablaba el filósofo Fernando González. Así pues, en la capital de Antioquia no llamamos montañero al avezado caminante, sino a quien queremos enrostrarle su poco sentido de la moda, su inferioridad en la escala social o su aturdimiento ante la tecnología. Al señalarlas, estas diferencias ponen en evidencia la carga de complejos y vanidades de la sociedad antioqueña: "vos sos un montañero" es una expresión que nadie usa para subrayar la experiencia de otro en las cordilleras colombianas.

Ese empleo del término delata una cultura que subestima la realidad de su herencia campesina (pero a la vez se ufana de ella con cierto chovinismo, pues concibe el ideal paisa como una mezcla entre el arquetipo del arriero y el del narcotraficante). Es la manifestación de una sociedad que se imagina superior, merced al orgullo bastardo que le da saberse heredera de colonos blancos. Es preciso explicar que en Colombia el uso reflexivo del verbo "blanquear" se emplea cuando el mulato ha limpiado su sangre al casarse con una mujer blanca, mientras que en la capital de la montaña lo andino aplica para un indiecito que toca flauta, jamás para sus empresarios o para las niñas del Colegio Marymount.

Nosotros, los montañeros de la urbe, acaso habremos escuchado leyendas anteriores a Mandinga, de cuando los aburrás celebraban sus cortejos fúnebres desde el cerro Nutibara hasta El Volador (o viceversa), donde un cerro sería a la luna y el otro al sol lo que el alba a X y el ocaso a Y. Dicho pensamiento analógico no demuestra que los aburrás fueran más listos que los paisas, sino, tal vez, que la montaña, cuando la habitas, es una referencia natural de la distancia. En Medellín tal distancia es actualizada cada tanto con la incorporación de nuevas leyendas de superioridad respecto a Antioquia y a Colombia; distancia ya no ontológica sino mundana, al estar mediada por la óptica del fantoche que contempla su fetiche con devoción. Ante la costumbre de vivir entre las bombas y las balas de los sicarios, a la generación de los años ochenta le tocó subir su autoestima con la creencia en varias de esas leyendas, como las que produjeron la construcción del Metro y la transformación de algunos lugares tradicionales de la ciudad.

Mis amigos y yo, por ejemplo, trabajamos como voluntarios en el Museo de Zea, que tras otra donación de Fernando Botero pasó a llamarse Museo de Antioquia (y que el pueblo nombró Museo Botero, sacando al maestro Zea del lenguaje cotidiano y condenándolo al olvido). En ese cuartel debíamos responder preguntas sobre las obras de los artistas, y protegerlas. Luego salíamos a las calles del Centro con los ojos llenos de los arboles de Eladio Vélez y la moral lastimada por el despotismo de los marchantes del arte. Hartos de la prepotencia y el desprecio, renunciamos al museo y nos propusimos fundar una revista. Habíamos visto muchas caricaturas de Rendón, éramos expertos en la perspectiva de Cano, sabíamos de memoria los poemas de Barba-León.

Escapábamos de Calibío en zigzag hasta llegar a La Polonesa, frente a la Cathedral Metropolitana, donde nos dábamos cita para discutir entre aguardientes y tangos. Queríamos sacar el arte a recorrer el Valle de Aburrá, y decidi-



¡La Madremonte sí existe!
Daniel Torres Gómez

mos hacer una revista que se llamara *La Montaña*. En las mesas de La Polonesa planeamos nuestro primer ataque urbano: nos proveeríamos de aerosoles y haríamos pintas con las consignas "Todos somos montañeros", "¡Que vivan las montañas!", "¡La Madremonte sí existe!". Así lo hicimos durante meses que se convirtieron en años, y durante años que pasaron a ser recuerdos. Cuando habíamos terminado las maquetas del primero y del segundo número, en los cuales incluimos versos, cuentos y ensayos inéditos de autores colombianos y extranjeros, nos asaltó un obstáculo mayor a nuestra voluntad:

—¿Saben qué? Hace falta algo...

—¿Qué hace falta, Flaco?

—No sé...

Así, cada ocho días, la frase "hace falta algo" nos fue alejando de la montaña hasta perderla de vista. No era necesario explicar qué ni cómo: cuando el Flaco decía "hace falta algo... No sé...", se derretía la tinta de las palabras, se cerraba el afluente del entusiasmo, y las noches continuaban entre los tangos y el aguardiente y la amistad.

Uno a uno los montañeros nos fuimos dispersando. Yo me di cuenta después: aquella frase—"hace falta algo... No sé..."—no era otra cosa que melancolía. Al ver la revista terminada, el Flaco sentía la melancolía de no tener que hacerla. *La Montaña* no se hizo realidad porque fue concebida, desde el inicio, como un mito que idealizaba la memoria de los montañeros. Lo que nos hacía falta era escapar de ese esquema de distancia y superioridad que tanto detestábamos y que teníamos la montañera tentación de repetir. Como punto natural de ascensión, economía de pirámides, aeropuerto de cometas y madre del monte, la montaña es un centro de memoria que no necesita otra leyenda que la de soportarnos, cual reptil milenario que nos ha legado su inocencia. Fue por esos días que, desde las garras del lagarto, otros flacos comenzaron a publicar este *Universo Centro*. ☹

Altkirch, diez de octubre de dos mil trece.

Balada trivial de Barrio Triste

por CARLOS BUENO OSORIO



Libardo Parra fotografiado por Benjamín de la Calle, 1926.

Barrio Triste

De hastío seca la copa taciturno, a pasos lentos sigo adelante mi ronda por Barrio Triste...

¡Y qué triste!
El nombre mide su forma real, porque la tristeza se agazapa entre las sombras,

y en sus días el silencio como un ofidio se enrosca.

Si suave brisa, un rumor produce al besar las hojas medio resacas de un árbol de muchos que el barrio adornan, no sabe uno si suspira la angustia de hallarse sola, o es que hundida en su orfandad es la quietud que solloza. Y estáticas centinelas desde sus cimas remotas, las estrellas, compasivas, de su abandono se asombran.

.....
Veo, al doblar sus calzadas que en cada esquina se apostan ausencias de hombres que nunca tuvieron allí una novia; de ansiedades de retorno a sitios que a nadie alojan, ausencia de bienvenidas, de adioses y llanto a solas...

Barrio Triste; nadie lleva de tu historia sobre un pañuelo de lino el llanto de una congoja. Cupido olvidó sus flechas para que no hubiesen bodas, y la cigüeña tenía para ti, sus alas rotas.

Vecino al de "Guayaquil", (mambo, rumbas, pianos, broncas, taxis, crápulas, bohemia, música, músicos, fondas, risas, voces, carcajadas,

el tácito "qué me importa" de tantos que en los relojes no ven minutos ni horas), a Barrio Triste le falta lo que a Guayaquil le sobra.

Y es poco: le bastaría que iluminasen sus sombras ojos de cinco ventanas con ojos de algunas novias; labios que el Ave María ungiese y en altas horas de la noche, una oración, una siquiera, una sola que llegase hasta el oído de quien, como yo, en mi ronda, dijese que en "Barrio Triste" la Ley de Dios se prolonga...

.....
¡En Barrio Triste murió recién nacida su historia...!

Tartarín Moreira

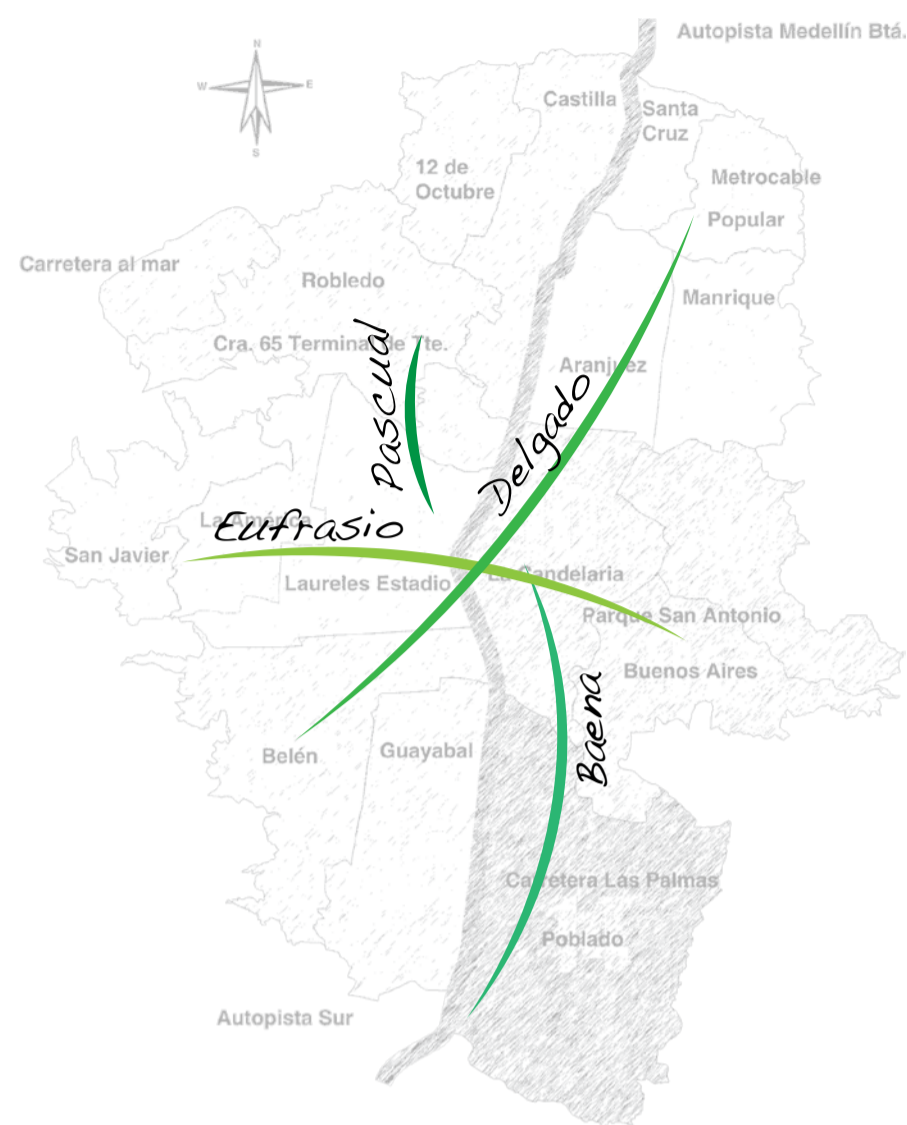
En los dorados años treinta del siglo XX un trovador bohemio rebautizado Tartarín Moreira caminaba diaria y nochemente desde el frenesí del barrio Guayaquil—una ciudad dentro de la ciudad—hasta su alojamiento en el céntrico sector de San Benito. En su recorrido padecía un sector de edificios, fábricas y depósitos tibiamente poblado, al que inmortalizó con el nombre de Barrio Triste. "Vecino al de Guayaquil [...] a Barrio Triste le falta lo que a Guayaquil le sobra".

Libardo Parra Toro, nacido en Valparaíso, Antioquia, en 1898, y fallecido en Medellín en 1954. Personaje de melancólica mirada y sombrero de medio lado, tomó el pseudónimo que lo haría famoso de la novela de Daudet, *Tartarín de Tarascón*. Fue uno de los integrantes más jóvenes del grupo Los Panidas, famoso por sus poemas y escritos y por las juergas que armaban en el Café El Globo o en el estadero El Jordán, en Robledo. Después de mucho deambular en la bohemia, y de ganarse la vida como detective, secretario y escribiendo en notarías y juzgados, terminó en la miseria.

Sin embargo, Tartarín fue fiel a su ideal romántico de la vida, como en el poema de León de Greiff que cantaba a los hijos del dios Pan: "músicos, rapsodas, prosistas, poetas, poetas, poetas, pintores, caricaturistas, eruditos, minios estetas; románticos o clasicistas, y decadentes—si os parece—pero, eso sí, locos y artistas, los Panidas éramos trece".

El escritor Jairo Morales recuerda cómo Tartarín, elegante y bohemio, sabía ser uno de tantos perdidos en los suburbios que más amaba de la ciudad, y saboreaba solitario una copa rinconera mientras veía, irónico y escéptico, discurrir las cosas. También sabía ser un señor en las mansiones adonde se le invitaba, cómplice distante, fiel a un dolor sin nombre preciso. El precio fue la miseria final. En sus últimos días, abandonado y enfermo, aterrado por los estragos del tiempo en su rostro y consecuente con su espíritu de dandi, Tartarín introducía en su boca cauchos para ocultar el hundimiento de sus mejillas.

Era un poeta menor cercano a los músicos populares, letrista de bambucos, tangos y pasillos. Algunas de sus letras llegarían a manos de Gardel, cuya muerte propició que las grabara Agustín Magaldi. Al menos por sus tangos y pasillos, Tartarín sigue vivo en la mitología citadina, y un barrio de mecánicos y obreros prolonga hoy su mito. ☹



Caminar en la ciudad propia como si fuera un territorio extraño. Buscar recorridos vetados y mirar todo con los ojos del naturalista. Al atravesar la ciudad de extremo a extremo quedan a la vista sus dimensiones, sus rípios callejeros, sus maravillas ocultas. Cuatro viajes a pie y cuatro rutas de peregrinos sin santuario.

RECORRIDOS

El falso vagabundo

por PASCUAL GAVIRIA

Fotografías por el autor

Durante mi corto recorrido por momentos puedo entender la fuerza de los peregrinos. Los acompaña una promesa y una vara que consideran sagrada. Un extraño reflejo cae sobre su sendero, y un sentido profundo alivia su fatiga. Yo solo camino para describir mi ruta, para encontrar señas desconocidas en un valle y unas calles que suponen sabidas. Me acompañan una libreta de apuntes y un teléfono sin volumen que servirá de cámara. La disposición del cartógrafo aficionado o el naturalista de ocasión hacen que también para mí haya un brillo particular: la cómoda libertad de quien juega a ser un vagabundo. Inicé mi marcha en la Terminal del Norte, luego de superar un arrebato de nostalgia por el recuerdo de una larga colección de recaladas y partidas desde el barrio Caribe. Son las 9:12 de la mañana. Cuatro taxistas juegan dominó sobre la bandeja que despliega la puerta trasera de uno de sus carros. La fila de taxis se mueve y todos corren con sus fichas a empujar el móvil que les corresponde. No he completado cien pasos y ya vi el primer hombre dormido sobre

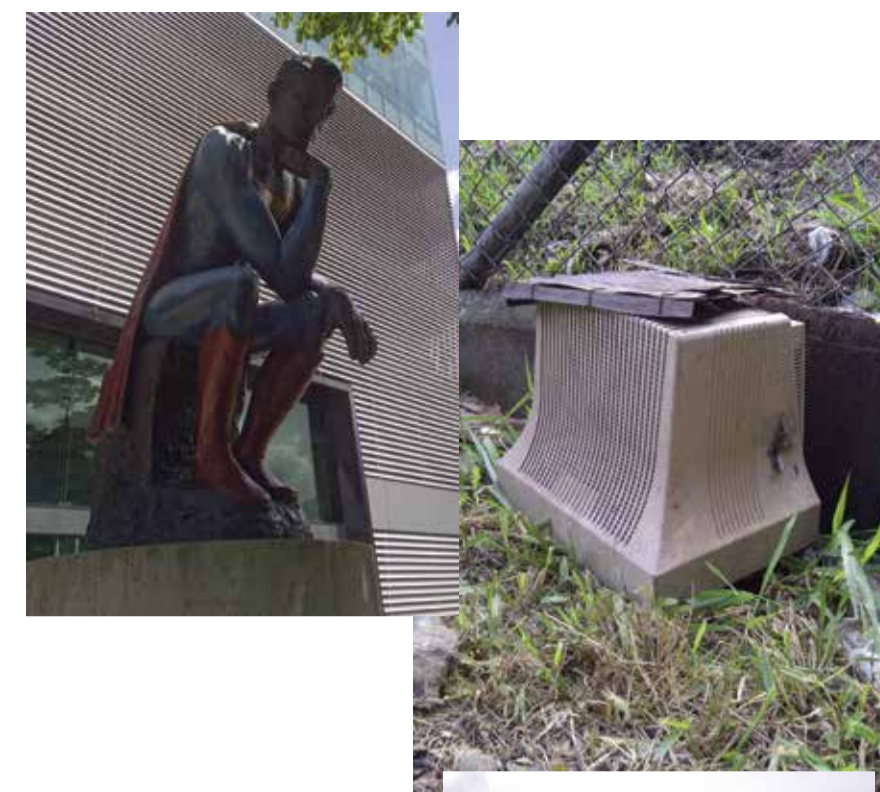
la hierba. Aparecerán muchos, todos cobijados, casi todos con los zapatos filados a los pies como únicos guardianes de su sueño. Los talleres me dejan la tentación de las empanadas en las vitrinas y la imagen de un hombre rodando dos enormes llantas mientras camina; parece decirles algo en el trayecto hasta su guarida de remiendos. Los zapatos abandonados en la calle son una guía para el caminante. Los sigo como granos que marcan mi ruta, todavía no muy clara. Dejo la zona de los mecánicos y aparecen los tinterillos y los tramitadores. Los edificios del Tránsito y la Fiscalía están rodeados de fotocopiadoras y oficinas para redactar cartas de último minuto. Paisaje de secretarías, patinadores de juzgado y cuchicheos de cafetería. En las mesas cercanas a la Fiscalía se toma tinto y se habla en voz baja. Mujeres de ojos hinchados intentan comprender a los defensores de oficio. Dejo atrás el edificio de la Fiscalía, lo miro con temor, con los ojos de Josef K., y decido buscar la autopista: en últimas vine por la ruta de los vagabundos, y no por los laberintos de la burocracia.

Pero alguna vez debí de haber saboreado ya esta paz— me digo mentalmente—, puesto que bago mi camino canturreando, y me siento arrebato de júbilo y lleno de afecto hacia toda la naturaleza que me rodea, estas piedras y estos hierbajos que, a su vez, también parecen demostrarme afecto... Somos ya viejos amigos...

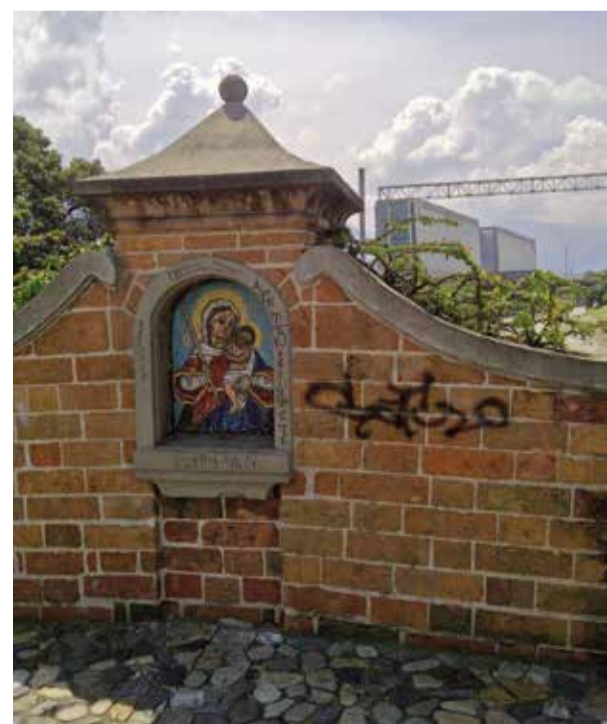
Knut Hamsun

Las orejas de los puentes forman una especie de ecosistema salvaje entre las avenidas. Humanos, ardillas, pájaros, ratas, perros y gatos callejeros. Llego hasta el jardín de la calle Barranquilla en busca de la autopista. Me sorprenden cinco garzas negras de pico curvo y naranjado. Quisiera sacar las acuarelas y los pinceles, pero no me queda más que ahuyentarlas con mi teléfono. Me consuelo con las fotos del cementerio de carros de la Policía ubicado en una esquina de ese bosque de mangos, hasta que llega el interlocutor de mi pequeña marcha: un tombo amable que me pregunta por las fotos y me pide que le muestre el teléfono. No cargo cédule y accedo a su revisión para evitar una visita al comando. Ya estoy en la autopista, donde quería llegar. El viento de los carros me golpea en la espalda y el río deja oír un rumor que siempre inspira; para el oído es indiferente que sea un canal de aguas usadas. Voy con la mirada clavada en el piso. Quiero encontrar una tuerca gastada, un amuleto de autopista. Levanto la cabeza y veo una casa campesina entre el río y las vías que llevan el Metro vacío hacia al norte. Una casa que podría llamarse tuguero si no fuera por las gallinas que picotean entre materas florecidas de margaritas. Busco el marrano en lo que podría llamarse patio. No está. La desembocadura de La Iguaná es ahora un caño que no dice nada, un desagüe. Me quedo mirando esos dos ocres que

se encuentran, La Iguaná terrosa, el río más opaco. La paleta de nuestros desechos. Todavía no encuentro mi tuerca, pero llego a un parque inesperado. No solo los paisajistas construyen bosques de bambús para que los ciudadanos puedan estirar los pies. Al frente de Suramericana, en la orilla del río Medellín, hay un jardín silvestre donde desaparece la autopista. No hay una sola basura. Me siento de cara al río y veo a un bichofué cazando una mosca. Habría sido mejor un martín pescador, pero para un caminante que busca una tuerca es espectáculo suficiente. Son las 10:12 y mis ánimos están intactos. En la otra orilla del río están los verdaderos vagabundos. Camino entre los trabajadores que cuelgan la parafernalia de los alumbrados, y recibo el viento a favor de los miles de carros que van en dirección norte-sur. De pronto, mi tuerca brilla al borde de la autopista. La recojo con cuidado, la miro, es igual a la que imaginaba. La guardo en el bolsillo y recuerdo a los vagabundos de Knut Hamsun, y a los que nos ofrecen sus hallazgos con la esperanza de que encontremos algún brillo en su tarea de recolectores. Ahora puedo dedicarme al paisaje. Olvido las migajas de la carretera y veo un palacio plateado que exhibe sus balcones y su foso de agua. Recuerdo *El Castillo* de Kafka. Me inclino con reverencia y logro que la ciudad se pierda y los jardines de La Macarena se conviertan en el coto de caza del Edificio Inteligente.



Este es un espacio libre de humo, Para fumar, hágalo a 8 metros de esta entrada



Ahora voy en busca del puente de Guayaquil. Quiero ver sus bases, que llevan más de 130 años soportando la corriente del río. Cruzaré en busca de la Avenida Las Vegas para ir hasta la Terminal del Sur. Los nombres avalarán mi recorrido entre dos supuestos puntos cardinales. Antes, la calle me entrega el segundo encuentro de la mañana. Ahora no solo tengo una tuerca, sino también una llave que podría moverla. Mi llave está lustrada, deber ser un olvido de alguno de los súbditos del palacio inteligente, y no el desecho de un choque o una varada. Es más un robo que un encuentro. Sobre el puente de Guayaquil tengo vista a otro de los palacios que están en la ronda del río. Alargado sobre los carriles de la autopista, el edificio de Bancolombia hace que la estación del Metro parezca una de sus bodegas. Me encamino hacia su foso. Debajo del puente de la 30 y sus orejas alguien ha levantado un pequeño cerco con trozos de palo de escoba, sobre malezas de la misma calaña. Una huerta inútil. Bajo el puente también aparece el más extraño de los habitantes: un carro de valores azul príncipe que descansa sobre un amplio polvero en la sombra. Nadie se acerca, parece una peligrosa caja fuerte. Me indica que estoy por llegar al palacio acostado entre el río y Los Industriales. Huele a crispetas y me cruzo con una mujer que camina amparada en su collar de perlas: ya estoy en el suroriente. Un aviso en

los vidrios templados del palacio deja claras las nuevas reglas: "Este es un espacio libre de humo. Para fumar, hágalo a 8 metros de esta entrada". Este edificio en realidad no tiene foso, sino un jardín sombreado para que sus empleados puedan escapar durante el almuerzo. El hombre de la capa, sentado en la postura de *El pensador*, me despide distraído. Nadie sabe qué postura tiene *El pensador*. Ya son las 11:12 y me encuentro con un simulacro de evacuación frente a una empresa prestadora de salud. Los compañeros se ríen del enfermo imaginario al que le tocó hacer de muñeco con cuello ortopédico en la camilla. Debajo del puente de la 10 se multiplica un enjambre que ha crecido en los últimos años: un parqueadero con 250 motos filadas con juicio, como si fueran para la venta. Una especie en expansión. Desde el puente intento abarcar todo el recorrido. Veo los dos grandes palacios. Ya estoy pensando en mis pies. Mientras bajo hacia el occidente me cruzo con un hombre que rueda una gran llanta hasta los parqueaderos cercanos a la Terminal del Sur. He caminado a paso de infantería. Soy un falso vagabundo que debe mirar el reloj y usar el teléfono para guardar los tesoros que ha encontrado en su marcha. Pero también un peregrino feliz de llegar a su santuario lleno de buses y taxis. Y con una tuerca y una llave como reliquias. ☺



Mira mamá: sin Lázaro

por DAVID E. GUZMÁN

Fotografías por el autor



JERONIMO AJO PABRE SU TRABAJO CUANDO SEA RESULTADO
NO DIGA A QUE VIENE, CON SOLO MIRARLO LE DIGO TUO
SOMINO REGRESO Y LIGO EN 72 HORAS A SU SER AMADO LO POSTRO A SUS PIES PUEBLO PERDIDA
SEPARA SU CITA CONSULTA \$15.000
Cra. 44 No. 29 A-21 PISO 2 OFICINA 213 TEL: 293 10 61 Col: 321 634 07 44

Sara Conoce una abuelita nueva
Llama o Manda un mensaje al 312 45 11 45
Domingo 11:00 am a 5:00 pm
Cra. 44 No. 29 A-21 PISO 2 OFICINA 213
Regístrate Pronto al parámetro

KAMAKUM EMBAJADO INDIGENA
EN LA MANA...
Trabajos a largo distancia garantizados...
Desde las 10:00 am Todos los días
Calle 49 No 43-68 239.89.42
Diagonal de la plazuela san Ignacio 320.766.2184

Estoy al oriente de Medellín, parado sobre la calle Ayacucho, a unos cien metros de la serpenteante carretera que sube a las montañas de Santa Elena. Desde la acera veo las casas de Villatana, las copas de los árboles y la piel verde y rugosa del cerro Pan de Azúcar. Son las 9:30 de la mañana del viernes 18 de octubre de 2013. Quiero caminar hasta que pueda divisar, a una distancia similar, alguna colina de Belén o algún morro de San Javier. Mi intención es atravesar la ciudad de oriente a occidente en una jornada. Los primeros pasos me llevan hasta un taxi estacionado cerca de la Unidad Residencial Loyola. El conductor, en cuclillas, estopa en mano, brilla con fervor la llanta superior derecha. A su lado tiene un frasco con una solución blanquecina. —¿Con qué las brillas? —Silicona. —Ya... E, ¿cuántos kilómetros habrá de aquí a la Universidad de Medellín? —¿Ah? Jm, no, ni idea hermano, ¿kilómetros?

Sospecho que la casa amarilla con azul del frente, que dice Colegio Alfred Binet, fue precisamente donde hice la guardería. No aguanto la curiosidad, cruzo la calle y subo unas escaleras. En la puerta veo una placa conmemorativa que me refresca la memoria: "Mi casita encantada". Mi primera institución. La emoción me lleva a tocar el timbre. Abre una mujer en sudadera y me confirma que allí funcionó la guardería. También le pregunto por Disneylandia, otra institución por la que pasé. La mujer, impaciente, con los oídos puestos en el bullicio infantil que viene del fondo, me dice que sí, que Disneylandia existió en la casa contigua. Sigo mi camino con ese pequeño botín en la memoria. La calle Ayacucho está clausurada desde el Mascerca de Buenos Aires, y cercada a ambos lados por costales verdes. El calor crece y se potencia con el reflejo del piso de tierra amarilla. Decenas de trabajadores adelantan las obras del tranvía de Ayacucho, un hijo más de esa matrona recatada llamada Metro. En una esquina dos negras conversan con un vendedor de fruta picada en vasos desechables. El señor, de delantal blanco, me cuenta que hace seis meses el sector muestra este árido panorama sin que se note avance; lo dice con mal genio, con una rabia tierna que hace reír a las chocoanas. Y tiene razón: pocos negocios funcionan, otros están cerrados o solo abren por un ladito. La ausencia de tráfico posibilita caminar por la mitad de la calle, entre los obreros y sus carretas. Más abajo una retroexcavadora saca tierra y un jubilado mira las entrañas de un paisaje que cambiará para siempre. Rápidamente devoro la fruta que le compré al viejo. El antisolar empieza a separarse de mi piel, siento que se me derrite el rostro. No sé qué tan buena idea fue empezar este recorrido en bajada, no llevo ni una hora y ya siento un dolorcillo encima de las rodillas, la cabeza caliente y un poco dolorida.

La Plazuela San Ignacio se perfila como la siguiente parada. Salgo de Ayacucho y giro por la peatonal de Bellas Artes. Antes de salir a Pichincha un olor a marihuana me persigue; proviene de un grupo de jóvenes que conversan diagonal a un bar del que salen las taquicárdicas notas de Eleanor Rigby. Un pito me ensordece cuando salgo a Pichincha. Ya estoy en el Centro. Son las 10:37 de la mañana y necesito sentarme. Doy una vuelta por la plazuela, nutrida de gente y comercio ambulante; algunos señores juegan ajedrez, otros conversan sin afanes. Alrededor de la fuente las palomas se rascan al mismo tiempo algún punto debajo de las alas. Me siento en una banca solitaria. Las plantas de los pies me palpitan. Reposo un par de minutos mientras un señor habla por celular a todo timbal. Al frente leo "Pasteles recién horneados" y se me abre el apetito. Voy por un pastel de jamón y queso y una Uva. Regreso a la banca y al instante aparece un gordo que me pide disculpas, se sienta a mi lado y prende un cigarrillo; me cae todo el humo, así que apuro el desayuno, devuelvo el envase y abandono la plazuela. Ahora cada paso me produce una breve molestia en las rodillas. Al menos ya no estoy bajando.

es lo último que observo antes de agarrar la calle Colombia hacia el occidente. Es imposible caminar de frente, tanta gente esperando bus, tanto vendedor ambulante, tanto transeúnte me obligan a esquivar mientras avanzo. El sol arde cada vez más, falta una hora para el mediodía. Después de ver neveras y lavadoras exhibidas, afronto el primer puente de la calle Colombia. Presiento que este tramo me va a afectar, no hay sombra y aún debo llegar al segundo puente para cruzar el río, que no está rojo ni azul: hoy parece un río de aguapanela con leche. En el malecón varias personas duermen y algunos recicladores, con sus carretillas parqueadas, reposan sentados en los sardineles. No veo la hora de llegar a Carlos E. Restrepo para hacer otra parada y bogarme una cerveza bien helada. El tablero electrónico dice que son las 11:30 a.m. y que la temperatura es de 26 grados centígrados aunque yo la siento de 35. En cambio en Londres hace 17 grados y son las 17:30. El dólar está a 1.879 pesos, cayó. A la final Carlos E. se dejó montar un negocio fúnebre en sus terrenos verdes y bohemios. Paso por un lado de la Funeraria La Paz, y jadeante aterrizo en la Papitienda en medio del canto de los pájaros y la sombra fresca de los árboles. El paso por el sofoco del Centro me dejó diezmando, el dolor de las rodillas se suma a la fatiga de los gemelos y siento que la cabeza se me dilata. Carlos E. está desolado, el tiempo pasa lento; son esos minutos muertos que anteceden a las doce del día. En la Papitienda pido la cerveza más helada y me dan una Costeña. Cuando me la ponen encima del mostrador, una señorita de pelo negro y piel blanca, con los ojos maquillados como una egipcia, nariz medite-

Yo Laura Maria autorizo a Santiago Castañeda para salir de la institución.
Tel: 312 45 11 45
C.C: 93091



una pelota en su dedo. Avanzo hasta el primer parque de Laureles, donde me vuelven a perseguir los humos almenrados del moño. Marihuaneros solitarios y en combo son los culpables. Por la circular 74 desemboco en la Avenida Nutibara. De repente, mimetizada en un muro de granito, descubro una pata de marihuana. Parece una confabulación de los astros para que me den ganas de fumar... En el segundo parque están montando una feria artesanal que se hace el tercer fin de semana de cada mes, según me dice un artesano. No me provoca quedarme ni un segundo y sigo. Por fin llego a Santa Teresita; al frente de la iglesia veo lo más decembrino del recorrido: una torre de hojuelas embadurnadas de azúcar. Son tan grandes que parecen lonjas de chicharrón bogotano. En medio del descanso en casa de mi padre, descalzo y con las piernas levantadas, empieza a llover. El taxista que me llevó por la mañana hasta el nostálgico punto de salida me había dicho que ese sol picante era de agua. Según sus presagios lloverá a las dos o tres de la tarde, y son las 2:28. Minutos después salgo de la casa de mi viejo con un paraguas negro prestado, liviano y con fuerzas renovadas para rematar la travesía. Al salir del edificio la lluvia arrecia. Camino bajo el aguacero por la 33, detrás de un loco que lleva una bolsa verde y va cantando. Cruzo la calle por donde él la cruza. Ni él ni yo nos cuidamos de ser salpicados por los charcos. Los autos no tienen compasión con el peatón. Por los recovecos de la 32 doble e, o doble f, respiro un bochorno vaporoso. No recuerdo cuándo fue la última vez que caminé con paraguas. Salgo a la carrera 80 a la altura de la Villa de Aburrá. Desde allí puedo ver, a lo lejos y soleadas, las montañas del oriente. Subo hacia el centro comercial Los Molinos y antes de alcanzar la 30 deja de llover. Calculo que estoy a unos quinientos metros de coronar. Decenas de aves me reciben con un show de vuelo que termina con sus patas en los cables de la luz. Aunque los dolores mermaron, están latentes, sembrados en tres puntos: arriba de las rodillas, en los gemelos y en las plantas de los pies. Van a ser seis horas desde que salí de Loyola. Pasé por el Centro, cruce el río, estacioné en Carlos E., caminé por el Estadio, San Juan, Laureles, y ahora subo por Belén Los Alpes. De repente, con la meta a la vista y sin esperar ninguna otra novedad, me topo con cuatro vacas y seis terneros que atraviesan la 30. Debo parar para que pase la recua. Don Arturo, palillo en boca, me dice que las lleva "para el corral", según entiendo después de pedirle tres veces que me repita. Los fonemas que salen de su boca son de difícil comprensión y mejor me despiendo. Además, las vacas ya van llegando a la otra cuadra. Unos metros más adelante puedo leer sobre un fondo rojo: "Universidad de Medellín". Detrás están los cerros de Altavista, al occidente de la ciudad. Algunos estudiantes salen y entran al bar Postgrado Holandés para tomarse las primeras cervezas del viernes. Sentado en una panadería de esquina me tomo una Pony Malta mientras miro el monte húmedo y verdoso que escolta a la Universidad. Basta pararse en la mitad de la 30 para ver la ciudad hasta el fondo, incluidas las montañas del oriente, que siguen soleadas bajo un cielo despejado. Aquí parece otro valle, con charcos en la calle y nubarrones grises. En total anduve once kilómetros, una caminata que jamás volveré a hacer en la vida. Por ahora no me pienso mover de esta silla: me dedicaré a pensar en la egipcia ya que las vacas me la trajeron a la memoria. Mientras tanto, que se inventen la teletransportación o que aparezca Lázaro. Ya no importa llegar tarde.

Después de almorzar me siento derrotado, pesado. Solo quiero irme a dormir. Abandono el restaurante y sigo por la calle 49. Esta llena y este calor me cobran por ventanilla, las piernas me tiemblan. Camino despacio por la carrera 70 y algo me saca del sopor: un estudiante del Marco Fidel Suárez sale in tempestivamente del colegio. A la 1:40 es el único muchacho que sale, morral a la espalda. Tiene un papel en sus manos, lo arruga y lo tira al suelo. Lo recojo, es de un cuaderno cuadriculado y dice: "Yo Laura Maria autorizo a Santiago Castañeda para salir de la institución". La nota tiene teléfono y cédula, pero no está firmada. Cuando la termino de leer el pelo ya se ha perdido por la Unidad Deportiva Atanasio Girardot. Necesito hacer una parada cómoda. Me siento sin fuerzas. El dolor en las rodillas y las pantorrillas aumenta. Una estación en la casa de mi papá sería perfecta, y hacia allá me dirijo. Dejo la 70 para subir por San Juan. Las mesas de billares de la 72 están abandonadas, los posibles billaristas apenas soplan un tinto en la barra. Doblo por la carrera 73 y sigo derecho. En el semáforo hay una gringa haciendo malabares con



Travesía en diagonal

por ANDRÉS DELGADO

Fotografías por el autor

Es viernes y son las 4:30 de la tarde en el barrio Santo Domingo de la Comuna 1, sobre las montañas del nororiente de Medellín. El cielo está nublado. Abajo, los edificios del Centro se ven como piezas de un ajedrez gris y deslucido. Los barrios de la montaña del frente, al otro lado del valle, son un caldo de diminutos ladrillos naranjados. Y más cerca, al agachar la cabeza y mirar desde el balcón del Metrocable, se ven los techos desparramados por la loma. Ropa tendida y chatarra en las terrazas, señoras sentadas en las escaleras, un barranco a punto de tragarse una edificación esbelta y fatigada de cuatro pisos. La idea es atravesar la ciudad. Partirla en dos y en diagonal. Recorrer las lomas desde el nororiente hasta el suroccidente. Desde Santo Domingo, en un extremo, hasta la Loma de los Bernal en Belén, al otro.

Para esta primera parte del recorrido me encuentro con Ramiro Giraldo, dibujante y trabajador social de la Corporación Núcleo de Vida Ciudadana de La Salle, un barrio de la Comuna 3. Ramiro debe medir un metro y medio, es barrigón, lleva gorra del Museo de Antioquia y mochila terciada. Tiene cara de buena gente. “Tengo 61 años, nací en Yombó pero crecí en barrio Antioquia, lo que antes era el barrio Trinidad, y hace 49 años vivo en Villa de Guadalupe”, dice. Habla orgulloso mientras miramos la ciudad desde la boca de la montaña.

A un lado está la Biblioteca España. En el parque infantil algunos niños brincan, otros juegan un partido; un par de gringos hacen turismo, y en las bancas laterales varias parejas de adolescentes con los ojos brillantes se picotean y se abrazan. Al fondo un mural de colores dice “Homenaje a las víctimas del conflicto”, y otro “Cambio minas por esperanza”. Caminar solo por los barrios altos no es fácil, por eso de los combos y las fronteras invisibles; además, me perdería por estas calles y pasadizos.

Comenzamos a bajar por la vía principal, una callejuela vibrante de gente, motos, carros y negocios por la que, no sé cómo, pasan dos carros al mismo tiempo. Según Ramiro, esta era la antigua carretera a Guarne. En un poste, un aviso: “Internet a domicilio. Se alquila portátil con cámara, audífonos y micrófono. 4 mil, por 3 horas”. Bajamos unas dos cuadras y se acaban la acera y los negocios.

Ahora vamos por el pavimento estrecho y zigzagueante, con casas apiñadas a lado y lado. Bajamos unas dos cuadras, aunque esto es una imprecisión porque en realidad no hay cuadras. La caótica aglomeración de casas hace pensar en fichas de un Lego tiradas y amontonadas en desorden por la montaña. “Estos barrios se construyeron sin planeación – dice Ramiro –, la gente llegó desplazada y se apoderó de un terruño, gente echada para adelante que fue pegando ladrillos, cartones, latas, y metiendo una



cama, una nevera... Todos tenemos derecho a un techo, a servicios públicos...”. Los carros y las motos pasan zumbando muy cerca de nuestros hombros. Ramiro va delante y yo detrás, por el bordillo. Volteo la cabeza cada minuto, temeroso de ser embestido por algún conductor de la ruta 060 de Santo Domingo, la 057 de Bello Oriente o la 055 de El Pinar, todas de Coopetrans, que bajan y suben como si se deslizaran por una montaña rusa destartalada.

Más adelante, un muchacho en bicicleta pedalea afanado, esquivando carros, motos, peatones. Pasa por encima de un resalto y eleva la bici unos centímetros del piso para perderse en el próximo giro de su carrera. Si no está haciendo un mandado, está pasando muy bueno con todo ese vértigo. Cuando tenga que darse vuelta y subir, sacará una cuerda con ganchos y se pegará de un microbús, como hacen otros que ahora van carretera arriba.

Ahora estamos en el mirador de la Casa de Gobierno y Justicia, una oficina donde “se presta atención a la ciudadanía, se pagan servicios públicos y la comunidad pone denuncias”. Una moto ruge subiéndole la calle. Es una pareja, chico y chica, de unos veinte años. Pasan a toda velocidad. Ella lleva el pelo suelto y agitado. Tiene *short*, ombliguera y tenis, y va más que abrazada, como si quisiera fundirse con su chico, mientras él lleva al máximo el acelerador. Otro mural: “Si no te ríes, no sirve”.

Multitud de pasillos y escalas empujadas y oscuras forman un laberinto. Le digo a Ramiro que nos metamos por ahí, en la intimidad del barrio. Pasamos frente a una puerta abierta y entro con los ojos: una cama contra la puerta de la nevera y un lavadero al lado de la cabecera.

Bajamos por el parque de Guadalupe y Ramiro me señala otros barrios: La Esperanza, Popular 1 y 2, Andalucía, La Francia, San Pablo. Sin avisar, Ramiro se acerca a una tienda, se pega de la reja y saluda con entusiasmo metiendo la cara entre los barrotes. Desde adentro responden. Ramiro se ríe y me dice que Fernando es un amigo de la vieja guardia: “éramos rockeros y nos emborrachábamos juntos”. Fernando, un moreno alto y espaldón, sale a la calle y saluda con una sonrisa. Nos damos la mano. “¿Qué se van a tomar?”, pregunta. El moreno me mira y a mí me da pena pedir una cerveza bien fría y un cigarrillo, así que pido una Pony Malta. Al lado de la tienda dos hombres se fuman un porro grueso y largo. En el barrio no hay tabú con el tema de la marihuana. Se fuma, se comparte, se conversa.

Un par de chicas hablan: —¿Y se volvió a decir algo de la muchacha que está en la cárcel? —No, nada. —¿Y qué dicen los muchachos? —Que por allá no van, que ni les pregunte. —¿Y cuánto lleva encerrada? —Un año. —¿Qué pesar. La libertad no tiene precio.

Son las 5:30 de la tarde y ahora vamos por Aranjuez. Quiero tomar una foto, pero Ramiro me mira con gravedad y me obliga a seguir avanzando. Adelante, una docena de pelados observan una jugada de parqués. Tiran los dados al tablero, que hace equilibrio en el asiento de una moto. Pienso en la “sica-resca”. No puedo evitarlo. Nuestra realidad es tan miserable que el pillo se ha vuelto ícono cultural y narrativo. El día oscurece. En el occidente una línea quebrada recorta las montañas negras. Mientras bajamos, Ramiro me habla de su actividad en el barrio: danza, pintura, música, encuentros de lectores con la Fundación Ratón de Biblioteca. “Tenemos que entrar a la Casa Gardeliana”, dice. La verdad, no quiero entrar allá. Por la 45 transita el Metroplús. Los impecables carriles solo pueden ser transitados por sus buses, pero en Manrique los motociclistas se pasean por ellos con alegre impunidad. Y lo hacen sin el casco reglamentario. Llevarlo puesto es una clara ñoñada. Avanzamos unas cuadras y nos desviamos hacia Campo Valdés. Los pies me arden, soy un flojo, y tenemos que seguir adelante hasta la iglesia de Manrique. El Centro de Medellín está allí, pegadito, a menos de diez minutos. Son las 6:45 de la tarde. En poco más de dos horas trazamos el recorrido desde Santo Domingo hasta la estación Hospital del Metro. Es hora de despedirnos. Ambos tomamos el Metroplús. Ramiro

se devolverá y yo continuaré el recorrido hasta el parque de Belén. Le agradezco el tiempo, la paciencia y la caminada. Ahora voy sentado en la mansa ruta del Metroplús. Afuera está la calle, la vida, y ahora la lluvia. Adentro está la luz blanca, el aseo, el refugio. Menos mal se largó el agua cuando ya estaba en el bus. En la estación Ruta N, por la Universidad de Antioquia, el bus se llena y sube el sofoco. Le cedo el puesto a una señora y me toca ir de pie y colgando de una mano. Pasamos por las estaciones Chagualo, Minorista, Cisneros, Plaza Mayor. Avanzamos como flotando sobre la lluvia. Nutibara, Fátima y Rosales. Los pies me arden y los talones me palpitan. Y tengo hambre.

Me bajo del bus en la estación Parque Belén. Son las siete y pico. El pavimento está mojado y la brisa es fresca. Ahora soy atrapado por el olor de unas empañadas. Despacho un par acompañadas con gaseosa y quedo aliviado. Llamo por teléfono a Juan Pablo Góez, quien vive en la Loma de los Bernal, donde terminará este recorrido, y quien me dejará asomar por su balcón para ver la ciudad desde ese ángulo.

Manrique está en la Comuna 3, Belén en la 16. Pero tienen cosas en común: a ambos los atraviesa la arteria por la que viaja Metroplús; además, son panzas que se han tragado otros barrios. Manrique La Salle, Las Granjas, El Raizal, Central, Oriental y otros. Y así Belén: San Bernardo, Rosales, Las Playas, Altavista, Los Alpes, Las Violetas... Ahora no pasan motos por la calzada de Metroplús. Los motociclistas van por su carril y llevan casco. Me gusta Manrique. Belén no, porque nada que crezca en un jardín tiene la fuerza de lo que se desarrolla bárbaro y viril en la salvaje calle. Son más de las ocho de la noche cuando llego al apartamento de Juan Pablo en el piso veinte. Abajo se ven las luces de Medellín, y a los lados una multitud de edificios y ventanas iluminadas. “¿Y fuiste a la Biblioteca Japon?”, pregunta Juan. “No –le digo–, esa biblioteca no cuenta nada de Belén”. Me ofrece cerveza y saca los binoculares para que vea la ciudad. Los tomo y soy presa de una tentación: fisongear el interior de algún apartamento vecino. En uno de ellos una chica en embarazo cocina con tranquilidad. Se ve hermosa con esa panza y

el pelo largo y suelto. Persiana americana, la ventana indiscreta, el ojo voyeur. Para no darle oportunidad a Juan Pablo, enfoco el barrio El Poblado y veo unas enormes lámparas blancas que iluminan unas plumas de construcción. A esta hora están removiendo los escombros del edificio Space. Lo mejor es seguir con otra cosa, así que paso a los barrios que recorrí con Ramiro. Son casi las nueve de la noche. Por allá las calles están cerradas por un carro atravesado, hay baile y trago. También podrían estar cerradas con cintas naranjadas de la policía, a causa de algún muerto tirado en el pavimento. Acá la gente se mata y se abraza con la misma intensidad. Desde la montaña suroccidental el cielo se ve como un cascarón oscuro, un hoyo negro que se va tragando la ciudad. Abajo, en el valle, la noche estalla en una granada de bombillas y fotones rutilantes, como brasas de una hoguera que se extingue. Atravesar Medellín imaginando una frontera sesgada, torcida, ladeada. Romperla en dos como se parte la vida. Ya lo dijo alguien: “estamos hechos de comienzos y finales, de saludos y despedidas”. Qué ridiculez. La vista de la ciudad me pone sensiblero. Ha llegado la hora de irme. ☺





South to north, el paseo del esquizito y nueve erecciones sin sinfonía de Ludwig van

por JOSE GABRIEL BAENA

Fotografías: Esquizito



Los Agentes me han comisionado para recorrer la aldea de sur a norte en busca de covachas de posibles maleantes y cuarteros. Obedezco y empaco, ya diré qué cosas. Mientras tanto, parafraseemos sin compasión un par de párrafos de Deleuze-Guattari que nos serán bastante útiles: el paseo del esquizofrénico, del esquizo, del esquizito, es un modelo mejor que el del neurótico acostado en el diván del edificio Formacol. Un poco de aire libre, una relación con el exterior. El paseo está en las montañas, bajo la niebla, en las ciudades Space que se derrumban, con otros dioses o sin ningún dios, sin familia, sin padre ni madre, con la naturaleza. ¿Qué quiso mi padre de mí? Se aterrorizó y se bañó en lágrimas cuando le dije que deseaba ser toda la vida un escribano de la comisaría con una estrella de metal en mi chaleco. Me demoré cincuenta siglos para serlo, y en la cumbre desnuda de mi ancianidad, aquí voy. Dejarme en paz. Todo forma máquinas. Máquinas celestes, las estrellas o el arco iris, máquinas del estrecho valle andino –aunque es más bien una cañada este valle infeliz del Aburrá– que se acoplan con las de mi cuerpo. Ruido ininterrumpido de máquinas. Creía que se sentiría infinita beatitud si era alcanzado por la vida profunda, si poseía un alma para las piedras, los metales, el agua y las plantas, si acogía en mí mismo todos los objetos de la naturaleza, maravillosamente, como absorben las flores el aire con el crecimiento y la disminución de la luna. Ser una máquina clorofílica, o por lo menos deslizar el cuerpo en ellas como una pieza. Pero ya no existe hombre ni naturaleza, únicamente el proceso que los produce a uno dentro del otro y acopla las máquinas. En todas partes, máquinas productoras o deseantes, máquinas esquizofrénicas. Comitiva del paseo del esquizo, del esquizito medellinense, como cuando los personajes de Beckett, Mercier y Camier, en mi libro preferido en este mundo, se deciden a salir. En primer lugar veremos cómo mi propio andar variado es, asimismo, una máquina minuciosa, objeto de burlas ya acabandito de dar mis primeros pasos por este Valle de

Lágrimas y Espinas. Le he dicho a mi psicoanalista que cuando camino siento que no tengo ningún peso, ninguna gravedad, que necesito unas botas de suela gruesa para asentarme en el piso, que levito. Él apenas sonreía mientras me apuntaba la receta de 540 píldoras estupidizantes para el mes. Farmacia de La Frontera, límite de Envigado. Allí venden diminutas bicicletas de alambre. ¿Por qué venden biciletitas en una farmacia? ¿Son para nosotros, los viajeros bipolares de cinco sexos? El diablo sabrá. Compró una, la meto en el secreto bolsillo superior izquierdo de mi abrigo Benetton. Sé que me llevará hasta el final de mi caminata. Arriesgo mi vida cruzando dos vías, por el borde de la quebrada Zúñiga. Me encuentro con el señor que vende aguacates. Es en verdad un Mago, con su enorme sombrero de paja aguadeña, puntiagudo, más alto y aleroso que el del Gandalf de *El Señor de los anillos*. Le pregunto dónde puedo conseguir un sombrero como el suyo, me responde “cada primer sábado de mes, en el Parque Bolívar, al lado de la estación de los polizontes”. Muy misterioso, porque es casi el mismo final de ruta que me había trazado (ver el mapa adjunto). No hay mapa. No pretendo confundiros. Sigo bajando por el borde de la quebrada. Muchos, muchos árboles, quién lo pensara. Y el ruido delicioso del torrente entre las piedras, que sobrepasa al de los motores que suben-bajan. Sufro mi primera erección. La quebrada se pierde en una selva cercada con alambre de púas donde se adivina una antigua construcción; se sumerge, no se oye más. Sé que más abajo surgirá de nuevo, para mi consuelo. Sigo a la deriva entre edificios y llego al parque donde se encuentra, a un costado, la casa-teatro abandonada. En el parque, que no es tal sino un espacio muy muy verde, acabadito de mojar por el aguacero de la mañana, se elevan dos árboles majestuosos, digamos dos laureles cincuentenarios cuyos gruesos troncos forman una especie de puerta simbólica. La cruzo rezando un conjuro élfico, y me encuentro con uno de esos adorables charcos de mi infancia en una concavidad entre la hierba.

Claridad absoluta en esa agua detenida. Evoco las tormentas de mi niñez leyendo el gran libro de Peter Pan. Sufro segunda erección. Solo faltan los pececillos de colores. El sol no sale todavía, mis hadas están conmigo. Ahora, en terreno plano, la bicicleta farmacéutica que llevo en el bolsillo me transporta hasta Las Vegas. Allí, en todo el límite de la aldea de La Candelaria con Envigado, encuentro la casa de ladrillo pelado que a ningún constructor angurrioso han querido vender sus habitantes. Es una casa de familia donde te puedes tomar un tinto sin que te importen las máquinas que pasan. Tercera erección. Tomo un carromato que me lleve a la avenida principal. Me deja en la librería Panamericana, entro, toda ella para mí. Es el replazo de la tienda de El Tesoro, junto a los cines, desaparecida cuando se decretó la muerte del DVD y

el CD, una enorme y acogedora caverna con miles de libros, y todavía discos y películas, hasta de Cantinflas. Y el cafecito de Santa Clara con un Baileys doble y un pastel gloria que te ilumina como una aspirada de hierba maldita. Reservó un pesado volumen de grabados japoneses, volveré por él si sobrevivo a mi paseo esquizo. Sufro cuarta erección. Sacando fuerzas de flaqueza, como se decía en los libros de antes, emprendo caminata hacia el parque de El Poblado, dejando atrás ese grandísimo esperpento del centro Santafé. Camino, ahora el sol arde y repica, soy fotofóbico por –el exceso de antidepressivos. Me pongo mi sombrero negro de tela gruesa –Indiana Jones– para inducir más calor en la cabeza. Me pongo también los guantes negros y los quevedos oscuros. Todo de negro voy, de la cabeza a las patitas. Recuerdo, como recuerdo siempre, a San Artaud:

“El cuerpo bajo la piel es una máquina recalentada”. Repito el verso tres veces. Camino rápido, algo extraño en mí, los edificios me ahuyentan. Paso frente a Colmena, donde como presidiario de SusPensiones hice hace quince días una fila de cuatro a ocho de la mañana, mientras una señora loca, alta y afra cantaba, más bien gritaba, canciones a Jehová, Señor de los Ejércitos. Sigo huyendo, al norte, al norte, hacia esa pro-

metida Esfera de Luz Plateada que será mi recompensa. Un norte sin luz de plata nunca será un buen norte, como tampoco un maldito sur; todo en el Sur de la tierra está condenado a la miseria y la podredumbre. Sufro una quinta erección cuando veo una gran vaca roja de plástico junto al toro que imita mal al de Wall Street, al que acaricié una vez implorando ser Donald Trump. Nunca se cumplió. Sigo,

sigo, y antes de llegar al parque donde “nos fundaron” llego a la tiendecita miscelánea donde venden revistas viejas. Compró una *Lux* de julio del 64 donde hay artículos como “Luna de miel y menstruación”, “Futuro apareamiento electrónico”, “Cuando la esposa dice NO”. Sufro entrañable sexta erección. Nuevo carromato o diligencia hacia el Centro. “Estación Exposiciones”, digo al cochero. Mi paseo esquizito continuará a pie juntillas o enjutos. No sé qué significa eso, lo aprendí en la Biblia de los Hermanos Cristianos a los siete años. Esas cosas que se nos quedan para siempre en la cabeza y que para siempre nos jodieron, como la crucifixión. Muchos pasos más, ya llevo quince mil, solo me faltan siete. Sufro séptima erección frente al parqueadero con buhardilla donde murió mi mejor amigo, entre mis brazos, hace tiempos. Un derrame. Un desperdicio. Dicen que fue el exceso de Ron Viejo de Caldas, tanto cigarrillo, esas maravillosas porquerías. Éramos tan jóvenes entonces. Desde entonces, hasta esta caminata, no sufrí ninguna erección. Tres pasos más adelante, en una bodega de *heavy metal*, encargo veinticinco láminas de

cobre de un metro por setenta, para exponerlas al sol y la lluvia y presentarlas al próximo Salón (inter) Nacional. En el de estos días no se vio nada realmente excitante, nada que me pusiera en éxtasis. Nada. Absolutamente nada que me hiciera sufrir erecciones. Tal vez las ventanitas del piso ocho del edificio La Naviera, con vista a los techos cercanos. Podría ser buen negocio, allí, un observatorio de techos. Marca registrada. Pero antes, mucho antes, trepando la empinada loma de Palacé hacia el Parque Berrío, el almacén “Molduras Debotas”, donde sufrí octava erección. Encargo mil pares de moldes de tacón francés, 500 verdes, 500 azules, para otra exposición conceptualista que le venderé a la Alcaldía en 2014. De eso se trata en esta vida, de pensar rápido y tramando la ganancia. En esta vida, o como se llame, a quien no piense en nanosegundos y bosones de Higgs y neutrinos se lo llevará el putas, como me llevó a mí. Aprendí demasiado tarde, pero os dejo esta enseñanza. Siempre se aprende demasiado tarde, siempre, sobre todo en lo que llamamos “amor”, esa pasión tan antiestética. Y siempre huyendo como forajido

de las multitudes del Centro, por Palacé y Maracaibo llego al Parque Bolívar, saludo al santo gentilhomme que cuida las palomas, me tomo un nuevo tinto doble con Baileys doble en La Polonesa, mirando el mundo por los vitrales curvos de la esquina con Perú. Sufro novena erección sin sinfonía de Ludwig van from Bonn, la última de mi paseo esquizito, cuando observo a un tuerto guiando a dos ciegos, un puro cuadro de Balthus, o tal vez de Brueghel, no importa, hacia la Catedral. Cuando eso ocurra, dice La Biblia, “todos caerán en un muladar”, o sea en un mierdero. Pensaba sufrir décima erección en un burdelito clandestino junto a Barbacoas, pero ya no es tan clandestino como antes. Basta decir que en la

puerta un joven policía conversaba con dos magníficas travestis. “Sígase caballero”, me dijo con mala prosodia el Guardián de La Ley contra el Hampa. Pero yo ya no doy más, mi cuerpo animal está pidiendo pienso, esto es, salvado crudo con zanahoria, y debo volver al zanathorion. Recuento, con el velocímetro de mis tenis Converse, veintidós mil pasos cantados desde el amanecer. Y me voy hacia las tinieblas del sur, como el desdichado amante de *Maria* de Isaacs en los últimos dos renglones de esa novela maricona: “Estremecido, partí al galope en mi amarilla bicicleta imaginaria en un vagón del Metro por en medio de la pampa solitaria cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche”. ☪



Sebastián Antonio Restrepo
Grafito y lápices de colores, intervención digital
2013.

Esta ilustración abre el capítulo sobre El Parque de las Esculturas del Libro de los Parques, un proyecto editorial de la Secretaría de Cultura Ciudadana en coedición con Universo Centro.

GUERRAS LEJANAS

por PABLO CUARTAS

Ilustraciones: Elizabeth Builes

El almacén La Soga estaba en la calle Cúcuta, entre Amador y Maturín. Y en el almacén, sobre el escritorio de mi abuelo, debajo del vidrio, entre otras, la foto: un hombre joven de traje gris a rayado, camisa blanca y corbata de listones gruesos posa con una medalla militar en el lado izquierdo del pecho. La corbata se pierde en la abertura de una almilla, y la medalla, alto relieve de un soldadito de casco y laurel, pende de una bandera ancha con tres franjas verticales. El cuerpo está levemente girado hacia la derecha, y sus ojos, grandes, miran a la cámara con aplomo.

Se llamaba Leonidas Cuartas Lopera y era el hermano mayor de Román Cuartas Lopera, mi abuelo, dueño del almacén La Soga. Lo supe de niño porque ahí, entre sombreros, aperos, estribos, herraduras y sillas de montar, pasaba buena parte de mis vacaciones. Guayaquil era entonces un barrio populoso de camajanes, putas y carretilleros, y no esa cosa fea y aséptica que lo reemplazó. En el almacén, asediado por mi fascinación y mi curiosidad, mi abuelo me contó la historia de Leonidas. Que había nacido en Briceño, un pueblito encumbrado cerca de Yarumal, y que se había ido muy joven para Francia como soldado voluntario de las fuerzas aliadas contra Hitler. También me dijo que se había enrolado en la fuerza aérea porque siempre había tenido el sueño de ser aviador, y que había muerto en una escaramuza después de acordado el final de la guerra, en un lugar lejano al que la noticia de la paz no había llegado todavía. Yo me imaginaba a Leonidas Cuartas al mando de una tripulación aérea, de impecable uniforme militar y casco blanco de aviador osado, aturdido por el ruido de espas y de balas, batiéndose a muerte contra enemigos que me figuraba mucho más altos y fuertes que él, lo que redoblaba su valor y mi admiración. Mi abuelo hablaba y yo veía charcos de sangre sobre la nieve, oía gritos en idiomas incomprensibles, olía la pólvora de las metralletas, pensaba en Leonidas Cuartas pilotando su nave artillada entre la bruma, librando una última batalla inútil. Y su muerte después de la paz, la congoja de la tropa, la triste soledad de los honores militares. Me imaginaba a Leonidas mártir, caído en esa grave impostura que es la guerra.

Cuando llegué a París sabía poco más sobre él. Sabía de una tumba con su nombre en uno de los muchos mausoleos de *Morts pour la France*. Sin saber en cuál ni en qué ciudad, ingenuamente fui al Père-Lachaise a buscar la tumba sin

flores de un soldado desconocido. Pero no hubo cuervos negros que me guiaran en francés ni en español ni en italiano por las avenidas y divisiones de esa inmensa ciudad de los muertos. Simplemente miré en un mapa y fui a donde me indicaba, al gran columbario de infinitas bóvedas sin adornos ni epítafios infatuados, galerías y galerías de placas de mármol iguales entre sí: Fulano de tal, dos fechas, punto. Nada de glorias pasadas ni de méritos remotos, apenas un discreto monumento general, impersonal, sin distingo de nacionalidad, rango ni batalla. Caminé un rato por entre el arrume de muertos por Francia, buscando la aguja en el pajar. Del cementerio pasé al archivo, y del archivo a los libros de memorias de antiguos combatientes. Lo primero que descubrí fue un error que se repetía terco en los papeles oficiales: se hablaba siempre de Leonidas Cuartas, con e en vez de a, una e que descarriló mis pesquisas iniciales y me hizo dar tumbos por todo el Servicio Histórico de la Defensa, en el Castillo de Vincennes. ¿Se cambiaría el apellido Leonidas? ¿Se lo habrían cambiado? ¿Sería un simple malentendido? No hay manera de saberlo. Lo cierto es que es la misma persona, pues uno de los documentos oficiales señala que nació en "Briceño - Colombie" en 1916, y el "Cuertas" va siempre seguido de "Lopera", este sí bien escrito. Buscando así, a partir del error, aparecieron más revelaciones. Logré establecer que pertenecía al Batallón 13 de la Legión Extranjera, muy célebre y apreciada en Francia porque estaba conformada principalmente por voluntarios que enviaban a la primera línea de combate, en la vanguardia de las tropas comandadas desde lejos por el general de Gaulle. Uno de los documentos indicaba el lugar exacto de la tumba, lejísimo de donde yo la buscaba, casi en la frontera con Alemania: "Divicionario (sic) número 6, tumba 7, en Giromagny, territorio de Belfort"; y otro, aunque en forma escueta, el día exacto de su muerte: 23 de noviembre de 1944.

Con la equivocación ortográfica del apellido, y la certeza del día de su muerte, llegué a los *Cuadernos del Teniente-Coronel Brunet de Sairigné*, diario de un militar con pretensiones literarias que pertenecía al mismo regimiento de Leonidas Cuartas. En el índice onomástico se

lee: "Cuertas (Legionario, chofer), p. 206". Y en la página indicada, los apuntes correspondientes al 23 de noviembre de 1944. El convoy avanza por "un monte cubierto de una intensa neblina que impide al enemigo vigilar su progresión". Con el ánimo de aprovechar la visibilidad menguada por la niebla, "el Capitán Mattei dio la orden de asediar el albergue del Ballon d'Alsace, cerca del hotel del mismo nombre. Luego de unos cincuenta ataques con mortero, logramos el asalto y retomamos el albergue (reteniendo una veintena de prisioneros)". Dice el coronel Brunet que al asalto siguió una gran confusión entre tropas amigas y enemigas, y que algunos soldados alemanes seguían bloqueando la subida cuando los franceses ya habían ganado la cima. Sin embargo, la tercera compañía emprendió el ascenso. Ahí estaba Leonidas Cuartas, de veintiocho años de edad, pilotando no un avión de guerra sino un simple camperito de escolta: "El capitán-médico Beaumont y el camión de avituallamiento de la 3ra Compañía subían, de noche, por la carretera. De golpe, como la oscuridad era total, el capitán se vio rodeado por unos cincuenta Fritz que le gritaban: '¡Alto!'. Él aceleró y los alemanes, sorprendidos, lo dejaron pasar, pero acribillaron el camión, matando o hiriendo a los legionarios que lo ocupan. El chofer logró escaparse solo. El teniente Fourcade cae, también, en medio de los alemanes. Ordenó entonces reversar, cosa que el chofer hizo sin temor alguno. Pero los alemanes abrieron fuego y mataron al chofer Cuertas (sic). El teniente respondió con su metralleta y logró huir, abandonando su jeep. Momentos después, el chofer de la 3ra Compañía bajó en jeep y encontró a dos alemanes socorriendo a un soldado francés. Los alemanes se fugaron, él bajó de su jeep, montó al herido y volvió sin más novedad. La operación, que hubiera sido mucho más costosa a la luz del día, se saldó con 3 muertos y 3 heridos". En una guerra donde los muertos se contaban por millones, al coronel Brunet no le pareció costosa la muerte de Cuertas. A otros, en cambio, sí. Como se me hacía imposible que Leonidas fuera el único colombiano en la Legión Extranjera, busqué testimonios de soldados que también se hubieran enrolado en Colombia, atendiendo a la intensa campaña de reclutamiento que emprendió Francia en toda América Latina. En 1989 quedaban seis, y se reúnan periódicamente en un bar francés al norte de Bogotá. Hasta la tal Cabaña de Pierre fue el escritor bogotano Rafael Chaparro Madieto, quien publicó una crónica titulada "Los seis legionarios" en el periódico La Prensa, el 30 de julio de 1989. Luego reapareció en el libro *Zoológicos urbanos*, compilado por mi amigo Alejandro González, consagrado esculcador de papeles de muertos. Dice Chaparro que cantaban himnos militares, y que bebían cerveza, aguardiente y ron blanco y eso les soltaba la lengua. Cuando la tenían bien suelta, con la nostalgia avivada por los tragos, Chaparro los empezó a entrevistar. Gil Serrano, de San Vicente de Chucurí, Santander, fue el primero en hablar de aquellas travesías. Contó un episodio de pánico en el que aparece Leonidas: "En otra ocasión en Italia habíamos pasado de un sitio llamado Aquapendente. Estábamos llegando a Montefiascone y me encontraba en una loma con una ametralladora. En ese momento sentí el obús de un mortero que pasó silbando por el aire y cayó a cincuenta centímetros de mi posición, pero el mortero se enterró en la tierra y no explotó. Del susto cogí la ametralladora y salí volando loma abajo muerto del miedo. Allí estaba un compañero, José Leonidas Cuartas, un paisa que me vio llegar pálido y temblando. El sargento que se

encontraba ahí dijo: 'Cuartas, dele golpes en la cara que Serrano está con la enfermedad del miedo, dele golpes en la cara...'. Entonces Cuartas empezó a pegarme y el susto se transformó en rabia y yo también empecé a darle en la jeta. Añoro mucho a Leonidas Cuartas. Era un compañero excelente". Después describe la emboscada a la caravana relatada por el coronel francés en sus cuadernos. Y luego, supongo que al calor de los aguardientes, recrea el intento de rescatar el cadáver de su amigo: "Por la noche, a eso de las siete, me fui solo, porque nadie me quiso acompañar, a sacar a Cuartas. Llegué al sitio y había un reguero impresionante de cadáveres. Me puse a escarbar. Había alemanes, franceses, colombianos. Leonidas Cuartas era el último de la loma. Estaba cubierto de nieve. Estaba muerto. Me lo eché al hombro y bajé. Lo más increíble de todo era que los alemanes ya estaban allí, pero no me dispararon, tal vez por respeto, pues se dieron cuenta de que estaba sacando a un compañero muerto... Era otra guerra, otros tiempos".

De esa guerra y esos tiempos quedaba otro legionario: Agustín González Latorre, también mencionado en el artículo de Chaparro. Veinte años después, *El Espectador* le hizo una entrevista para conmemorar el aniversario del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. En la foto, su cara se ve al fondo, difuminada, y en el primer plano sostiene una medalla en forma de cruz con un guerrero en el centro. González habla de la vida en la tropa, cuenta las borracheras con mal vino que envalentonaban a la soldadesca, evoca el desfile triunfal por los Campos Elíseos. De pronto, al hablar de los otros colombianos legionarios (fueron setenta en total), recuerda a Leonidas y se atribuye la misma hazaña que se atribuye a Gil Serrano en 1989: "De ahí (de Montecasino, Italia) nos trasladaron a Alsacia y Lorena. En los combates definitivos de esa frontera entre Francia y Alemania lideramos una operación de dos días para doblegar a los alemanes que ocupaban un punto clave que se llamaba la Casa Rosada. El combate fue muy intenso y allí murió mi amigo, el paisa Leonidas Cuartas, cuando intentaba proteger a un soldado. En medio de la balacera me metí entre los alemanes en un jeep, res-

caté su cadáver y por eso me dieron la medalla Cruz de Guerra por un acto de valentía. Él se quedó enterrado allá". Más allá de lo inquietante que pueda resultar esta aparente usurpación de méritos ajenos, lo cierto es que alguien miente: o a uno de los legionarios le ganó la emoción e hizo suya una odisea de otro, o Chaparro se puso a beber con ellos, se le soltó la mano y confundió hombres, nombres y eventos. Todas las versiones se limitan a la muerte de Leonidas Cuartas. El recuento hermético del coronel francés, escrito en tono distante de parte de guerra, así como el *bel morir* que describen los otros legionarios, son apenas dos variaciones sobre el mismo tema: una emboscada urdida por alemanes vencidos. En cambio, pocas son las noticias de su vida como soldado, de su travesía persiguiendo nazis o huyendo de ellos, y sobre todo, de las razones que motivaron su presencia voluntaria en la guerra. Uno de los pocos rastros de esa aventura, aparte de la foto, es una curiosidad tomada de la prensa del

momento. Es la noticia de una llamada desde Londres que los medios locales registraron con la muy antioqueña euforia que suele aflorar en estos casos: "Con regocijo tuvimos la oportunidad de escuchar la voz de Leonidas Cuartas Lopera, que desde la emisora de Londres hizo una llamada a Yarumal y Briceño para presentar un cordial saludo a sus familiares y amigos. Leonidas, como bien lo conocemos, es un verdadero hombre que merece el nombre que lleva y más todavía, es digno de llevar en sus venas la sacudida roja de la sangre antioqueña. Si el valor inmortaliza a los hombres, Leonidas se inmortalizó a sí mismo, y dio con su arrojo doble crédito a la empinada y fuerte ascendencia de la montaña". Eso de "merece el nombre que lleva" debe ser por Leónidas I de Esparta, rey guerrero que murió hacia el año 481 a. C. mientras trataba de repeler la invasión de los persas en cabeza de Jerjes y del sátrapa Híarnes. Al decir de Herodoto, por ser el hermano menor de Cleómenes y de Diores, Leónidas no estaba destinado al

trono ni a la guerra. A ellos llegó empujado por la fuerza irrefrenable del azar. Se dice que al final de esa guerra ajena, una vez abatido por las fuerzas invasoras junto a 300 espartanos, Leónidas fue decapitado y su cabeza clavada en un palo y paseada como un trofeo por las Termópilas. En cuanto a "sus familiares y amigos", pienso en un niño de ocho años recibiendo el saludo de su hermano. Es mi abuelo con su familia en torno al radio, conmovido, orgulloso, escuchando a Leonidas desde Londres. Está con todos sus hermanos mayores frente a un radio nuevo que yo conocí viejo, un radio de madera con perillas enormes y bafles recubiertos de tela. Meses más tarde, en una refriega entre soldados desavizados, Leonidas moriría como aviador de la armada francesa en los estertores de la guerra. Años después, muchos, el mismo niño me repetía la leyenda ante la foto de su hermano, un hombre joven que desde un escritorio en el almacén La Soga, en Guayaquil, nos seguía mirando con aplomo. ☪





por NICO VERBEEK

LOS HIJOS DE LOS DIOS

Corre el año 1973. El escenario es el estadio Fernando Bernabéu en Madrid. El Ajax, campeón de Holanda el año anterior, juega la semifinal de la Copa Europea –precedente de la Champions League– contra el Real Madrid. En el segundo tiempo, y ganando 1-0, Gerrie Mühren, volante de creación, recibe el balón luego de un largo cambio de frente, se da cuenta de que ningún jugador del Real lo marca y comienza a hacer la treinta y una relajado, uno, dos, tres... El jugador, conocido por su gran dominio técnico, da cinco toques al balón como si estuviera en un potrero en su natal Volendam, un pequeño pueblo pesquero cerca de Ámsterdam. Después de la muestra de su fina técnica entrega el balón a defensa Ruud Krol, que llega al área y por poco corona la jugada con gol.

Los casi cien mil hinchas del Real Madrid en la tribuna no pueden hacer otra cosa que levantarse y aplaudir. Es un momento histórico: el rey de Europa ya no es el Real Madrid, el club que ha dominado las canchas desde mediados de los años cincuenta, sino el Ajax de Ámsterdam, un equipo que desde finales de los años sesenta, de la mano de Johan Cruyff y el técnico 'Rinus' Michels, viene revolucionando el fútbol holandés y europeo.

Hace unos días, a sus 67 años, falleció Gerrie Mühren, el artífice de la hazaña en el Bernabéu. La noticia me hizo recordar los grandes tiempos de ese Ajax, considerado en su momento el mejor equipo del mundo. Es una afirmación temeraria, eso de "el mejor equipo del mundo", pero las cifras no mientan: cuatro veces campeón de Europa, dos veces campeón de la Copa Intercontinental y proveedor de lujo para la selección de Holanda, mundialmente conocida como "la naranja mecánica". Con Ajax y Holanda el llamado "fútbol total" dominaba las canchas y los titulares de prensa.

Sin embargo, no son solo las estadísticas y los resultados a secas los que me llevan a usar este apelativo. El juego y la imagen que proyectaban los jugadores refuerzan mi memoria y mi convicción, pues el gran Ajax era más que un puñado de futbolistas talentosos. Muchachos como Johan Cruyff, Johan Neeskens, Ruud Krol, Johnny Rep, eran hombres guapos, de jeans, pelo largo y desordenado. Su pinta los acercaba más a las estrellas de rock que a los deportistas rasos. "Los hijos de los dioses", como los llamaban en Ámsterdam, eran hombres irreverentes, contestatarios, de miradas provocativas. Sin exagerar, y guardadas las proporciones, creo que con el apogeo del Ajax la revolución cultural de los años sesenta definitivamente echó raíces en la sociedad holandesa.

Mientras en ciudades como París, Praga, Berlín y Ámsterdam jóvenes de la generación hippie hacían la revolución, yo vivía en Soerendonk, un pueblo de mil 300 habitantes al sur de Holanda, donde estos ataques de modernidad aún no habían tocado el alma de la mayoría de la población, más bien conservadora y tradicional. Aunque de alguna manera también se sentía que los tiempos estaban cambiando, la iglesia católica mantenía su lugar central en la sociedad y el eslogan "la imaginación al poder" era un eco bastante lejano.

A los diez o doce años, como gran aficionado al fútbol, yo tenía las paredes de mi habitación decoradas con fotos y afiches del Ajax, un equipo proveniente de Ámsterdam, la capital de Holanda y del pecado, según decían las personas de mi pueblo. Eso me tenía sin cuidado. Ámsterdam tenía para mí un aire mágico, pues era allá donde jugaba mi equipo favorito, el Ajax de mi alma.

Mi pueblo está situado a unos veinte kilómetros de Eindhoven, la "ciudad luz" donde nacieron empresas como Philips y Volvo, pero al fin y al cabo una provincia en comparación con Ámsterdam y Róterdam. De Róterdam era

oriundo el otro gran equipo de esos años sesenta y setenta, el Feijenoord, que fue el primero en ganar la Copa Europea en 1970, y también la Intercontinental al vencer a Estudiantes de La Plata en la final. El tercer equipo de Holanda era el PSV, oriundo de mi región, de esa ciudad luminosa y dormida que no logró nunca mi imaginación, ni por el fútbol ni por sus atractivos.

El día que cumplí ocho años todo fue alegría. A esa edad podía inscribirme en el club de fútbol del pueblo, que se llamaba *De Kraanvogels*, algo así como "Las Grullas". No cabía de la dicha de poder jugar en una cancha de verdad. Porque claro, jugábamos durante los descansos y después del colegio, en los potreros o en la calle; todo el tiempo libre lo dedicábamos a jugar fútbol y no más.

Lo mejor, después de jugarlo, era verlo en televisión. En esa época eran pocos los partidos que se transmitían. Había juegos por la liga nacional los domingos y partidos del campeonato europeo los miércoles. No más. Y este último se transmitía, creo, a partir de los cuartos o de las semifinales. En otras palabras,

los partidos que vimos fueron pocos, de modo que un partido de mi Ajax en televisión era un gran acontecimiento.

Esos juegos los vimos en mi casa, con mi papá que no era gran aficionado al fútbol y unos tíos que sí lo eran. Recuerdo especialmente al tío Guillermo, que además era mi padrino de bautismo. Él era un hombre de tradición, católico a morir, de misa diaria a las seis, que veía en la modernidad el gran enemigo. Nunca se había casado porque no era capaz de aguantar a otra persona en su vida, interfiriendo en su rutina medida en minutos. Yo no entendía todo eso en aquel momento, pero me molestaba que fuera hincha del PSV y no del Ajax. Hoy sospecho que lo que realmente le molestaba era esa imagen que tenía el Ajax, muchachos provocadores, representantes de la capital del pecado.

También recuerdo todavía, sin hacer ningún esfuerzo, la formación básica del Ajax en esos días. En el arco estaba Heinz Stuy, que no era un arquero destacado, pero esto no era problema porque el equipo prácticamente no lo necesitaba. En la defensa jugaban Wim Suurbier, Barry Hulshoff, Horst



Blankenburg y Ruud Krol; en la mitad, Arie Haan, Johan Neeskens y Gerrie Mühren; y en el ataque, dos punteros que siempre buscaban la última raya, Piet Keizer y Sjaak Swart (más tarde Johnny Rep), y un centro delantero de lujo: Johan Cruyff.

El llamado "fútbol total" nació con este Ajax de principios de los setenta, que con casi los mismos jugadores, y con Rinus Michels como técnico, conduciría a la selección holandesa a sus grandes éxitos. Michels se hizo famoso internacionalmente por un sistema de juego que después fue copiado en todas las canchas, basado en un 4-3-3 con dos verdaderos punteros, un *pressing* arriba y una táctica en la que los jugadores cambiaban continuamente de posición. En el mundial de 1974 en Alemania la selección holandesa se convirtió en una maquinita envidiable.

El Ajax de Johan Cruyff era invencible: desde 1971 conquistó tres veces seguidas la principal copa de Europa. La primera final fue contra Panathinaikos de Grecia, un equipo relativamente pequeño dirigido por el húngaro Ferenc Puskás, un legendario jugador de Real Madrid entre 1958 y 1966. En 1972 se repitió la dosis, y fue en ese año que el Ajax mostró su mejor fútbol. Le ganó la final al Inter de Milán en un partido donde Cruyff fue imparable y marcó dos goles. El técnico del Ajax, el emblemático Rinus Michels, se fue a dirigir al Barcelona. Con el técnico rumano Stefan Kovács el equipo siguió su camino. Al final del año Ajax levantó por primera vez la Copa Intercontinental al ganar la serie al Independiente argentino, 1-1 y 3-0. El año anterior Ajax no había querido jugar esta copa por una especie de temor frente a equipos como Estudiantes de La Plata, famosos por su juego duro y sus mañas. En 1973 la final fue contra el Juventus de Dino Zoff y Fabio Capello, y con un solitario gol de Johnny Rep el equipo ganó por tercera vez la copa.

Para cualquier hincha la alegría se resume en que su equipo gane tres años consecutivos todos los trofeos posibles, pero el impacto para un muchacho de diez a doce años es inexplicable. Es la edad en la que un joven empieza a conocer el mundo y a darse cuenta de cómo funcionan las cosas, en la que aprende las aburridas leyes de la vida, como aquella de que no siempre se puede ganar y uno debe aguantar las derrotas para poder disfrutar mejor las victorias que algún

día vendrán. Entiendo que para cualquier niño hincha de un equipo del montón estas pueden ser valiosas lecciones de vida, pero yo nunca pasé por esa etapa porque sencillamente mi equipo nunca perdía. Entonces no me faltaba lógica al pensar que los jugadores del Ajax eran realmente hijos de dioses y no podían perder.

Ahora sé que el Ajax realmente tenía un gran equipo, y que no solamente ganaba partidos sino que también jugaba de manera estética para divertir al público: el fútbol como una especie de deporte-arte. Hoy en día, en Ámsterdam, aún se considera que una victoria sin jugar bien es igual a una derrota, y a cada técnico del Ajax los hinchas le exigen que, además de ganar los partidos, muestre un juego atractivo. Este fue el sello que dio Johan Cruyff a este equipo cuando dijo que "un buen resultado sin calidad de juego es aburridor".

Lograr tantos éxitos afectó a los jugadores, y después de la última conquista se empezó a rumorar que a los hombres del Ajax se les habían subido los humos. Y en algún momento perdieron un partido, aunque fuera de menor importancia. Recuerdo que mi tío Guillermo entró feliz a la casa con un artículo de prensa en la mano, seguramente recortado de un periódico de Eindhoven, donde decía, en broma y como si fuera un anuncio de fallecimiento, "lamentamos informarles que ha succumbido el gran Ajax, fallecido a causa del trago y las mujeres".

Los éxitos continuaron por un tiempo, pero finalmente no dieron más y pasó lo inevitable. Mi idea de un equipo que no podía perder chocó por fin con la dura realidad el 7 de julio de 1974, cuando Holanda jugó en Múnich la final del Mundial contra Alemania, el adversario más odiado por el pueblo holandés, que todavía guardaba recuerdos de la Segunda Guerra Mundial. Y ocurrió la tragedia. A pesar de tener el balón, de jugar su juego, de atacar y generar opciones de gol, esa tarde el resultado fue adverso y Holanda perdió 2 a 1. No exagero cuando digo que se derrumbó mi sueño: la certeza de tener un equipo invencible. Fue el primer gran trauma de mi vida. No se necesita ser psicólogo para entender que esa derrota fue el momento en que perdí la inocencia, tal vez un poco tarde, todo gracias al gran Ajax de Ámsterdam. ☹

UNIVERSIDAD CES
Un Compromiso con la Excelencia
Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007
Facultad de Fisioterapia

FACULTAD DE FISIOTERAPIA
Seguimos creciendo con la calidad y excelencia de la Universidad CES.

Especialización en Fisioterapia
Cuidado Crítico del Adulto
CÓDIGO SNIIES: 102714

Pregrado en Fisioterapia
CÓDIGO SNIIES: 54488

INSCRIPCIONES ABIERTAS

Teléfono: (4) 444 05 55. Ext. 1450 o 1420

Email: mmondragon@ces.edu.co, jareiza@ces.edu.co o vtamayor@ces.edu.co

Proceso de inscripción: www.ces.edu.co/index.php/fisioterapia

Fundación Universitaria Bellas Artes
Resolución 6534 del 24 de octubre de 2006

INSCRIPCIONES ABIERTAS

JORNADAS DIURNA Y NOCTURNA

Artes Plásticas
Registro Calificado
Código 52915

Diseño Visual
Registro Calificado
Código 52914

Música
Registro Calificado
Código 52765

Programas y Cursos de Extensión
Infantiles, Juveniles y para Adultos

INFORMES: (57)(4) 444 77 87 - Opción 1 - Ext: 3133 - 3137
www.bellasartesmed.edu.co

Los videojuegos y yo

por ANTONIO GARCÍA

Ilustración: Mauricio Ospina



La tecnología es darwinista: mientras algo se pueda mejorar, aunque sea de manera cosmética, estará condenado a volverse obsoleto y a ser reemplazado por un nuevo modelo, bien sean carros o patines, paraguas o calculadoras; otras veces el objeto en cuestión desaparecerá porque cambiaron las costumbres –el cinturón de castidad, el rapé–, no era tan bueno –el Concorde, el Pelaflex– o de plano era una soberana penchada –el Tamagotchi, el perrito robot de Sony–. Cada salto tecnológico significa un acto de defunción para ciertos modelos y aparatos. Por cada nuevo *gadget*, otro dejará de producirse, y así también los usos y rituales que lo acompañaban.

El progreso influye también en el lenguaje: la frase “es hijo del lechero”, aplicada a los hijos que se parecen poco a sus padres, ha perdido gracia y capacidad metafórica. Ya no pasa el camión de la leche como si fuera el de gaseosa, así que ese eterno sospechoso visitante de las amas de casa solitarias, ese donjuán del *delivery* alimenticio, está libre de culpas (y de denuncias de paternidad) en los tiempos que corren.

Nosotros, los que alcanzamos a ver un lechero en vivo y en directo, los que pudimos ver a un par de chepitos cruzando una calle, vivimos la aparición de un elemento hasta ese momento inexistente: la consola casera de videojuegos. Al principio estaban las salas de maquinatas, que habían sobrevivido al cambio de década porque hicieron la transición entre el mecánico pinball y los computarizados marcianitos. Allí se congregaban vagos colegiales y universitarios de toda laya, pandilleros incipientes y batidores de récords que se volvían populares. Durante un tiempo, antes de caer asfixiadas por el peso de las consolas, las salas de maquinatas –*arcades* en inglés– convivieron con ellas, pero su lenta debacle empezó cuando Odissey inventó el Table Tennis en 1972 y Atari el Pong en 1975. A nuestro país llegaron con el nombre de Telebolito. Era un cuadrado con dos perillas que permitían jugar un tenis compuesto por dos rayas móviles y un puntico blanco que rebotaba entre ellas. Se promocionaba en la misma época del plato chino girador –que jamás desbancó al yoyo– y los carritos Buffalo. El telebolito gozó de cierta popularidad hasta que llegó el Atari en el 77. Muchas horas felices nos deparó Combat (que venía de regalo), Asteroids, Space Invaders y Pele's Soccer.

Lo interesante de esos primeros juegos era la capacidad de abstracción que debía aportar el jugador. El Pelé era un cuadrado del cual salía otro cuadrado: la pierna; los aviones de Combat eran una cruz, la nave de Asteroids era un triángulo. Luego vendrían juegos como Pitfall, más figurativo, y el inolvidable Pac-Man, que batió el récord Guinness del juego más vendido y desbancó a los marcianitos. Ahora, en época del Wii y el Xbox, de vez en cuando asoman ataris y cartuchos polvorientos en los mercados de las pulgas, entre quincallería sin origen ni destino y discos de acetato.

En el reinado del Atari había otras consolas rivales. La virreina se llamaba Intellivision (1979). Sus juegos eran más complejos y tenían más definición, pero esos hijueputas controles no los dominaba nadie. Cuando ya estaba inventado el *joystick* –que era el que podíamos manejar los humanos en esa escala de nuestra evolución–, el Intellivision se jugaba con unos disquitos que uno oprimía erráticamente. Era un comando precursor de los que traería luego el primer Nintendo, pero requería mucha motricidad fina y además venía acompañado de un teclado como de teléfono. Había que aprenderse para qué servía cada número. Imposible. Recuerdo unas tardes de Intellivision donde Mario, un amigo del colegio, tratando de sacar mi tanque de un atasco mientras era acrobático.

El Intellivision tiene un papel destacado en la historia de la televisión colombiana: era la consola utilizada en Teletrónico, un programa de RTI presentado por Reynaldo Moré, que en paz descansa, de lunes a viernes a las cinco y media en el Canal Dos. Los televidentes podían jugar Astromash desde sus casas. Al otro lado del teléfono gritaban “¡paw!” para activar un disparo destructor de asteroides. En el estudio alguien estaba atento para hundir el botón a cada grito del televidente. Esta tecnología, vista con perspectiva histórica, era bien precaria, pero a la sazón, con su set futurista de cartón paja y Triplex, nos transportaba al siglo XXI.

En ese entonces empezaron a fabricarse los primeros computadores personales. El Commodore 64, que se conectaba al televisor, tenía un buen repertorio

de juegos. El que más recuerdo es Archon, una especie de ajedrez en el que las piezas, a pesar de tener diferentes jerarquías, debían batirse a duelo. El Commodore 64 dominó el mercado de los computadores entre el 82 y el 86. El 64 era porque tenía 64kB de memoria, tan poco, que hoy cabría 32.768 veces en una memoria USB de dos gigas. Tiempo después mi papá compró un Apple IIc, que traía pantalla de píxeles verdes y unidad de *floppy disc*. Mis hermanos y yo nunca utilizamos el computador para algo diferente de jugar Snafu, un juego de una culebrita que se va estirando, y Montezuma's Revenge, mi favorito, que terminé después de dedicarme con alma y corazón.

La gran estocada a las salas de maquinatas llegó con el Nintendo NES, que brindaba juegos con igual complejidad y definición. El Nintendo llegó acompañado de Super Mario Bros, las pistolitas de Duck Hunt y los puñetazos de Punch Out!, y se sentó en el trono de los videojuegos. Salvo para jugar con algún entusiasmo un juego de jeeps llamado Jackal, me mantuve lejos de las consolas hasta el Playstation 2, pero en el interin me aficioné a Lemmings, Sokoban y Doom, todos juegos de computador, en la época de Altavista, Tutopía y conexión telefónica a Internet. (A propósito, soy de los que, en este presente de banda ancha y wifi, siento nostalgia por el sonido robótico y carraspeante del módem de 56k al conectarse a la línea).

A finales del 98 me compré un Playstation 2 que tuve durante poco más de dos años. Fue mi etapa de *videogamer* absoluto. Tenía un par de clases en la universidad, escribía mi primera novela y dedicaba mi tiempo libre a jugar.

Algunos amigos y amigas igual de vagos se la pasaban en mi casa jugando Tomb Rider, Crash Bandicoot, Mortal Kombat y Gran Turismo. Llegué hasta el exceso de grabar mis juegos en VHS, procurando hacer los saltos y jugadas más espectaculares. También fue un periodo de tristezas y antidepresivos. A veces pasaba días y días encerrado, oyendo música en el Playstation y viendo las figuritas que se formaban en la pantalla. Un día, cuando ya había puesto punto final a mi novela y empezaba a enfrentarme de nuevo al mundo real, le regalé el Playstation al hijo de la señora que venía a arreglarme la casa. Todavía lo usa, por lo que sé.

Si descontamos una pequeña temporada de Angry Birds, he aprendido a perder el tiempo de otras maneras. He acariado la idea de comprarme un Xbox o un Wii, pero es un deseo transitorio y de poca fuerza. Debe de ser que me estoy volviendo viejo. ☹



Nuevos Planes de Navegación con las mismas tarifas para planes Iphone, Smartphone y Blackberry.

TODOS CON Chat, mail y Redes Sociales ILIMITADAS
Plan Navegación 1GB Por \$29.900
 Impuestos incluidos



celutec
 Celulares y Tecnología S.A.S.
 Distribuidor Autorizado de Claro

Lo que quieres es Claro

Puntos de Atención
 Carrera 43A No. 23-36 **Avenida el Poblado - Medellín** - Teléfono: 262 88 66
Envigado - Teléfono: 302 30 88 - **Sandiego** - Teléfono: 605 26 19 - **Alpujarra** - Teléfono: 293 52 22

Una vez concluido el periodo de validez del plan o paquete, los clientes iPhone, Smartphone o Blackberry serán desconectados al Plan de Navegación y podrán elegir. Acceder sin costo a los servicios de Chat, Mail y Redes Sociales en planes Iphone y Smartphone o a los servicios de Chat y Redes Sociales en los planes Blackberry. Comprar paquetes de navegación adicionales con cargo a los minutos. Verificar por internet o al 1122 los minutos por los adicionales.
 El prestador de Soluciones Móviles es Comcel S.A. Añadan condiciones y restricciones. Información en www.celutec.com

Cohete (Del cat. coet)

2. m. Artefacto que se mueve en el espacio por propulsión a chorro y que se puede emplear como arma de guerra o como instrumento de investigación científica.
3. m. fest. robót. y mex. Pistola (II arma corta).
4. m. Mex. Barreño (II agujero llano de materia explosiva)

cohete.net

DR. GUSTAVO AGUIRRE
 OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
 Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

IV DESEMBARCOS

Melbourne, Pasto, La Habana y Mitú. Nombres comunes en el Atlas y promesas extraordinarias para los viajeros que han comprado su tiquete. Llegar por primera vez a cualquier lugar tiene sus riesgos, sus altibajos, sus fisuras. Las ciudades pueden entregarnos una sencilla palmada en la espalda, una mirada de recelo, un escupitajo, un abrazo inesperado. Bienvenidos.

I UN VIAJE DOWN UNDER

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Ilustración: Alejandra Congote

Cuando decidí ir a vivir a Australia no sabía que caería tan bajo. No era algo que anhelara especialmente, como le pasaba a Santa, el personaje que interpreta Javier Bardem en *Los lunes al sol*. Acostado sobre las rocas de la costa gallega, tomando el sol y mirando al horizonte, divaga con su amigo Lino. —¿Tú sabes cuántos kilómetros tiene Australia? Diez veces los de aquí —dice Santa. —¿Y habitantes? —Ni idea, ni la mitad que aquí. Aquí no salimos de una mierda. Porque te dan tu parte, eh... —¿En serio? —Cuando te jubilas, por una ley que hay, dividen. Dicen: a ver, cuántos kilómetros de país, los que sean, entre tantas personas, tanto... No sé, ponle, dos kilómetros cuadrados, tres kilómetros... lo que toque, y te lo dan, a cada uno su trozo. —Ah...

Ni siquiera estaba seguro de querer irme de Medellín. Lo hice para quitarme de encima la cantaleta de aprender inglés. ¿Qué podía perder? Lo único que conocía de Australia, aparte de los canguros y el demonio de Tasmania, era que geográficamente correspondía al culo del mundo, y por eso le decían *Down under*, los mismísimos infiernos. La tierra de Men at Work, *the land of plenty... where women glow and men plunder...*

Por casualidad el viaje quedó para el viernes 20 de julio de 2001, festivo, ¿el día de mi independencia? Cada quien tendrá un recuerdo de sus momentos de libertad, el mío tiene la forma de una inmensa tula negra cargada con cobijas, sábanas, libros, bluyines, sacos, camisetitas, zapatos, tenis, implementos de aseo para seis meses, bocadillos, bolsas de café, botellas de aguardiente y cartones de cigarrillos, que pesaba más de treinta kilos. También llevaba una maleta de mano, llena de las mismas cosas, que pesaba veinte kilos. En ese entonces mi peso era de unos 65 kilos. A principios de este siglo los únicos que tenían maletas con rueditas que se podían jalar como carritos eran los pilotos y las azafatas. La tula negra era más aparatosa que un *backpack* de mochilero —australiano— de setenta litros. En 2001 yo tenía veintitrés años, vivía con mi madre, quien pagaba el viaje, y tuve que dejar que me ayudara a empacar. Cada vez que embutía otro pantalón en la tula me recordaba las horas de vuelos internacionales que había hecho como turista —aunque nunca había vivido fuera de Medellín, y una cosa no tiene nada que ver con la otra—. Era metódica, estricta, y pocas veces le salían mal las cosas.

Llegamos al mostrador de la aerolínea con más de tres horas de anticipación, porque con esas maletas era mejor andar prevenido, y pasó lo que tenía que pasar: sobrepeso. Tenía que sacar diez

kilos de la maleta de mano y cinco de la tula. Fue como si me hubieran hecho una liposucción, pero en ese momento no sabía si lo que quería perder era barriga, muslos, culo o una parte del cerebro. No hay independencia sin guerra. Debía despojarme de quince kilos y reorganizar las maletas. A ver si me entienden: la tula levantada medía más de un metro, y para sacar la cobija y las sábanas, que obviamente estaban en la base, había que desocuparla por completo.

Maldije a quien me parió, que no solo pagaba para deshacerse de mí, sino que además me quería mandar a la Conchinchina con la casa a cuestras. Escupí el plato que me daba de comer, grité y le dije que me dejara solo con mis restos. Ahora lo entiendo: me levanté contra quien patrocinaba mi libertad. Me dejó con mi hermano, quien me miraba en silencio, y creo que con una novia, quien no se atrevía a decirme nada. Me marché sin darle un beso a mi madre. Viajaría a Buenos Aires, luego a Auckland, en Nueva Zelanda, y finalmente a Melbourne, donde viviría. Pasé unos días de invierno en Buenos Aires, donde una tía, y comprobé en sus calles mojadas y empobrecidas, con mendigos durmiendo en la calle y hombres y mujeres vendiendo lápices en el subte, como caía más abajo del asfalto su ilusión de ricos por el cambio de un dólar por un peso. Llegué a Melbourne una semana después. Era domingo y en

Australia también estaban en invierno. Habían pasado ocho años desde que cayó en Medellín Pablo Escobar, pero cada colombiano seguía siendo un potencial heredero de su negocio, como si Escobar hubiera sido un traficante de su propio semen y a todos nos corriera su simiente por la sangre. En la fila de inmigración del aeropuerto de Melbourne un perro —o una perrame dio una bienvenida que Santa hubiera deseado y olisqueó mi fábrica reproductora allá *down under*, golpeándome las pelotas con el hocico como si fuera un malabarista de semáforo. *She made me nervous*, como dirían los “hombres trabajando”. Lo único sospechoso que llevaba eran dos pastillitas estimulantes que había metido en el estuche de los lentes de contacto, con la esperanza de ver algún día un antro electrónico subterráneo y comprobar la cercanía de aquel país con el infierno. Afortunadamente no me las metí en las gúevas.

Me recogió una camioneta con los logotipos de la universidad donde iba a estudiar, que me llevó por una planicie tapizada de autopistas hasta la casa donde iba a quedarme —todavía no había pronunciado una palabra y daba gracias porque la *land of plenty* estaba llena de señales a prueba de latinos *I don't speak English*; luego me di cuenta de que en Australia, si sigues las señales, puedes vivir cincuenta años sin abrir la boca.

La casa quedaba en un barrio alejado al campus de La Trobe University, con nombre como de Los Picapiedra: Bundoora. Un suburbio de clase media, a unos cincuenta minutos en tranvía del centro de la ciudad, donde vivían personas a las que les venía bien alquilarle una habitación a estudiantes extranjeros —preferiblemente que no fueran chinos—.

La casa era pequeña, con un porche viejo y un jardín sin podar. Detrás se veía un garaje con la persiana ladeada y a medio abrir. La ventana principal, que daba al jardín, tenía la cortina cerrada. Abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años, rubia, no muy alta y de contextura gruesa, sonriente y con sudadera y bata larga. Me invitó a pasar y me dijo su nombre. Nunca lo pude pronunciar bien. Se llamaba Aletha, pero esa *th* terminada en *a*, bien dicha, me salía con *babas*. Le decía Aleta o Alita, y a ella le daba igual.

La casa tenía una cocina con barra americana, y un salón con un sofá, un par de poltronas y un televisor ochentero. Aletha me ofreció un sánduche con café —*she took me in and gave me breakfast*— y viéndola prepararlos me di cuenta de que en Australia los alimentos eran más grandes: el pan tajado, el frasco del café, el jamón, la caja de cereal, los enlatados. ¿Será por eso que la gente es más grande? Cuando terminé me dijo algo así como que debía dormir porque seguro tenía *jet lag*, cosa que

tuve que buscar en un diccionario electrónico que llevaba en el bolsillo desde que hice tránsito en Auckland. Mi situación lingüística era tal que casi no recuerdo cómo se decía “cuchara” para poder echarle azúcar al café. La habitación era pequeña, alfombrada, con una cama alta, bien dotada de sábanas y cobijas, una silla y un escritorio en el que cabían el portátil y un cuaderno. Por la ventana se veían árboles y un prado tupido. Estaba en una casita campestre destartada en medio de un barrio.

Esa noche, sin saber muy bien cómo, descifré que Aletha era secretaria en un local de venta de muebles, o algo así, divorcida, con dos hijos adultos que ya no vivían con ella; y que adoraba ocupar latas de *bourbon* Jim Beam con cola, jugar en las máquinas tragamonedas y comer pizza.

Alojaba temporalmente a su amiga Evelyn, a quien conocí cuando desperté. Tenía unos cuarenta años, un pelo muy fino y rubio que le caía sobre los

hombros, la piel bronceada, recia, y los ojos verdes. Su sonrisa era amplia y dejaba ver unos dientes resplandecientes y postizos; su ex marido se los había tumbado de un golpe. No tenía empleo pero sabía cocinar, limpiar y pintar. Solo tomaba Coca Cola, pues había dejado la bebida, y venía de Perth, una ciudad en la Costa Oeste. Había llegado donde Aletha para cambiar de vida, dejando dos hijos y una nieta a más de tres mil kilómetros de distancia.

Me invitaron a dar una vuelta por el barrio y a comer afuera para celebrar la llegada. Casitas, casitas, porches, porches, jardines, jardines, y al final una calle amplia, *main street*, con locales comerciales: bancos, bares, restaurantes, lavanderías, casinos y el correo. Probé el *meat pie*, un pastel de carne hojaldrado, un fantabable australiano, y, por supuesto, el *bourbon* Jim Beam con cola.

Aletha nos invitó a un casino, pues me quería enseñar a jugar en las máquinas. Bebimos y bebimos, Aletha hablaba cada vez más enredado y yo le entendía cada vez mejor. Evelyn se reía con todos sus dientes, sobria, pero vaya a saber qué cosas intentaba explicarme.

Nos quedamos hasta que cerraron el local. Aletha no quiso entregar las llaves del carro e insistió, de mal genio, en manejar hasta la casa, que quedaba a unas cinco cuadras; Evelyn no discutió. Yo las seguía detrás con otra lata de *bourbon* con cola en la mano. Al llegar a la casa Aletha metió el carro en un espacio entre otros dos, chocándolo atrás y adelante, como Los Picapiedra. La banda sonora no podía ser otra: “*Do you come from a land down under? / Where beer does flow and men chunder / Can't you hear, can't you hear the thunder? / You better run, you better take cover*”.

A la mañana siguiente, hundido todavía en el efecto del *jet lag* y en el malestar provocado por el *bourbon*, me pareció que le había dado la vuelta al mundo para encontrar dos mamás solitarias que querían adoptar a un adolescente perdido. Aletha y Evelyn eran un trueno que le sacaba chispas a la figura de mi madre. No tenía muchas opciones allá abajo, o salía corriendo o me envolvía en la cobija que me habían dado. ☺

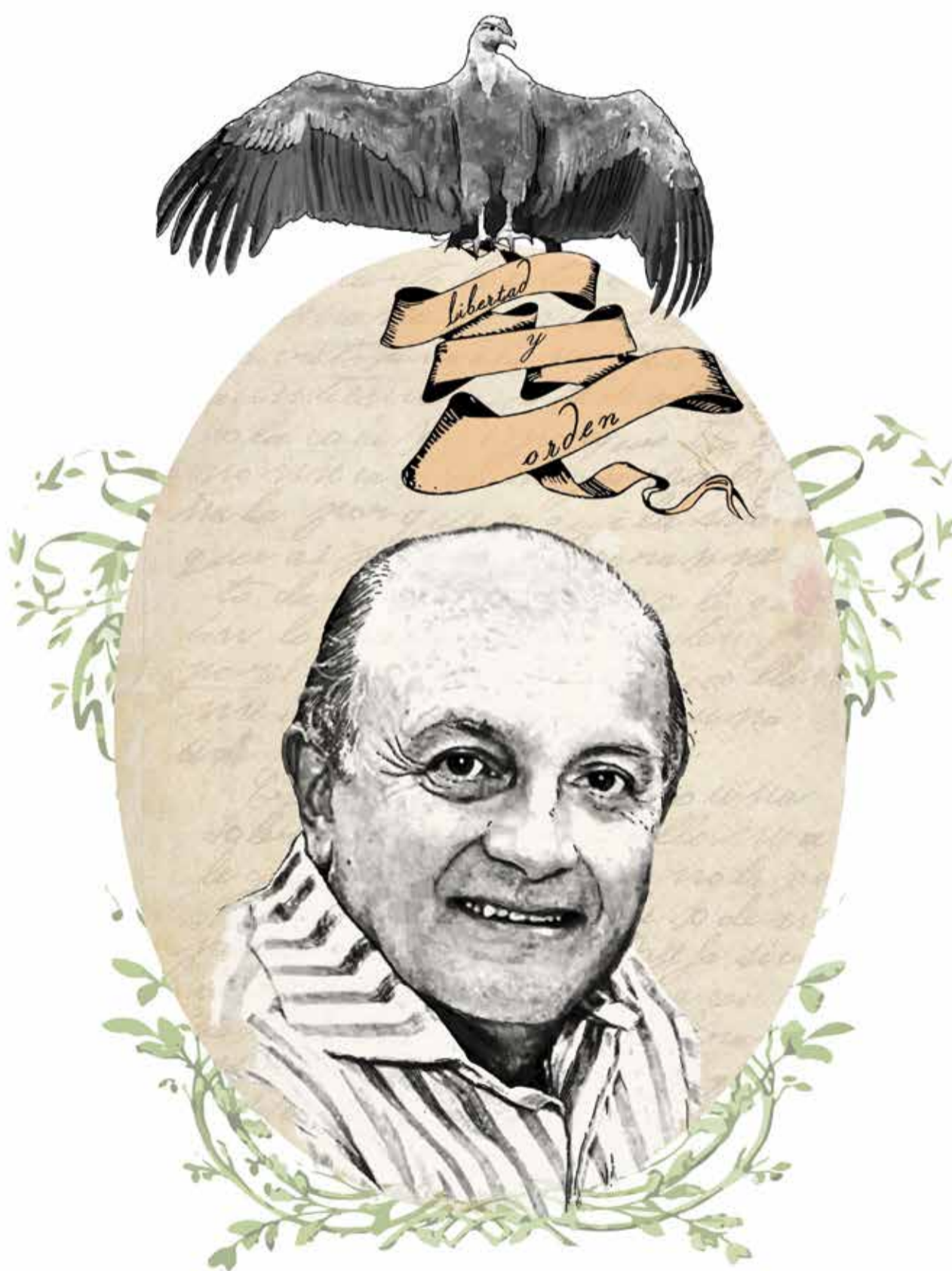


II

CANTATA PASTUSA

por GUSTAVO ALVAREZ GARDEAZABAL

Ilustración: Mónica Betancourt



Escribí *Cóndores no entierran todos los días* en la ciudad universitaria de Torobajo, en Pasto, adonde llegué contratado como profesor de humanidades. Era 1970. Acababa de recibir mi grado en Literatura en la Universidad del Valle, y mi frustración por no haber sido seleccionado como docente en la misma universidad donde me había graduado y donde había ejercido como monitor los últimos dos años quedó plenamente compensada con mi llegada a Pasto. Haber salido del mundo cultural de Cali, en el que fui protagonista de todo nivel durante los cinco años de mi carrera universitaria, significó un trauma para quienes creyeron que mi futuro literario debía estar en los cafetines de París (adonde iban entonces todos los intelectuales), y no en las remotas y frías calles de un pueblo que había vivido hasta entonces al margen de la historia nacional. Mis enemigos de la izquierda comunista, en especial los trotskistas, debieron vibrar de alborozo cuando vieron que la derecha oligarca que manejaba entonces la Universidad del Valle me había condenado al ostracismo. El problema de vérselas conmigo estaba solucionado, y como no me fui a la capital francesa a realizar el curso de adoctrinamiento que las promesas literarias debíamos completar para que la internacional marxista nos exaltara, sino que me perdí en las brumas y nieblas de una ciudad decimonónica arimada a la ladera de un volcán remoto, la posibilidad de ascender vertiginosamente quedó trunca.

Bueno, eso creyeron quienes siempre me minimizaron o me persiguieron como nefasto antagonista de la actitud de los poderosos. Estar lejos del bochornoso ámbito de la sociedad caleña resultó más que benéfico para mi posibilidad literaria. Hoy, 43 años después, pienso que si no me hubiese ido a vivir a Pasto no habría escrito con tanta facilidad y entusiasmo una novela como *Cóndores*. Pasto fue el sitio y el clima ideal para alimentarme con mis recuerdos y versiones. Sin dónde investigar, porque la única biblioteca de verdad que existía en esa ciudad era la del maestro Ignacio Rodríguez Guerrero y allí no había material para desviar, aumentar o refutar mi versión de la violencia partidista tuluëña, mi capacidad de imaginación se desbordó.

En aquel entonces Pasto era una ciudad gélida, no eran tiempos de calentamiento a causa del dióxido de carbono. Los más de 2.600 metros de altura y el socavón de vientos donde fue construida la convertían en el epicentro de fríos luminosos y nieblas jupiterinas. Era obligatorio usar ruana o abrigo pesado, guantes, y muchas veces gorro digno de los mejores inviernos nórdicos. Todos vestían ceremoniosamente, con trajes oscuros, como en las novelas de García Márquez, y se respiraba un aire de convento. Las iglesias y sus campanas seguían siendo el centro de la vida citadina, y la existencia de las cofradías religiosas hacía vigente la vida de la Colonia a finales del siglo XX. El mestizaje era poco. Los blancos eran blancos así no tuvieran con qué ponerse dientes postizos o hacerse tratamientos dentales. Los indios, también muecos, iban y venían por las calles pavimentadas que creían forradas en piedra, como cuando los quillacingas tributaban al inca poderoso y lejano. Pasto se había caracterizado históricamente por ser la ciudad en donde los españoles resistieron hasta mucho más allá de la fecha oficial de independencia. Fue en Pasto donde quisieron matar a Antonio Nariño, el gran precursor de nuestra liberación. Fue en Pasto, la ciudad del mítico Agualongo, donde nunca quisieron a Bolívar, y desde donde el señor Sañudo escribió la más grande diatriba que se haya escrito contra el Libertador. Fue allí mismo donde planificaron y mataron al Mariscal Sucre, el hombre llamado a suceder a Bolívar. Reacios a modernizarse, orgullosos de no haber

sido patriotas sino realistas, y de vivir dentro de estructuras ancestrales alejadas del vértigo de la Colombia que se transformaba, los pastusos se sentían perseguidos por el poder centralista bogotano y abandonados a su suerte como castigo por haber sido disidentes políticos en momentos cruciales de la vida nacional.

Por los días en que llegué los pastusos giraban más alrededor de la vida y la cultura quiteñas que de los ecos bogotanos. La carretera que los comunicaba con Popayán apenas había sido terminada cuando el conato de guerra con el Perú, y los grandes abismos del Guaitara más parecían un camino de herradura que una carretera panamericana, como orgullosamente la llamaban. El aeropuerto de Chachagüí era, es y seguirá siendo un portaviones que desafía los precipicios que lo rodean por tres de los cuatro costados. Existía, pues, una incomunicación física, aunque no fuera tan grande como la espiritual y la intelectual. En esta ciudad me refugié. Muchos años después, cuando la misma casta me impidió el avance político y fui condenado a cuatro años de cárcel por un delito que no era delito, y con igual fuerza salí victorioso.

Cóndores fue la respuesta pastusa a semejante censura. La visión del pasado tuluëño la escribí en ese cubículo sin calefacción de la Universidad de Nariño en Torobajo. No tenía las afugias de la batalla diaria contra las clases dominantes y los intransigentes de la vida caleña. No tenía que opinar distinto a los cenáculos de la oligarquía valluna, ni someterme a los designios canallescos de las hordas trotskistas.

Recorrer las calles de Pasto vestido ceremoniosamente con saco y corbata, llevando una mochila de cabuya colgada del hombro y con el pelo y las patillas largas en deformación de la moda hippie de los sesenta, era un atrevimiento para la cerrada y pacata sociedad pastusa. Haber alquilado una casa en el barrio Las Cuadras, a orillas del río Pasto, para vivir con Roke Jimeno, mi amante, era una provocación absurda. De todo ese periplo quedan las cartas que diariamente me cruzaba con Pilar Narviño, la periodista española que se convirtió desde su apartamento en París o su piso en Madrid en mi hada madrina. En esas cartas deben estar las explicaciones de mis actitudes y los reparos que ellas, racional como la que más, me enviaba desde la óptica de la agonía franquista. Eran los tiempos de las estampillas y los sobres engomados. De las cartas con copias a papel carbón. No guardo una sola de esas cartas. Las atesoro en mi memoria como el olor de las frías mañanas de Pasto, el color brillante de sus flores o la imagen tenue de las indias con pollera, acullillándose en las calles para orinar porque todavía no aprendían a usar los inodoros.

Recibía entonces en mi apartado de correos la revista española *La Estafeta Literaria*, donde había publicado mi primer cuento cuando era estudiante. Allí había salido la

convocatoria para el premio de novela Manacor, cuyo jurado presidía el nobel Miguel Ángel Asturias. Me pareció que debía participar, y como ya me había ganado algún premio de cuento en España siendo estudiante lejano, envié lleno de ilusión una copia de *Cóndores*.

Después todo fue a pedir de boca. La edición de la novela la harían los organizadores del concurso en forma limitada, pero como ya había terminado *Dabeiba*, la novela que el 6 de enero siguiente ganaría el segundo puesto en el Nadal que organizaba don Josep Vergés en su editorial Destino de Barcelona, y Pilar tenía una fuerte amistad con él, no fue sino que me dieran el premio para que ella lo llamara y le dijera que *Cóndores* también estaba a su disposición para editarla, como efectivamente lo hizo.

Todo esto pasó mientras viví en Pasto. Mis años allí resultaron ser los más inolvidables y felices de mi vida. Ese mundo apartado del vértigo colombiano me permitió esculpir para siempre en mi memoria los días y las horas que pasé en aquella ciudad. Volví muchas veces mientras mi averiado corazón me lo permitió. Más aun, cuando sufría aquellas melancolías terribles, esas depresiones de espanto que me acercaban con furia al suicidio, siempre tenía la opción de viajar a Pasto. Tomaba un avión y me iba a recorrer sus calles, a respirar sus aires, a mirar el Galeras siempre a punto de hacer erupción; a oír correr el río, a arrullarme con el sonsonete cantarino del habla de sus gentes. Volvía a vivir, me sentía recuperado y seguía dando la guerra.

La última vez que volví fui a almorzar con María Helena, la hija de Ignacio Rodríguez Guerrero, el hombre más inteligente e importante que ha tenido Pasto, quien me brindó durante mi estancia allá las luces de su inmensa biblioteca. Ya había muerto, y sus libros, vendidos por kilos, fueron a dar a muchas orillas del saber o de la ignorancia. No sabía que sería mi último asomo a esos paisajes, todavía no me habían diagnosticado el mal, pero ya me sentía desfallecer en presencia del Galeras. Ahora, cuando anhelo volver a recorrerlos, cuando solo guardo añoranzas por la tierra bendita que me amparó mientras escribía, no pienso en otra cosa que en cantarles desde lejos a Pasto. Oyendo en la memoria sus campanas, sintiendo soplar el viento frío y húmedo de los eneros de carnaval, o cortar el ventarrón helado y seco de agosto en mi cabeza, cabeceo sin cesar para decir una vez más que si no me hubiese ido a vivir a Pasto no habría conseguido escribir *Cóndores no entierran todos los días*.

El Porce, octubre de 2013. ©

III

LA CIUDAD SIN GATOS

por ANDRÉS BURGOS

Ilustración: Silvana Giraldo



Hace casi veinte años llegué a La Habana por primera vez. Llevaba tres o cuatro días en Cuba, pero había ido directamente del aeropuerto a la escuela de cine donde viviría gracias a una beca: una burbuja maternal que iba a amortiguar el aterrizaje con comodidades evidentes. Mi paseo solitario por la capital sería el primer contacto verdadero con la isla. No era un domingo, pero era domingo. Lo primero que me llamó la atención fue el estancamiento de la ciudad en un día de ocio permanente. El aire soportífero, la ausencia de vehículos en las avenidas y el sol de julio en una canícula de prolongación insólita me daban la sensación de haber salido a la calle a la hora de la siesta general después del almuerzo. Pero no existía, casi en ningún comedor, el tal almuerzo. O por lo

menos no había sido lo suficientemente opíparo para inducir al sueño. Estábamos en el pico del "Período especial", que fue el nombre oficial con el que se nombró a los años siguientes a la caída de la Unión Soviética y la respectiva finalización de ayudas para el gobierno cubano. La escasez, para llamar las cosas por su nombre. Hubo recortes en la comida, los productos de aseo, el combustible y todos los rubros que no cubría la producción nacional, dedicada casi por completo al tabaco y a la caña de azúcar. Los cubanos, dependientes de la libreta de racionamiento controlada por el Estado, vieron cómo sus alacenas adquirieron el mismo aspecto de la ciudad: un aire de fotografía vieja en sepia, con rincones desgastados y plataformas vacías que apenas se sostenían en pie gracias al apoyo de un esplendor pasado.

Bastaba con pasearse por las aceras raídas de Centro Habana, La Víbora o El Vedado, o asomarse a una de las ventanas permanentemente abiertas de las fachadas descoloridas, para ver cómo la gente se refugiaba a la sombra de la precariedad. Ahorraban las calorías que consumiría sin piedad una salida a la calle con un termómetro estancado en los cuarenta grados centígrados. Y aun así sonreían. Y aun así se las arreglaban para cruzarse en espacios públicos, que en últimas eran todos, con la necesidad ineludible de comentar a volumen elevado chismes, nimiedades y lugares comunes en tono musical. Eran los condimentos cotidianos que no encontraban en ninguna bodega de distribución. La obstinación del carácter caribeño los libraba de cualquier parecido con las imágenes que hoy en día se escapan de Corea del Norte. Era una pos-

tal desolada, pero una postal con ruidos y despelote. En coma, pero viva. Nada les iba a impedir pavonearse como un pez dorado de aguas tibias en una pecera, a pesar de que no tuvieran a dónde ir.

O bueno, sí tenían a dónde ir, pero era una opción extrema. En el verano de 1994, mientras adelantaba los primeros tanteos en lo que sería mi hogar durante dos años, tuvo lugar la última crisis de los balseros. El gobierno, ya fuera por estrategia o por un ataque de hastío, había eliminado los controles de salida de sus ciudadanos por vía marítima. Que aquellos que quisieran irse, lo hicieran. El cómo era un problema de cada quien. Miles de cubanos se hicieron a la mar sobre cualquier adminículo que prometiera una flotación prolongada. La gente improvisó embarcaciones con armarios, col-

III

chones cercados por llantas, carros de venidos lanchas y un amplio rango de vehículos aspirantes a convertirse en una flota que habría sido cómica de no haber resultado tan triste después de un segundo pensamiento.

Hordas huían del desabastecimiento, que ya alcanzaba niveles míticos, y de un cambio monetario con una disparidad histórica por la que un dólar llegó a costar 126 pesos cubanos. Se decía que en La Habana ya no quedaban gatos porque se habían convertido, a la luz de las circunstancias, en un succulento manjar. Los mitos alimenticios decían que en las pizzas que uno podía comprar subrepticamente en la calle el queso era reemplazado por condones derretidos. Semanas después, cuando las carencias se relajaron y dejaron respirar un poco, cuando la moneda nacional empezó a encaminarse hacia los 26 pesos por dólar en que se estabilizaría unos años, incluso escuché que un amigo había visto cocer la melena de una trapeadora a fuego lento, sumergida en salsa de tomate, para confeccionar falsa carne de hamburguesa que se vendería bajo cuerda y llevaría a más de uno al hospital.

Llegó a decirse que el descontento había llegado a su límite y que en un solar en el corazón de La Habana había despertado el germen de una protesta que amenazaba con convertirse en asonada. La primavera cubana se gestaba en un verano intenso, donde se dependía tanto del vaso de agua que pudieran regalarle que quien no medía bien sus pasos y su rumbo corría el riesgo de terminar como una lagartija seca en medio de la nada. Se rumoró que la obediencia iba a resquebrajarse y que Fidel en persona, con una aparición repentina en esa calle de Centro Habana, terminó convirtiendo las voces de descontento en loas a su gestión y en salvoconducto de paciencia, porque todo iba a cambiar, era cuestión de resistir.

¿Era verdad todo esto? Había quienes juraban por su santa madre que sí, pero lo hacían en voz baja, sin mencionar nombres propios, como se acostumbraba entonces para cuidarse de los oídos vigilantes. En todo caso no había cómo comprobar la veracidad de las versiones, porque en Cuba hay cosas sobre las que nunca habrá certeza. Lo único que puedo asegurar es lo que vi. Presenció la huida de cientos de balseros mientras caminaba muchas cuadras, hirvientes como una plancha de comidas callejeras en Medellín, en busca de una "Diplo", como se les llamaba a los minimercados supuestamente para diplomáticos, que eran de los pocos lugares donde se podía comprar algo fuera de las tiendas de los hoteles, y donde el aire acondicionado proporcionaba un oasis pasajero en una ciudad que en ese momento no tenía nada más para ofrecer que una fotogenia inigualable.

Si bien el malecón no era el puerto de partida ideal, desde allí pude ver cientos de balsas improvisadas entregarse a la deriva. Probablemente habían levado anclas desde Cojimar. En la distancia se



parecían a las cometas que en los festivales de agosto en Colombia pierden su color cuando se alejan para emparentarse con mosquitos distantes recortados contra el telón azul. Era un espectáculo curioso, y una vez que se caía en la cuenta de que allí iba gente jugándose su porvenir, no dejaba más opción que encogerse de tripas y pecho para desearles la mejor de las suertes. Ellos se iban y yo llegaba.

Se dice que por esos días 36 mil cubanos se arrojaron al mar, pero esta no pasa de ser una cifra tentativa, un cálculo que especula una media entre quienes salieron y quienes llegaron. Cifras cruzadas de dos gobiernos con intereses enfrentados. Lo único cierto es que nunca volví a ver las aguas del malecón tan frecuentadas por embarcaciones.

Cuando regresé a mi burbuja ese primer día, a pesar de los desesperanzadores brochazos iniciales de exploración, había paladeado la presencia de algo muy grande, de una de esas ciudades seguras de su historia, que sin importar la decadencia siempre tendrán aires para presumir, para dejarnos boquiabiertos a quienes nacimos y crecimos en plazas advenedizas. La Habana era una hembra alfa dopada que, aunque melancólica, al mínimo descuido de sus carceleros podía levantarse y reclamar con naturalidad los títulos que había dejado en espera. Detrás de esos edificios ruinosos, de la pintura arañada por el salitre y la brisa, esperaba su nuevo llamado a la corte como una soberana consciente de la belleza que le corresponde por linaje. La ciudad que maravilló a Cabrera Infante, su enamora-

do eterno, quien le cantó de todas las formas posibles en *La Habana para un infante difunto*, cuyas palabras yo entendía a pesar de haber conocido a la momia que llegaba la noche se iba a cubrir de penumbras, tal como lo haría una prostituta encomendada al maquillaje y al claroscuro:

"Pero la fosforescencia de La Habana no era una luz ajena que venía del sol o reflejada como la luna: era una luz propia que surgía de la ciudad, creada por ella, para bañarse y purificarse de la oscuridad que quedaba al otro lado del muro".

Hace un par de meses regresé. Gracias a la gasolina venezolana pululan en la calle motos y carros con el ronroneo delator de los motores viejos. La gente tiene celulares con planes de consumo absurdos y limitados que les permiten llevar sus gritos espontáneos más allá de la calle de enfrente. También, como producto de la política del "cuentapropismo", abundan los negocios que ofrecen pizza cubana, tan parecida al pan, con queso de verdad y sin riesgos de ingredientes profilácticos diseñados para otras comidas, de modo que no hay mucho peligro de morir de sed o hambre en la calle. Es más, vi un par de gatos caminando a su aire sin amenazas evidentes de predadores. Sin embargo, la sensación de domingo perenne permanece.

Detrás de los afeites superficiales continúa anunciándose el monstruo agazapado. El kraken de vanidad y de arrogancia merecidas permanece a la espera de su revancha. ¿Lo alcanzará a ver algún día? Ni idea. En Cuba hay cosas que nunca se saben con certeza. ☹

IV

BIENVENIDA EN MITÚ

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Cachorro

Un error repetido de Gonzalo complicó las cosas e hizo cierta una vez más la sentencia cínica según la cual toda buena acción tiene su castigo. Todo iba sobre ruedas. Estuvo bien el aterrizaje en el precario aeropuerto de Mitú, el cielo ardía como era debido, y el policía amarillento que nos señaló con ademán sonámbulo la dirección del hotel que nos habían recomendado estuvo dentro de lo previsible. También el aspecto del hotel, cuyo aviso de lata irradiaba sobre la fachada de la iglesia diagonal a la alcaldía. Todo marchaba bien. Además, el vuelo en la máquina de dos motores acezantes había resultado menos movido y tedioso de lo que esperábamos, apacible sobre la inmensa, misteriosa selva húmeda con manchas amarillas de guayacanes en flor. Pero las cosas son como son. Y un sutil gesto repetido puede desencadenar una pequeña catástrofe, o una cómica conmoción, según se mire.

Yo había recibido en octubre una carta de Gonzalo como todas las suyas, prolija de filosofías, reflexiones y quejas existenciales, amén de una posdata adornada con dibujos de su novia Angelita –mariposas, conejos y zanahorias creciendo en un zapato–, donde me proponía que lo acompañara a pasar las vacaciones de diciembre en Mitú con su nueva amante inglesa. Acepté sin pensarlo mucho. Mitú pertenecía a la topografía de los ensueños de mi niñez desde mi estadía en el seminario, donde el lugar se mencionaba con frecuencia. Allí se habían abierto las primeras misiones de la comunidad y llegaban noticias que nos entristecían o nos alegraban: un misionero que se ahogaba en una cachivera y era devorado por las pirañas bajo los ojos impotentes de sus acompañantes, las estadísticas de los bautizados del semestre, las fotografías de la inauguración de un albergue para los huérfanos de las víctimas de las caucheras, el relato de algún milagro obrado por un hermano o de un leproso que quedó como nuevo después de una imposición de manos en nombre de Francisco Javier, o la noticia de una lluvia invocada en las rogativas presididas por el vicario apostólico, que ponía fin a una sequía implacable que había secado el río...

Yo me sentía feliz camino al hotel. Gonzalo arrastraba un maletín de cuero color miel y llevaba colgada una mochila arhuaca. Angelita lo seguía con su guitarra bajo el brazo, un morral de soldado y una red de hilo donde cabían el mundo entero y una piña. Y yo me demoraba detrás, contemplándolos agradecido por el regalo y recordando las líricas razones que le había expresado a Gonzalo en la carta donde aceptaba irrevocablemente su invitación, tranquilizándolo para que no fuera a pensar que iba a lanzarme en las jetas de los caribes para alcanzar el cielo de mi infancia aunque fuera tardíamente. Él conocía mi estado espiritual rayano en lo místico. Puedes estar tranquilo. Hace tiempos renuncié a la idea del martirio.

Al final de la pista del aeropuerto había un pequeño cementerio. Tres toros brahman y una vaca Santa Gertrudis pastaban entre las tumbas despreocupadas, alinderadas con botellas clavadas por el pico. A la izquierda, la selva maravillosa y cruel. Al frente se veía el andar el río ancho, ocre y lento. La campana de la pequeña iglesia tocaba un ángelus afónico. Y la capital del Vaupés, una aldea entonces, ofrecía un aire extraño con las ventanas cerradas para evitar la exhalación de la manigua. El río me pareció menos imponente de lo que había imaginado. Siempre me sucede con las cosas que he anhelado mucho. Así me pasó con la Estata de la Libertad. Y con el mar agrio que me decepcionó tanto cuando lo vi la primera vez en Cartagena, enorme charco inquieto revolviéndose sobre sí mismo. Pero de cualquier manera el río me pareció hermoso. Y los ranchos de la



orilla opuesta bajo el resplandor del medio día ya los había visto en un sueño de impúber. Gonzalo y yo nos habíamos cruzado media docena de cartas calibrando los tiempos del viaje y estableciendo las fechas, como dos niños que planean un milagro o una pequeña porquería. Hablamos de las cosas que deberíamos llevar: "no traigas libros, vamos a asolear los ombligos lejos de las putas razones", me dijo él, y yo le dije "no olvides comprar la Benerva para ahuyentar los mosquitos". Y ahora estaba frente a esos territorios que resumían para mí la noción terrible de una felicidad hecha de abnegaciones, olvidada y recuperada.

Cuando los militares de Satena le entregaron los tickets de avión, Gonzalo me escribió la más jubilosa de las cartas de la serie. Había sorteado el

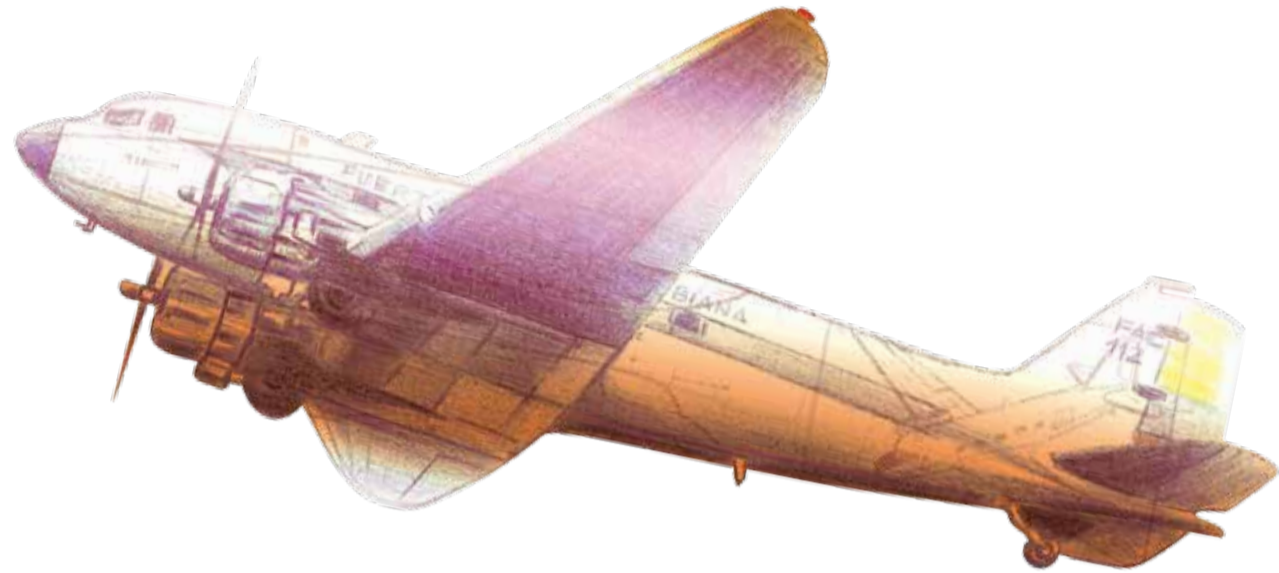
último escollo. Un coronel estuvo de acuerdo en financiar nuestro viaje, pero otro se mostró reticente y juzgó que la invitación contradecía los reglamentos de la aerolínea. Gonzalo se comprometió a reseñar el viaje en sus crónicas de prensa para vencer su resistencia. Había escrito en la revista *Cromos* una serie de artículos sobre la Armada después de un viaje a Puerto Rico en el buque Gloria, y prometió que haría otros sobre las Fac y los territorios nacionales, como se llamaban entonces esas vastas extensiones del abandono donde los aborígenes aún comían gusanos y estaban cundidos de piojos, y donde los rolos y los colonos antioqueños los envenenaban con sancochos festivos y los cazaban por diversión como hacían con los borugos y los gurrees. Gonzalo publicaría más tarde, en la revista del

IV

nadaísmo, un documento pavoroso, de tono sartreano, sobre las matanzas de guahibos. Amaba mucho a los que solía llamar, con un neologismo secretamente contradictorio, nativoamericanos. El avión se retrasó por motivos incógnitos, pero lo aceptamos de buena gana. Como no nos quedaba bien protestar con unos pasajes de cortesía, nos pusimos a disfrutar la demora tomando tinto en las cafeterías de Eldorado. Hablando mistiquerías caminamos por los pasillos, miramos sombreros en los almacenes de artesanías. Ángela compró una cachucha de beisbolista y una ruana a cuadros, y Gonzalo aprovechó para mostrarme los cuchillos de montería que había traído. Eran esos tiempos confiados en los que un cuchillo en un aeropuerto no te ponía bajo sospecha de militar en una secta de musulmanes avionicidas. Yo husmeaba en la vitrina de una librería. Gonzalo me recordó que habíamos prometido no llevar libros. Y yo callé que de todos modos llevaba uno de Cornelio Agripa entre mis calzoncillos por si las moscas.

Ángela llevaba en el estuche de la guitarra, entre dulzainas y panderetas, unas galletas de chocolate que le había enviado su madre, corista de una iglesia anglicana en los suburbios de Londres, y las consumimos mientras el monstruo anacrónico de dos motores era preparado en la pista para el rugir y el retumbar de latas, y para esquivar –de bajo vuelo como era– las bandadas de loros y los ávidos gavilanes congelados en un punto del cielo sobre las polladas. Los pasajeros nos acomodamos en bancas de madera, como las de los parques de los pobres, adosadas a las paredes del fuselaje y con los forros de lona verde de los militares. Gonzalo dijo uf. Aunque ya había dado la voltereta desde el blasfemo intemperante hasta el cristianismo de corte puritano

contagiado por su novia nueva, nunca se acostumbró a las aventuras aéreas. “Los hombres, hermano, no estamos hechos para volar, porque no somos ángeles ni pájaros”. Pero la sonrisa de escepticismo que emitió no disminuyó la alegría de saber que al fin íbamos rumbo a Mitú. Y entonces surgió, de entre las piedras, cuando dejábamos atrás el cementerio, un muchacho indígena que me dijo a quemarropa: “gringo, dame una moneda”. Y yo me hice el sordo. Pero Gonzalo era como era y buscó en sus bolsillos y le dio un puñado de monedas. Y cuando estábamos a punto de hacer nuestro sudoroso ingreso en el hotelito, otro muchacho igual se nos acercó y con la misma insolencia del otro repitió: “dame una moneda, gringo”. Y Gonzalo vació el último bolsillo de su chaqueta de yin con pajaritos bordados por su mujer. El muchacho miró su porción sobre la palma de la mano, dio media vuelta y se alejó sin dar las gracias, empuñando su tesoro. Y nosotros entramos en el hotel de doña Cecilia, una mujer gorda y alegre que había sufrido mucho y había sido prostituta y enfermera y concejal no sé dónde. Se le notaba. Nos bañamos para ir hacia aquello que habíamos ido a buscar, al encuentro del brujo que habría de justificar nuestro viaje. Gonzalo se colgó su cuchillo de cazador en la pretina y se puso unas abarcas de trapo. Yo me disfracé de misionero

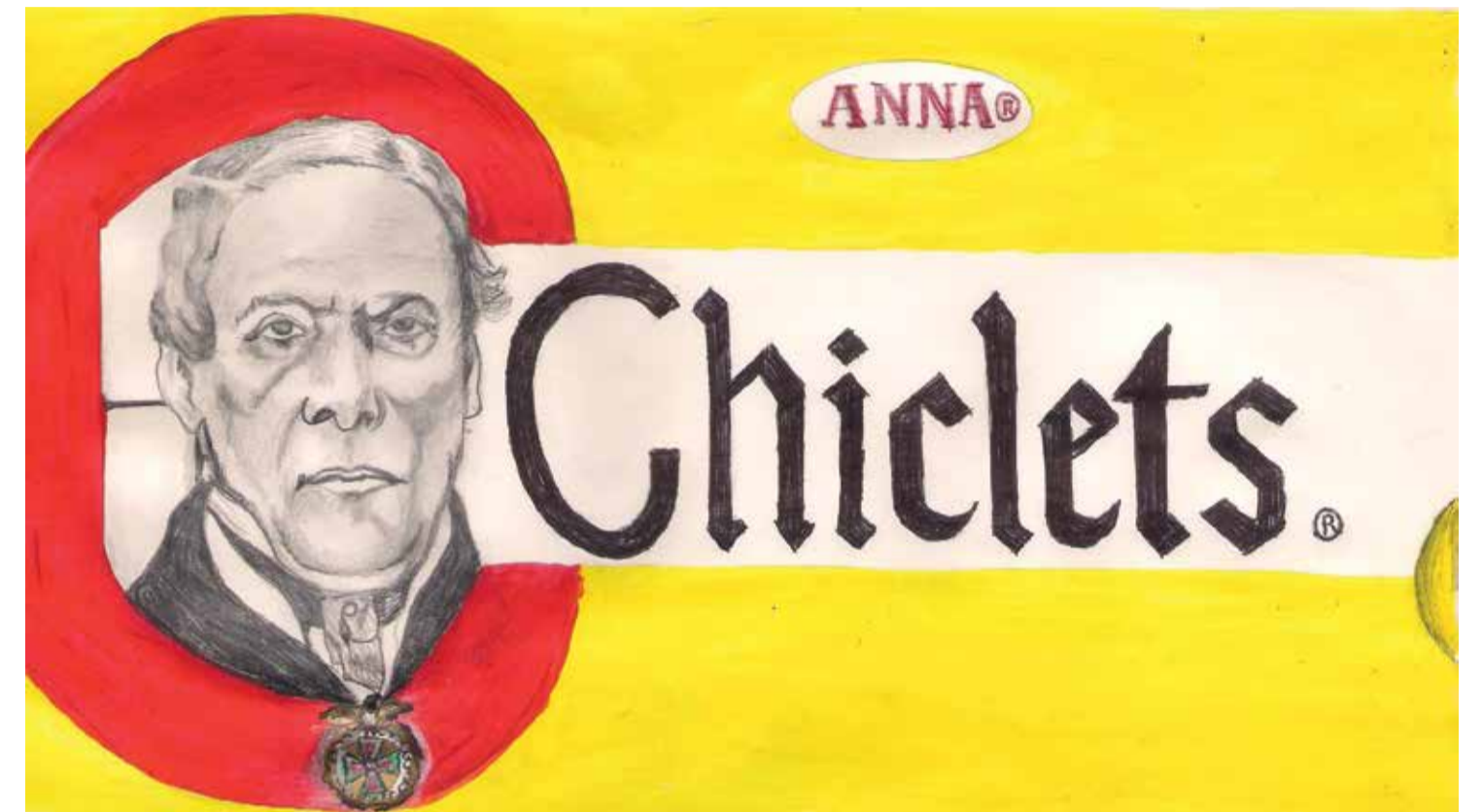


con un sombrero de corcho. Ángela estrenó su cachucha de beisbolista. Y abrimos la puerta del hotel, y nos topamos con un tumulto de indígenas que se movieron hacia nosotros como un solo animal amenazante. Gonzalo regresó sobre sus pasos, aterrado. “Yo no sabía que la fama del nadaísmo había llegado hasta aquí”, dijo, con ojos de espanto. Estaba harto de que la gente le arruinara sus vacaciones en las afueras para que pudiéramos escapar del asedio medicante de los hijos de los dioses precolombinos. Y nos instaló en una troje de paja recién hecha, aromática a maderas nuevas, junto a un chiquero donde unos cerdos hocicudos echaban por las noches unos pedos magníficos que alimentaban la combustión de las estrellas mientras los murciélagos les exprimían las orejas. Fue entonces, supongo, cuando a Gonzalo se le ocurrió ese poema que dice: “Éramos reyes y nos volvieron esclavos. Éramos hijos del sol y nos consolaron con medallas de lata. [...] Quién refrescará la memoria de la tribu. Quién revivirá nuestros dioses. Que la salvaje esperanza siempre sea tuya, querida alma inamansable”.

EL GENERAL DE SANTA ANNA Y LA DEUDA DEL DULCE

por HERNANDO GONZÁLEZ

Ilustración: Verónica Velásquez



Un militar mexicano que murió pobre y ciego, al cabo de una carrera política de cuarenta años de glorias y frustraciones, tuvo un notorio papel en los inicios de la goma de mascar, hoy en día una colosal y millonaria industria. Al leer la historia del chicle la imagen del general Antonio López de Santa Anna se ve eclipsada por la de Thomas Adams. Mientras que el primero cayó casi en el olvido, el segundo cimentó una industria que sus herederos han fortalecido. En la actualidad, incorporada a una compañía más grande –la Pfizer, con sede en Barcelona–, la firma Adams continúa su exitoso curso en el mercado. A lo largo de su turbulenta vida el general Santa Anna sufrió exilios, le amputaron una pierna a raíz de una herida en combate y perdió muchas de las batallas que peleó (de hecho disputa el récord del militar que intervino en más batallas); pero también obtuvo victorias y poder. Fue presidente de México en varias oportunidades. Durante su último mandato, con ínfulas de dictador, se hacía llamar Alteza Serenísima. Siempre trataba de figurar. Algunos lo tildaban de persona sin principios. Se pasaba de un bando a otro sin ningún escrúpulo, velando siempre por sus propios intereses. En muchos sentidos fue un hombre desleal, irreflexivo, miope. Escurría el bulto cuando era necesario. Los reveses le daban fuerzas para arremeter de nuevo y meterse en la pomada. Vendió a los gringos una parte del territorio patrio por un precio de risa. Sin embargo, la vida fue benigna con él al permitirle vivir hasta los ochenta años. Estuvo en Colombia en dos oportunidades, como desterrado. Eran los tiempos de Mosquera y Obando, de las patillas, el mostacho y las guerras civiles. En otro destierro recalcó en Jamaica, donde años atrás, en la misma condición de proscrito, estuvo Bolívar. De Santa Anna y Bolívar fueron contemporáneos,

aunque el venezolano solo vivió la mitad de los años del otro. En algunos libros citan La Habana, y no Jamaica, como el lugar de exilio de Antonio López de Santa Anna luego de ser derrocado de su última presidencia, en 1855. Las islas son el refugio de los conspiradores y los aventureros. Los biógrafos consideran que la injerencia de López de Santa Anna en el negocio de la goma de mascar fue episódica; la mayoría desdena esta faceta mercantilista y otros la mencionan como una simple curiosidad. Pero el tornadizo y revoltoso general mexicano se alió con Adams durante su exilio en Estados Unidos, y juntos tuvieron la peregrina idea de fabricar neumáticos para bicicletas con la savia de un árbol americano: el *Manilkara zapota*. La empresa fue un fracaso. Sin embargo, la exuberante especie nativa ofrecería a los industriales foráneos la clave de otro éxito capitalista. El general de Santa Anna, que solía mascar la savia del árbol, y Thomas Adams, que se pirraba por enriquecerse con el perfeccionamiento y la masificación de la goma de mascar, patentaron y comercializaron una nueva marca: Adams New York Chewing Gum. De Santa Anna le ofreció a Adams, en calidad de proveedor, toda la resina que quisiera del *Manilkara zapota*, y Adams se entusiasmó con la empresa. El general de Santa Anna ya estaba desengañado del poder. Había rodado de exilio en exilio sin lograr meter mano de nuevo en los asuntos de México. Escribía artículos desde el destierro para la prensa de su país. Se había ofrecido a Maximiliano de Austria como colaborador y había sido rechazado. Estas fueron las circunstancias de su encuentro con Adams. El general necesitaba dinero, pues no podía recurrir a las tretas con que se lo procuraba en su época de mando. Se cuenta que en una ocasión, luego de apoderarse de un convento, él y su

tropa se disfrazaron de frailes, convocaron a misa, secuestraron a los asistentes más ricos y les exigieron elevadas sumas por su liberación. Así financiaba sus campañas. No era la primera vez que el general negociaba con los gringos. Años atrás les había vendido La Mesilla por siete millones de pesos. Una ganga. Si había privado a su nación de una parte de su territorio, bien podía lucrarse de la abundante materia prima que ofrecían los árboles nativos. Los gringos están acostumbrados a las gangas; así obtuvieron Luisiana de los franceses y Alaska de los rusos. Y a apropiarse tierras de otras naciones a la fuerza y pagar indemnizaciones irrisorias, como ocurrió con México y Colombia. Thomas Adams aprovechó un cargamento de resina que había desistido de utilizar en la fabricación de neumáticos para hacer goma de mascar, un uso que de Santa Anna había aprendido de los indígenas en Xalapa. Y vaya si le dio resultado. Hoy compras un Trident y lo disfrutas cándidamente, ajeno a la historia de codicia que originó este invento. Adams tiene un surtido muestrario en los supermercados, junto a las cajas; mientras haces cola para pagar, se te invita a antojarte de goma de mascar en pastillas o en barra. Da lidia resistirse a la invitación. Actualmente el chicle se elabora con una base plástica –acetato polivinílico–, pero cuánto *Manilkara zapota* no se escurrió de las venas abiertas latinoamericanas. El general no tuvo un dulce final. Su socio del norte se tapó en dinero, mientras él murió prácticamente en la miseria. Allí en la muerte quizá tenga suficiente buen humor para reírse de sus desventuras, como es sabido que hizo en vida, cuando sepultó su pierna cercenada con todos los honores castrenses. La crónica de los militares nos brinda cualquier cantidad de excentricidades. Mosquera, durante su exilio en Lima, escribió una cosmogonía. De Santa Anna incubaba sueños de capitalista.

lenteja express

Presente este cupón y por la compra de una hamburguesa de lenteja sencilla reclama otra igual

Laureles: Av. Jardín, al lado del Café Vallejo. Tel: 4127628
Centro: calle 53 # 42-19 Cel: 320 6530 88
Poblado: cra 35 8a-76 Provenza Cel: 310 879 91 36

Encuétranos en facebook:
hamburguesa de lenteja vegetariana

Lupita

El Verdadero Sabor Peruano y Mexicano

Menú del Día

Encuentra en nuestra carta exquisitas especialidades Peruanas y Mexicanas

Abrimos Domingos de 12 a 5pm

DOMICILIOS 218 27 41

Carrera 43 N. 52-40 (situated entre la Playa y Wambaiba)

Pulso & Letra
Editores

El Juego
El Deseo de Enfermar

pulsyletraeditores@gmail.com | pulsyletraeditores

Una deliciosa muestra de comida gourmet y artesanal preparada con ingredientes naturales.

+info
f/EIjardinVegetariano

366 2289
Nueva Villa de Aburrá
CII 32B 81-41

Vegarden
El Jardín Vegetariano

AHORA CON DOMICILIOS!!

Un paseo en el río con Raúl

por MAURICIO LÓPEZ

Fotografía: Juan Fernando Ospina



El 31 de diciembre del año 2000 a Raúl León Pérez Ospina se le rompió el corazón. Sin haber comido ni bebido en todo el día, el viejo encontró en su amargura la fuerza necesaria para levantarse, y empezó a caminar con los ojos cargados de lágrimas y casi muerto de nostalgia.

Su pasado lleno de tormentos y pequeños triunfos, que en la distancia parecían las alucinaciones de un drogadicto, lo impulsó a seguir su recorrido a lo largo de la Autopista Norte. Había comenzado el día en el municipio de Caldas, y no sabía adónde lo iban a llevar sus pasos. Por el camino pensó varias veces en matarse, pero se acordó de Dios y se le ocurrió que tal vez había llegado el momento de orar por sus pecados para encontrar esa redención tan anhelada.

Tenía 39 años y llevaba siete viviendo en la calle. Se había graduado de Comunicación Social - Periodismo en la Universidad de Antioquia, y había estudiado en Francia para ser chef internacional. Su vida parecía encaminada al triunfo, pero un "demonio" lo perseguía a todas partes: el bazuco. "Nunca pude dejarlo, nunca quise dejarlo. Conocí las drogas en la universidad y me enamoré de esa calma que me producía ingerirlas. Probé de todo, pero el bazuco era lo mío", dice Raúl, hoy con 52 años, enfermo de sida y habitante del paseo del río.

Raúl perdió el hogar el mismo día que perdió a sus padres, León Pérez Machado, fundador del Bar Colón, y Adilfa Ospina Miranda. "Ellos eran los únicos que me toleraban, y por eso cuando murieron mis hermanos me echaron de la casa para siempre", cuenta ya sin tristeza Raúl, pues sabe que su tumba será la calle, aunque la herencia de sus progenitores esté por decidirse en los juzgados. "Yo tengo derecho a parte de lo que dejaron mis viejos, pero mis hermanos están tratando de hacerme ver como loco ante la justicia para quitarme todo".

Como habitante de la calle ha sido testigo y protagonista de muchos crímenes, como víctima y como victimario. Durante el primer año de su desdicha como "indigente" un hombre lo recogió en una camioneta, supuestamente para darle de comer y regalarle ropa. Llegó a una casa en el barrio López de

Mesa, recibió lo prometido y cuando iba a salir se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave.

"El hombre me dijo 'desnúdese que lo voy a bañar y me lo voy a comer'. Yo era muy débil como para enfrentarme con él, así que accedí. Desde entonces he tenido muchas experiencias con hombres. En la calle nadie tiene sexo o género. Todos somos lo mismo: hermafroditas", explica con una risa burlesca Raúl, que no sabe si fue un hombre o una mujer quien le contagió el VIH. Solo sabe que un día lo golpearon y cayó desmayado; lo recogió la policía y lo llevó al Hospital San Vicente, donde le dieron la noticia. "Desde ese día he intentado suicidarme cinco veces y no he tenido suerte. Ahora no me importa seguir viviendo de esta manera. Ya estoy muy viejo y veo muy cerca mi final. Para qué apurarme".

Raúl es flaco, alto, casi calvo, y apenas le quedan siete dientes. Después de una golpiza de la policía hace más de tres años, le quedó una larga cicatriz en la espalda que no le permite caminar largas distancias. "La última vez que caminé largo fue ese 31 de diciembre de 2000. Llegué hasta Bello sin darme cuenta. Iba llorando y hablando con Dios. Le pedí que me sacara de esta vida, que me ayudara, pero creo que no escuchó mis súplicas", dice Raúl, conocido como 'El Viejo Leo' en el paseo del río.

Raúl es uno de los casi tres mil 500 habitantes de calle de Medellín, según cifras de Bienestar Social, aunque la fundación Maki Wailluna habla de ocho mil. En el paseo del río, entre los puentes de El Mico y San Juan, viven cerca de 900, bajo las órdenes de varios caciques sanguinarios. "Por acá la gente buena no puede pasar. A ninguna hora. Todos los que vivimos en el río somos o hemos sido malos. Todos tenemos un 'bulto' en la espalda", asegura Raúl, quien ha tenido que blandir el puñal en más de una ocasión para defender su vida.

"Para las mujeres de la calle es peor. Acá la que se porta mal o se cree muy fiera amanece violada. Ese es el escarmiento. A los hombres los apunñalan", cuenta el ex periodista antes de hacer una pausa para respirar. Luego se queda pensando, y tras varios segundos reanuda su charla: "yo tuve un amor", me suelta inesperadamente. "Se llamaba Nancy y la conocí en un bus de Villa Hermosa. Me

subí al bus y la vi. Ella se quedó mirándome y luego volteó la cabeza. Cuando se bajó me volvió a mirar. Yo no le paré bolas a eso pero después la volví a ver en la misma ruta. Y así pasaron como seis meses. Siempre nos quedábamos mirando pero ninguno le decía nada al otro. Hasta que me di cuenta de que vivía a pocas cuadras de mi casa, y entonces busqué la manera de conocerla a través de amigos en común. Nos hicimos novios y estuvimos a punto de casarnos, pero ella no se presentó en el altar".

Los iba a casar el arzobispo Aníbal Muñoz Duque un 8 de diciembre a las diez de la mañana. Cuenta el viejo Leo que ese día prefirió no prender velitas, pero sí se pegó una borrachera. Todavía la recuerda, y muchas veces se ha cruzado con ella en el Centro, pero ella no lo reconoce y él prefiere no presentársela. "¿Qué le voy a decir, que soy un gamin que se acuesta con otros gaminos y que tiene sida? Nooo, prefiero dejar las cosas así".

Pero Raúl no es el único con historia en el paseo del río. "En la calle viven personas que saben hasta tres y cuatro idiomas. Personas que alcanzaron a ser capitanes de la policía. Hasta don Nelson Arroyave, quien llegó a ser el mejor cirujano de Medellín. La calle hay que respetarla por muchos motivos. Uno de ellos es que sus habitantes somos un espejo en el que nadie quiere mirarse. Nos dicen desechables, pero cualquiera en este mundo puede ser desechable", dice Raúl, quien se rebusca la comida haciendo mandados en la Minorista.

De día recorre la ciudad o se queda en la Minorista, y de noche vuelve al río, a ese mundo escalofriante de drogadictos, locos, putas y ladrones: "este es el infierno, pero nosotros no somos más que demonios, por eso no nos tememos los unos de los otros. Si hay que matar para vivir se mata, si hay que picar se picha, si hay que rogar se ruega. Como dice la canción, 'la calle es una selva de cemento'".

A Raúl no le importa el macroproyecto que prepara la Alcaldía para el río, pues si los echan encontrarán otro lugar para acomodarse bajo la luna y el sol, como han hecho siempre. "En un mundo lleno de problemas y falto de oportunidades, los únicos que no nos extinguiremos somos nosotros y las cucarachas".

El día en que la música murió



por PEDRO VILLA

La expresión *rock and roll* venía utilizándose en las letras de *rhythm and blues* desde finales de los años treinta. Pero fue el *disc-jockey* Alan Freed quien a comienzos de los años cincuenta acuñó el término para definir la amalgama de tres géneros: *country western*, *mainstream pop* y *rhythm and blues*. Esa mixtura dio respuesta a las necesidades de una nueva especie, una invención -llamada *adolescente*- que surgía como el reclamo de un mundo agotado tras las dos grandes guerras del siglo XX.

El mundo moderno se había dado el lujo de crear un ser ocioso, sedentario, dedicado a "formarse" y a consumir, el holgazán adolescente con el que hoy estamos tan familiarizados. Esa mezcla musical que Alan Freed comenzaba a difundir en su programa *Rock and Roll Party* fue bien recibida por el nuevo y vivaz *adolescente*, que buscaba una música con la cual identificarse y que al mismo tiempo lo distanciara de las agobiadas generaciones anteriores. Entonces comenzó un gran negocio... y todo se distorsionó. Alan Freed no solo promovió a las nuevas estrellas, también les cobró por su parte del trabajo, y llegó al punto de exigir que su nombre apareciera al lado de la palabra compositor en los créditos de las canciones. Se marcaba así un rumbo de abusos y engaños en una industria que todavía conserva costumbres similares. Le debemos al señor Freed la popularización de "la payola", ese peaje que aún hoy se le paga al *disc-jockey* para que ponga o no ponga una canción. Ser pionero de ese hábito casi lo conduce a la cárcel, en medio de las investigaciones que en su momento se hicieron por el turbio manejo que se le daba a la industria musical en Estados Unidos. Alan Freed y algunos altos ejecutivos de las disqueras debieron desfilarse frente a jueces y fiscales.

Una serie de procedimientos políticos y legales alimentaron, a finales del 59, lo que se convertiría en un escándalo nacional. Disqueras y distribuidores pagaban a los *disc-jockeys* para mover a sus artistas en la radio, algunas veces en efectivo y otras con regalos y viajes. Esta costumbre llamó la atención del congreso de Estados Unidos, cuyo afán era proteger los intereses de las grandes disqueras: Decca, Mercury, RCA Victor, Columbia, Capitol y MGM. El *rock and roll* había desatado una agresiva lucha por un nuevo mercado. Las

investigaciones trataban de sacar del juego a las compañías independientes que amenazaban con tomar parte del botín. Además de Freed, otra gran figura en la que se concentraron las pesquisas fue Dick Clark, el Jorge Barón de la televisión norteamericana de finales de los años cincuenta. Clark contó la historia con arrepentimiento y salió del proceso con su reputación intacta. Alan Freed, por el contrario, defendió sus actividades, manifestó no haber recibido dinero

por poner una canción que no considerara buena y aceptó haber recibido "agradecimientos" de las disqueras. Por tan honesta y rebelde declaración se ganó el odio de sus colegas, perdió su trabajo en la emisora WABC, y su show nacional de televisión en la WNEW-TV fue cancelado. En diciembre del 62 se declaró culpable de recibir sobornos, fue sentenciado a una condena suspendida de seis meses y se le impuso una multa de 300 dólares. El daño estaba hecho: lo sacaron

del negocio de la música y pocos años después murió en la ruina.

Si bien los artistas que promovió Alan Freed comenzaron a ser visibles desde principios de los cincuenta, hay que señalar a 1955 como el año en el que todo comenzó: Bill Haley fue número uno con *Rock around the clock*; Fats Domino, Jerry Lee Lewis, Chuck Berry y Little Richard llegaron a los primeros lugares de las listas; Elvis Presley firmó un gran contrato con la RCA; Buddy Holly, Gene Vincent y Pat Boone también firmaron con grandes disqueras; Alan Freed estaba en la cumbre de su carrera como promotor, y la película *Blackboard Jungle* causaba furor entre los adolescentes y consolidaba la nueva cultura rock.

Si nos atrevemos a afirmar que todo comenzó en el 55, también tenemos que decir que todo terminó en el 59. En menos de cuatro años semejante furor sufrió su más profunda crisis: Little Richard abandonó la música y se ordenó ministro de la Iglesia Adventista; Elvis atendió el llamado obligatorio del ejército y suspendió su carrera; estalló el escándalo de Jerry Lee Lewis por el matrimonio con su prima de trece años; Chuck Berry fue procesado y condenado por andar con una menor; y comenzaron las investigaciones a Alan Freed y demás protagonistas de "la payola".

Pero hubo una razón más, una razón definitiva, para que todo terminara: un pequeño avión se estrelló el 3 de febrero de 1959, y murieron Big Bopper, Ritchie Valens y Buddy Holly, quien con solo veintidós años alcanzó a cambiar el mundo. Los tres músicos participaban en el tour *Winter Dance Party*, una apretada serie de conciertos en veinticuatro ciudades. Los viajes se hacían en un incómodo bus al que le fallaba la calefacción. Después de tocar en Clear Lake, Iowa, el cansancio acumulado hizo que Buddy Holly alquilara un pequeño avión Beechcraft Bonanza de cuatro puestos. El viaje terminó en un frío campo de maíz, sin sobrevivientes.

Paul McCartney cuenta que cuando un jovencito menor que ellos, llamado George Harrison, les enseñó a John Lennon y a él cómo tocar la introducción de *That'll be the day* de Buddy Holly, decidieron formar los Beatles, sin sospechar que todo lo que harían ellos y otros después, y todo lo que hacemos hoy, no es más que el eco de un sueño que terminó el 3 de febrero de 1959, el día en que la música murió.

UNA CASA DE FAMILIA

La casa es vieja. Está hecha de concreto, madera y vidrio. Es de dos plantas, su forma es cuadrangular, sus acabados son perfectos. Tiene arcos, forjas, zócalos, molduras, texturas y detalles artesanales en yeso y cerámica. Vitrales coloridos por los que se filtra el sol. Un vestíbulo con un gran ventanal en cuya superficie de vidrio se dibuja un árbol blanco. Un patio con una fuente de azulejos y jardines en las cuatro esquinas. Una escalera sinuosa con minuciosos detalles tallados en la madera: ribetes, espirales, curvas. Las mismas espirales y curvas de las forjas. La misma curva en la que se desliza la fachada para suavizar la esquina donde está, ese lugar lleno de gente, carros, humo y ruido donde se encuentran la calle Caracas y la carrera Sucre, una cuadra arriba de la esquina suroriental del Parque Bolívar.

En la fachada de la casa hay un logo forjado donde dice, alrededor de un libro abierto, Confiar en la Cultura, ese concepto surgido para abarcar lo hecho durante tantos años en favor de la ciudad y sus expresiones. Desde la puerta de vidrio, ubicada después de un pequeño zaguán, se ve, en la pared del patio, otro logo también forjado con el nombre de la Cooperativa que ahora la preserva: Confiar. La casa mide cerca de 700 metros cuadrados. Fue construida en 1947 por encargo de Ernesto Moreno, un señor de una familia muy pudiente que un par de años atrás, en 1945, había encargado construir el Teatro Lido a los mismos que diseñaron la casa, la firma de arquitectos Vieira, Vásquez y Dothée; los mismos que habían hecho, en 1941, la casa del padre de don Ernesto en la esquina nororiental del parque. En esa época la élite todavía levantaba sus quintas de patios y balcones en el parque con Catedral, mucho antes de que el sector se convirtiera, como dicen por ahí, en el pegado que los ricos le dejaron a los pobres.

Un día doña Flora Moreno, una señora de 83 años, hija de don Ernesto, pidió entrar y verla y se asombró gratamente por el estado de la edificación. “Me descrestó, en el sentido de que la tienen muy bien tenida”, dice la señora, que llevaba cincuenta años sin entrar en ella. Allí vivió doña Flora con sus papás y una hermana durante dieciséis años antes de migrar, con los demás de su clase, al barrio Prado. Allí cuidó doña Flora la larga enfermedad de su mamá, allí se casó. De allí tuvo que irse por las noches una temporada, cuando alojaron al cardenal italiano Clemente Mícaro, de visita en la ciudad para el Congreso Eucarístico, pues nadie podía dormir en el mismo lugar que la majestad. En esa época la casa tenía también un oratorio donde gracias a la rosca de la familia con la curia se rezaron muchas misas. En 1963 la vendieron y se llevaron la fuente original, que desde entonces ha pasado de una generación a otra.

Una década después la casa cambió otra vez de dueños, y en 1994, ya algo deteriorada, la compró Confiar, con la idea de preservarla para que no fueran a demolerla y a levantar allí un edificio, aunque desde 1991 había sido declarada bien de interés cultural e incluida en el Plan Especial de Protección Patrimonial Municipal. Iba a ser sede de la Dirección General, pero las restricciones para modificarla rusa-

traron la intención, y durante cerca de tres años, antes de convertirse en la Agencia Sucre, fue destinada a actividades y eventos, entre ellos los de Arco Iris, programa infantil y juvenil –lúdico y educativo– de la Fundación Confiar. Durante ese lapso se hicieron allí cometas, manualidades y bailes, y en el vestíbulo se presentó por primera vez el semillero de teatro conformado por niños de la Gran Familia. Por esos años el gerente visitó Argentina, y en la calle Corrientes se topó con un edificio de más de 4.500 metros cuadrados, el Centro Cultural de Cooperación Floreal Gorini, creado en 1998 por el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC) para el cultivo de las artes y la investigación y formación en ciencias sociales. Fue entonces cuando el “Guardián de las pequeñas cosas” –como reza esa placa en la entrada de la gerencia– concretó la idea de hacer de la casa una sede cultural de Confiar. En 1997 fue restaurada y adaptada a sus nuevos fines, aunque más tarde, a finales de la década, la crisis nacional del cooperativismo los puso frente a la perspectiva de venderla. La Agencia Sucre cerró, la casa se conservó pero fue alquilada a varias cooperativas del Oriente antioqueño durante un par de años, hasta que en 2004 –redondeada la idea, mejorados los aires– fue llamada Casa de la Cultura y la Cooperación y convertida en un lugar sin cajero pero con música. Ahora se desarrollan allí todos los cursos de capacitación y formación de los empleados de la cooperativa.

Las reuniones con asociados y del Consejo de Administración. Los ensayos, reuniones y encuentros de colectivos, oenegés y demás organizaciones cercanas a Confiar, “reconociendo que somos celosos, pues no a todo el mundo se le puede prestar la casa”, como dice el gerente. En la casa hay un piano de cola que Teresita Gómez tocó en un recital. Un rincón aromático donde hacen masajes y demás terapias. Una biblioteca con pocos pero selectos títulos, diezmados desde la donación que hizo la Cooperativa al Instituto Cerros del Sur en Ciudad Bolívar, la localidad bogotana. Una escultura de Pedro Nel Gómez llamada *Colombia*, parte de la serie *Las Américas Unidas* de la que el artista dejó apenas algunos modelos en yeso, vaciada por Confiar en bronce dos veces, una para el museo y otra para la casa. Dos placas, una de la casa y otra de los Pioneros de Rochdale (Inglaterra, 1844) que dice: “En cualquier país los ignorantes no se fían de nada, no conocen más que el dinero sonante. El espíritu suele ser miope como el ojo y entonces hace falta una especie de telescopio para aumentar el poder de la vista y del espíritu. La experiencia ha demostrado que la cooperación es precisamente ese instrumento necesario para millones de individuos”. Un Salón de la Templanza, por los mismos Pioneros –así se llamaba uno de sus lugares– y porque al místico de la cooperativa le pareció que el mensaje del tarot (símbolo de la alquimia, referente al equilibrio, la equidad, la mo-

deración) también era apropiado. Una Sala de Juntas Francisco Luis Jimenez, “un homenaje muy justo a todo lo que significó ese señor para la historia del cooperativismo colombiano, pues fue realmente un líder extraordinario”. Y en todas las paredes, cuadros de la exposición fotográfica de Carlos Sánchez, quien por muchos años ha estado al frente de la imagen de Confiar, una suerte de oda al trabajo, como la misma casa, en una de cuyas placas reza que “su conservación es un reconocimiento a la creatividad y el trabajo del artesano, el alfarero, el ebanista, el herrero y el diseñador”. En la casa hay actividades todos los días. Charlas, conferencias, conciertos, recitales de poesía, lanzamientos de libros, pequeñas obras de teatro. Como doña Flora, la gente que tiene ojos para ella y la conoce de antes a veces se detiene, la admira, pregunta de quién es ahora, si la pueden recorrer, si la fuente funciona y se puede encender. Alrededor de esa fuente se sientan los empleados a recordar qué significaba antes el patio, el agua que corre y convoca, porque “todos los días nos confinan a espacios más pequeños”. La casa es vieja pero se mantiene viva y bella. Es una sobreviviente de la miopía que gobierna la ciudad, “expresión –dice el gerente– de ese Confiar que quiere estar cercano a la gente”. En esta ciudad del cooperativismo tiene nombre propio, un nombre que se ve desde afuera, en un logo en la pared del patio, alrededor de la hormiga –también forjada– que recorre la ciudad desde hace tantos años. ☺

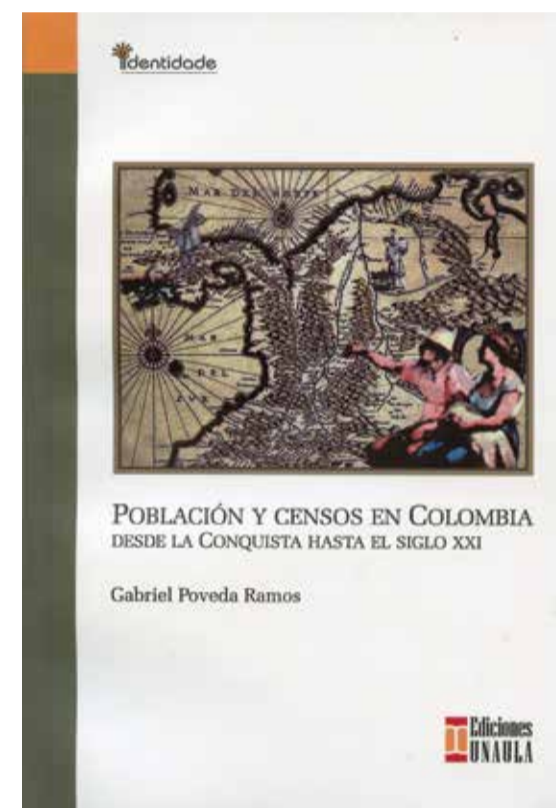


Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Gaston Bachelard



Un fondo editorial es asimilable a una caja fuerte que guarda los principales intangibles de la sociedad. Solo que en estos casos los tesoros están a la vista y son públicos. Es parte de la producción intelectual de algunos de sus hombres: historia, narrativa, procesos tecnológicos y científicos, poesía, costumbres sociales. Por eso se dice que una nación son sus libros.

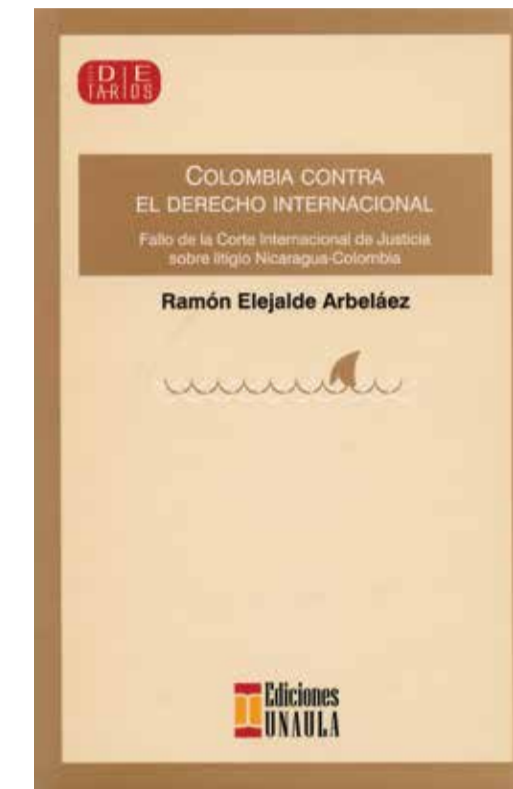
Hace tres años nació el Fondo Editorial UNAULA y ya tiene un catálogo de más de noventa títulos elegidos bajo criterios de calidad académica, pertinencia y originalidad. Libros rescatados de un olvido momentáneo y libros recién creados. Obras de los pioneros y de los memoriosos. Ofrecer lecturas gratas, propiciar la reflexión, incitar, contradecir, buscar un libro que sea una razón y un reto son algunas de los motivos que mueven al editor y a la imprenta. Un pequeño anaquel del Fondo Editorial UNAULA para sus lectores. ☺



Población y censos en Colombia. Desde la Conquista hasta el siglo XXI. UNAULA 2013.

Contar es una manía y una necesidad. Desde siempre ha sido importante calcular el número de la tribu, saber el tamaño de los súbditos, agrupar a los partidarios, armar la lista de los posibles deudores. El libro de Gabriel Poveda Ramos nos entrega el panorama completo del crecimiento y movimiento de gentes en eso que los límites llaman república. En cada página dan ganas de señalar un dato. Dejamos dos: En 1905 Villavicencio tenía 3315 habitantes. Los Indígenas más numerosos antes de la llegada de los españoles (guambianos, paeces, quillcingas y cuarquíres) sumaban 136.000.

Reseñas



Colombia contra el derecho internacional. Fallo de la Corte Internacional de Justicia sobre el litigio Nicaragua-Colombia. UNAULA, 2013.

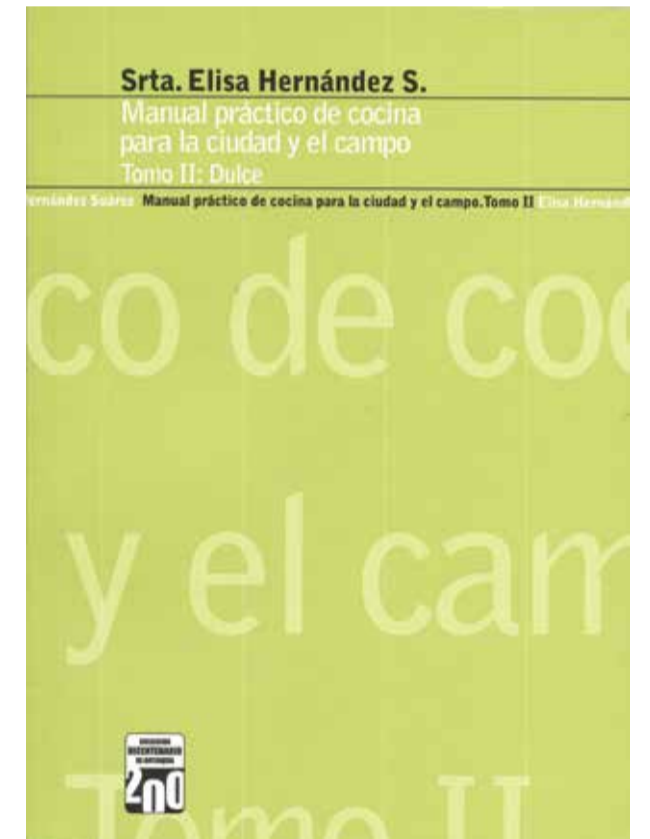
Los periódicos nos dejan el mapa del supuesto despojo y la indignación. Los noticieros entregan las declaraciones de los ex presidentes. Ramón Elejalde Arbeláez, el autor, nos da una idea completa de un pleito viejo con decisiones y actores políticos nuevos. Se lee completo en el vuelo a San Andrés.



Al hilo del cuento. UNAULA, 2013.

Historias que comienzan y terminan en la misma página. Escritas por Jaime Jaramillo Panesso.

El motociclista transporta los medicamentos para un enfermo hospitalizado. El médico alarmado por la fractura craneana pide a las enfermeras entregar la orden de transfusión de sangre a los parientes. Y ordena devolver a la farmacia las drogas medicinales que portaba el accidentado.



Manual práctico de cocina para la ciudad y el campo. Tomo I: Sal. Tomo II: Dulce. Medellín, UNAULA, 2013.

El primer libro culinario publicado en Antioquia. Elisa Hernández, su autora, habla de vinos y chichas, de salsas francesas y mazamoras, de los manteles y las bateas. Un recetario que circulaba en “los costureros de las ‘titinas’ y luego pasó a manos de las incondicionales y amables cocineras”. El arte de poner la mesa o prender el fogón de leña. Un libro para la cocina o el sofá.

XIV FESTIVAL DE CINE DE SANTA FE DE ANTIOQUIA

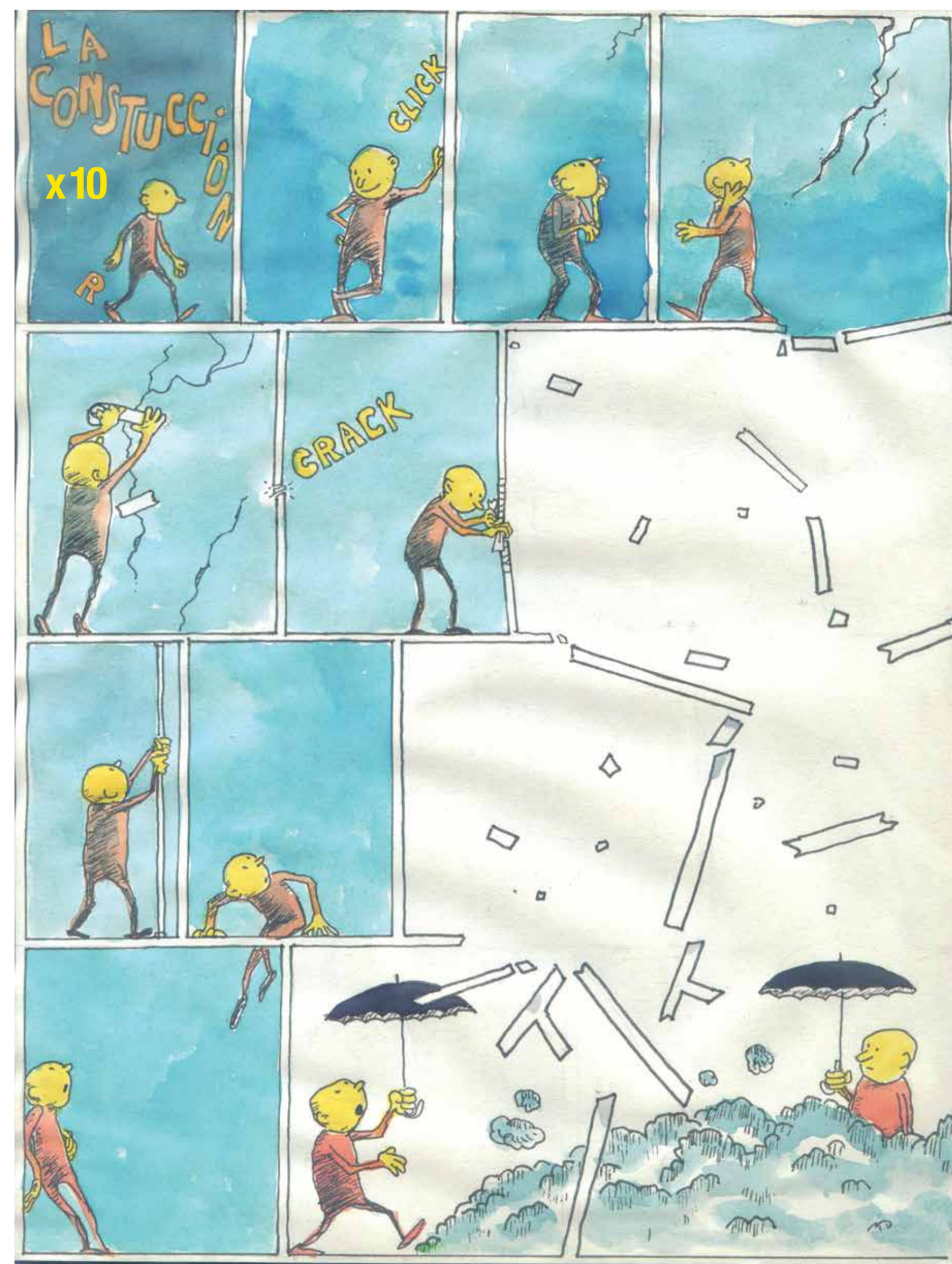
OTRO CINE SENTIDO

DICIEMBRE 4 AL 8 DE 2013

CAJA DE PANDORA. LO MEJOR DEL AUDIOVISUAL COLOMBIANO | TALLER DE TALENTOS CINEMATOGRAFICOS | MUESTRA CENTRAL

Corporación Festival de Cine Santa Fe, Antioquia 200 años, IDEA, Prologia, MiCultura, PROSPERIDAD PARA TODOS

Carrera 51 N° 52-03, Palacio de la Cultura, of. 401 | Telefax: (57-4) 513 3653 Medellín | Telefax: (57-4) 853 3988 Santa Fe de Antioquia
 organizacion@festicineantioquia.com | comunicaciones@festicineantioquia.com | www.festicineantioquia.com



LA PATRIA
El periódico de casa

EDITAR
IMPRESIONES COMERCIALES LA PATRIA

La huella limpia que deja cada nuevo ejemplar de UC comienza a moldearse en la imaginación de nuestros lectores desde que arrancan a trabajar las rotativas de La Patria, en Manizales. Al cuidado de nuestros amigos y aliados de la división de impresos comerciales, el periódico prueba el papel. En el número 50, luego de cinco años de trabajo conjunto, queremos decirles muchas gracias:

- porque la tinta todavía jala.
- Porque Universo Centro siempre deja buena impresión.

CONTACTOS. MANIZALES PRINCIPAL: Carrera 20 # 46-35 Teléfono: (6) 878 17 00 E-mail: lapatria@lapatria.com
 Oficinas en Bogotá, Medellín y Manizales.

www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
 artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas



THAT'S THE STORY OF MY LIFE

That's the story of my life
That's the difference between wrong and right
But Billy said, both those words are dead
That's the story of my life

Lou Reed 1942 - 2013



Presenta:
Cosas de la vida

Jueves y viernes: 8:00 p. m.
Sábados: 8:30 p. m.



Aguiluchos
DEL ÁGUILA DESCALZA

Presenta a:
Carlos Arango y Vicky Salazar

Miércoles: 8:00 p. m.
Sábados: 6:00 p. m.



Mal de muchos

☎ **284 4211**
www.aguiladescalza.com.co

